GEORG FISCHER

EL LIBRO DE JEREMÍAS

EDITORIAL HERDER
BARCELONA

CIUDAD NUEVA
MADRID

1996

Versión castellana de MARCIANO VILLANUEVA SALAS, de la obra de
GEORG FISCHER, *Il libro di Genesi*, dentro de la serie
«Guide spirituali a l'Antico Testamento»,
Città Nuova Editrice, Roma 1995

Diseño de la cubierta: RIPOLL ARIAS y MERCEDES GALVE

© 1995 Città Nuova Editrice, Roma

© 1996 Empresa Editorial Herder S.A., Barcelona

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento en sistema informático y la transmisión en cualquier forma o medio: electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros métodos, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright

ISBN 84-254-1927-1

ES PROPIEDAD DEPÓSITO LEGAL: B. 30.388-1996 PRINTED IN SPAIN

LIBERGRAF, S.L. - BARCELONA

ÍNDICE

Prefacio 9
Introducción 12
El fondo histórico 13
Jeremías 20
El libro 23
1. Presentación 23
2. Estructura 29
3. El mensaje 33

Bibliografía 36

Texto y comentario

I. El don de la llamada (Jer 1,4-19) 40

II. Dios lucha por Israel (Jer 2,1-19) 49

III. Dios invita a la conversión (Jer 3,1-5.14-20) 57

IV. ¿Hasta qué punto contribuye el hombre al perdón divino? (Jer 5,1-6) 64

V. La hermosa y delicada no admite reprensiones (Jer 6,1-15) 69

VI. El abuso de confianza acarrea la caída (Jer 7,1-15) 77

VII. La comunidad no se fundamenta en los sacrificios, sino en la escucha (Jer 7,21-28) 85

VIII. La infidelidad, las mentiras y los engaños disgregan la comunidad (Jer 9, 1-8) 91

IX. Cuando se rompe la relación con Dios (Jer 11,1-20) 98

X. ¿Es la tierra extranjera una experiencia disgregadora? (Jer 13,1-11) 107

XI. La soberbia se desvanece en la caída y la vergüenza (Jer 13,15-27) 112

XII. El Dios *lejano* y las oraciones no escuchadas (Jer 14,17-22) 119

XIII. Sufrimiento humano y respuestas divinas (Jer 15,10-21) 126

XIV. El fin de toda comunión (Jer 16, 1-13) 132

XV. La verdadera adoración de Dios lleva a la vida (Jer 17,1-10) 137

XVI. YHWH el alfarero (Jer 18,1-10.18-23) 143

XVII. La plegaria como lucha con Dios (Jer 20,7-18) 150

XVIII. El verdadero pastor (Jer 23,1-8) 157

XIX. Dios contra los falsos profetas (Jer 23, 25-32) 163

XX. ¿Rompe Dios el yugo o lo pone al cuello? Profeta contra profeta (Jer 28,1-17) 170

XXI. ¿Fijar la residencia en tierra extranjera? (Jer 29,4-14) 179

XXII. Del terror a la paz, de una enfermedad incurable a la curación (Jer 30,5-17) ... 185

XXIII. La reconstrucción material y espiritual une en el gozo ante Dios (Jer 30,18-31,6) 194

XXIV. La misericordia de Dios hace posible el retorno a la patria (Jer 31,7-22) 202

XXV. La vida nueva en la ciudad de Dios (Jer 31,23-40) 212

XXVI. Un extranjero salva la vida a Jeremías (Jer 38,1-13) 225

XXVII. Morir en tierra extranjera (Jer 43,1-7) 231

XXVIII. El colapso de Egipto y de sus dioses (Jer 46,3-12.20-24)..... 237

XXIX. El mal pierde su poder (Jer 50,2-7) . 245

Índice escriturístico 251

PREFACIO

Los acontecimientos políticos y sociales de nuestro tiempo, el colapso del Este europeo y los subsiguientes conflictos surgidos en numerosos Estados a consecuencia de aquel hundimiento nos han hecho más sensibles y más atentos a una percepción crítica de la realidad. No todo es tan bueno y hermoso y, «en definitiva, todo se encuentra en orden" como nos habíamos acostumbrado a creer con excesiva facilidad y como nos gustaría seguir creyendo.

Por ser fruto de una intensa actividad, condicionada por una situación de crisis y por el testimonio de su superación, El libro de Jeremías conserva todavía hoy una extraordinaria actualidad. Puede prestar a nuestra época impulso para una mejor comprensión de los acontecimientos, para una sincera reflexión sobre los mismos y para un nuevo camino recorrido en común.

Este comentario tiene muchas deudas de gratitud. Mi punto de partida para el estudio de este grandioso libro y de su teología ha sido el curso impartido por Pietro Bovati sobre Jer 1-6 (en el Pontificio Instituto Bíblico, en la primavera de 1983). Han contribuido además a un ulterior desarrollo y a una mayor profundización del texto las preguntas y las reflexiones planteadas por estudiantes verdaderamente interesados duran-

te las clases y seminarios que he impartido sobre este tema en Innsbruck. Cuando, a lo largo de este comentario, no hay remisión a otros autores, las opiniones vertidas deben atribuirse, en su mayor parte, a los trabajos de estos colegas expertos en la materia. Desde 1988, he centrado el campo de mis investigaciones en El libro de Jeremías, y más concretamente en los capítulos 30-31, y ellas configuran la base de la redacción del presente escrito. Expreso, en fin, y de manera particular, mi agradecimiento a la Dra. Laura Provera, que ha vertido, con gran sensibilidad, el tosco lenguaje del manuscrito original a la bella y musical lengua italiana. Me siento asimismo agradecido a Pietro Bovati por su trabajo de revisión y corrección del manuscrito.

La selección de los textos aquí presentados ha tenido en cuenta varios criterios. Era imprescindible –para poder obtener una adecuada visión global– analizar los pasajes fundamentales y más característicos de todas las secciones del libro, sin necesidad de estudiar exhaustivamente toda la obra. Se ha prestado también atención especial a los textos más usados en la liturgia. A todos ellos se ha dado acogida en este comentario, aunque en algunos casos se trata, en realidad, de referencias a otros lugares (Jer 26, por ejemplo, se analiza junto con 7,1-15; 18, 18-20 está unido a 18,1-10, etc.). El índice de textos bíblicos que figura al final del estudio permite también rastrear estos pasajes, conectados entre sí.

En todos los textos analizados se ha mantenido el mismo esquema: a continuación del título, acompañado siempre de una cita de Jeremías, viene un fragmento del libro, tomado de la segunda edición (1986) de la traducción de la Biblia dirigida por Serafín de Ausejo y editada por la Editorial Herder. El pasaje elegido cumple la función de referencia. Sigue una introducción general que presenta el tema y describe la situación del texto y su articulación. Tras esta primera parte viene el

comentario a cada uno de los versículos. Las aclaraciones son más bien sobrias y densas y confían en que los lectores examinarán también, a través del texto bíblico que tienen delante, los otros pasajes indicados e intentarán comprenderlos mediante su mutua confrontación. La última sección intenta recapitular el mensaje esencial del texto y dejar que resuene, siquiera sea sucintamente, el significado que puede tener en nuestros días. Acerca de este último punto aconsejo a los lectores ir más allá de lo que aquí tan sólo se insinúa brevemente, prolongando la reflexión hasta incluir en ella su situación personal.

Me complace dedicar este libro a todos mis amigos de Italia, en recuerdo a mis años de formación en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma.

Georg Fischer, SJ

INTRODUCCCIÓN

El libro más extenso de la Biblia –ningún otro tiene tanta abundancia de palabras– ha sido desde siempre un *desafío*: muchos de sus pasajes son, además, poéticos y de difícil comprensión. Una gran parte de la obra gira en torno al tema de la desventura, en una serie casi interminable de acusaciones, aflicción, lamentación y luto, de modo que somete al lector –que espera la salvación– a una larga prueba de paciencia. Muchas cosas se repiten varias veces –en algunas ocasiones al pie de la letra– en diversas partes del libro, por ejemplo, la confrontación entre el poder de Dios y los ídolos y sus adoradores (Jer 10, 12-16 = 51,15-19). También la disposición de los textos presenta dificultades. A menudo no pueden ya reconstruirse las causas que han motivado la secuencia de cada una de las unidas concretas.

Pero, a pesar de estos problemas, la lectura del libro de Jeremías es sumamente enriquecedora. Se trata de una colección de textos sobre los acontecimientos acaecidos en torno a la caída de Jerusalén, el año 587 a. C. y, en cuanto tal, testifica cómo sobrevivió Israel a la catástrofe. Dicho con lenguaje neotestamentario, es un testimonio de *muerte y resurrección*. El intenso trabajo de reflexión sobre la derrota y sobre sus causas desembocó en una purificación que permitió comprender y

superar las conductas erradas, las veleidades y las ilusiones vanas. Estas huellas de una fuerza que se va abriendo nuevamente paso tras la destrucción y el inesperado fin del 587 hacen del libro de Jeremías un caso único en su género. Todavía hoy día puede extraerse de él enseñanzas para quién, aisladamente o en compañía de otros, tenga que afrontar un gran dolor, o incluso la muerte. En su conjunto, el libro de Jeremías puede ayudar a percibir con mayor sensibilidad la acción y la presencia de Dios en un mundo lleno de conflictos, de engaño y de dolor, y a encontrar así el consuelo y la capacidad de consolar a los otros.

El fondo histórico

La historia de Israel se inserta en el contexto de los grandes acontecimientos históricos del Oriente Antiguo. A lo largo del siglo VII a.C. se fue extinguiendo cada vez más la influencia asiria en Siria y Palestina. El año 612 el imperio neoasirio sufrió un rudo golpe con la caída de su capital, Nínive. Ni siquiera el intento del faraón egipcio Nekó de acudir en ayuda de lo que todavía quedaba en pie del reino asirio frente al poder emergente babilonio (los caldeos) consiguió enderezar la situación. En su marcha hacia Asiria, Nekó derrotó y dio muerte, en Meguiddó, al rey de Judá, Josías (609 a.C; cf. 2Re 23,29s). Pero el faraón fue a su vez derrotado, el año 605, por el príncipe heredero babilonio Nabucodonosor, en la batalla de Carquemís, junto al Eúfrates. Aquel mismo año ascendió Nabucodonosor al trono y consolidó, durante los 43 años de su reinado, el *imperio neobabilónico.* A su muerte, el reino abarcaba la totalidad del Oriente Próximo y algunas regiones de Egipto.

Bajo el reinado de Evil-Merodak, hijo y sucesor de Nabucodonosor, alcanzó el perdón (hacia el 561 a.C.; cf. Jer 52,31-34) Yoyakín (Joaquín), rey de Judá, que había sido deportado a Babilonia el año 597. Los problemas originados por la gran extensión del reino, las discordias internas y una desacertada política religiosa provocaron la ruina del imperio babilónico, que sucumbió a los ataques de las fuerzas combinadas de los medos y los persas procedentes del Norte y del Este. Muy pronto se alzó con la hegemonía el rey persa Ciro, que el año 539 consolidó su poder al conquistar Babilonia sin necesidad de lucha. Se ponía así la primera piedra de aquel imperio persa que se mantendría durante más de doscientos años.

Tras la caída de Samaria, el año 722 a.C., y la destrucción del reino del Norte, Israel, a los israelitas sólo les quedaba el reino del Sur, Judá. Su rey, Manasés, concedió, durante su reinado de extraordinaria duración (55 años: del 693 al 639; cf. 2Re 21,1), amplio espacio a la influencia asiria llegando a permitir, incluso, el culto a los dioses asirios en el templo de Jerusalén. Tras la muerte de Amón, hijo de Manasés, ocupó el trono de Judá, a la edad de 8 años, Josías (2Re 22,1). En el decimoctavo año de su reinado (622), se encontró en el Templo un libro, probablemente una primera redacción del Deuteronomio, que dio pie a una *reforma religiosa* de amplio alcance. Esta reforma, conocida bajo el nombre de deuteronomista, desembocó en un renovado y firme compromiso de todo el pueblo con YHWH como el único Dios con el que Israel establecía alianza (2Re 23). Se eliminaron, por tanto, todos los objetos del culto asirio y todas las divinidades extranjeras y el Templo de Jerusalén pasó a ser el único lugar legítimo en el que ofrecer sacrificios (como testifica Dt 12).

En el libro de Jeremías aparecen algunos textos que presuponen la validez de las leyes deuteronómicas. Esto

se advierte especialmente –además de en Jer 3,1, donde hay una clara referencia a Dt 24,4– en los dos amplios pasajes de Jer 17,19-27 y 34,8-22. El primero de ellos prohíbe transportar cargas los sábados y se basa en el decálogo (Dt 5,12-15). En el segundo se invoca la liberación de los esclavos prescrita en Dt 15,12-18, puesta en práctica con ocasión del levantamiento temporal del asedio babilonio contra Jerusalén.

Tras el trágico fin de Josías, el año 609, le sucedió en el trono su hijo Yoajaz, depuesto más tarde por el faraón egipcio Nekó (2Re 23,31-33; en Jer 22,10-12 con el nombre de Shallum), que entronizó en su lugar a su hermano mayor, Elyakim, cuyo nombre modificó en Yoyakim (2Re 23,34ss). Al alcanzar el poder gracias a los egipcios, promovió la influencia extranjera y vivió (Jer 22,13ss) acorde con esta mentalidad.

Algunos de los textos del libro de Jeremías se remontan a la época de Yoyakim. Deben situarse en los inicios de su reinado los discursos sobre el Templo de 26,1 (en el capítulo paralelo, Jer 7, falta la datación) y el encuentro de Jeremías con los recabitas (Jer 35). En el año cuarto se libró la batalla de Carquemís; en esta fecha crucial se sitúan el capítulo central, Jer 25, con el anuncio del juicio universal de YHWH, y la compilación de un rollo por el profeta (36,1). Al año siguiente (604), Jeremías fue arrogantemente reprendido por el rey (que ya con anterioridad había dado muerte a un profeta: 26,22s).

Yoyakim advirtió a tiempo la importancia decisiva de la batalla del 605 y se declaró rápida y abiertamente a favor de Nabucodonosor, pero no tardó en distanciarse del monarca babilonio, tal vez a causa de sus pesados tributos (2Re 24,1ss). Tras algunos años de presión sólo indirecta, los babilonios atacaron Jerusalén, el año 597. Pero el protagonista de estos acontecimientos no era ya el rey Yoyakim, sino su hijo y sucesor Yoyakín (Conías

en Jer 22,24-30: Yeconías en 24,1 y 29,2), que nada había tenido que ver con la rebelión contra Babilonia. Con la capitulación, Yoyakín evitó el saqueo de la ciudad, pero fue hecho prisionero y deportado a Babilonia, junto con algunos millares de notables que ocupaban cargos importantes.

En lugar de Yoyakín, los babilonios instalaron en el trono de Judá a su tío Mattanías, probablemente el hijo menor de Josías, cambiándole el nombre por el de Sedecías (2Re 24,17s). Fue fiel vasallo de Babilonia hasta el 589, a pesar de que algunos sectores de la burocracia y del pueblo albergaban sentimientos relativamente fuertes a favor de Egipto. Titubeante bajo la presión de las diversas tendencias, Sedecías acabó por rebelarse contra el poder babilonio, confiando en la ayuda egipcia. La respuesta inmediata de Babilonia fue el segundo asedio de Jerusalén, iniciado en enero del 588 (tal vez como consecuencia de la liberación de los esclavos a los que se refiere Jer 34,8ss; cf. especialmente el v. 22). El sitio sólo fue levantado temporalmente, cuando se acercó un ejército de reserva egipcio (Jer 37,5.7).

Este segundo asedio (tras el primero del 597; aunque debe mencionarse otro anterior, llevado a cabo por los asirios, al mando del rey Senaquerib, el año 701 a.C.), se prolongó durante mucho tiempo y acarreó enormes sufrimientos a la población civil. Muchos se salvaron desertando y el propio Jeremías se decantó por la rendición (Jer 21,9; 38,2; aunque él personalmente se negó a hacerlo: 37,14). El profeta intento en vano persuadir a Sedecías de que la mejor salida era la rendición (38,17 y 34,4s). La falta de decisión y de coraje del rey, añadida a una ciega sobreestimación de las propias fuerzas por parte de los jefes políticos y militares, alimentada por una cierta confianza de tipo religioso, impidieron una solución pacífica. La ciudad se rindió el 29 de júlio del 587 y fue totalmente arrasada en el curso del mes

siguiente (Jer 52,12-14). El día de la capitulación, el nueve del mes de Ab (Jer 39,2 y 52,6s), sigue siendo, actualmente, día de luto nacional para los judíos.

El libro de Jeremías refleja la actitud vacilante y *débil* de Sedecías, que tuvo una importancia determinante en estos acontecimientos. Jer 27,1 fecha en el inicio del reinado de este monarca la exhortación divina a someterse a Nabucodonosor, al que Dios llega a calificar incluso como «mi siervo» (cf. v. 6; también 25,9 y 43,10). Todos los demás textos datados en el reinado de Sedecías proceden de la época del asedio y repiten incesantemente el mismo mensaje, a saber, oponerse al rey de Babilonia conduce a la destrucción (21,1-7; 34,1-7; y varias veces en los caps. 37s). Pero el propio rey manda encarcelar al incómodo admonitor (32,1-5) o bien ordena a terceros que lo encarcelen (cf. el comentario a 38,5). La indecisión del rey se hace evidente en su falta de oposición a la violación del pacto (34,8-22), en su conducta tornadiza y cambiante frente a las presiones de los notables (38,5.10) y en los interrogatorios secretos de Jeremías (37,17-21; 38,14-28). Su figura está dominada por el miedo (38,19), que le incita a huir en vano tras la caída de la ciudad (39,4 y 52,7). La cruel sentencia de Nabucodonosor contra él y contra sus hijos y sus nobles (39,6s; 52,8-11) puede ser entendida como cumplimiento de la visión de los higos malos (24,8-10). Con Sedecías desaparece para siempre la soberanía política de la dinastía de David (22,30; este pasaje considera que Yeconías es el último rey legítimo).

La caída de Jerusalén tuvo *consecuencias muy graves* porque significó la ausencia –prolongada durante siglos– de una entidad política autónoma. Hasta el s. II a.C. no consiguieron los asmoneos liberarse de la dependencia exterior. El año 587 significó también el fin del sistema monárquico y de la soberanía de la dinastía davídica. Este acontecimiento planteaba el pro-

blema del gobierno del país, y ello tanto más cuanto que la práctica totalidad de la élite de la población o había sido deportada a Babilonia (39,9; 40,1) o bien había emprendido, por su propia voluntad, el camino de Egipto (cf. el comentario a 43,1-7).

También desde el punto de vista *religioso* fueron muchas las cosas que cambiaron: la destrucción del Templo no significaba tan sólo la pérdida del mayor santuario nacional, sino que sacudía los cimientos mismos de la religión yahvista. La morada de YHWH en Sión, el lugar que él mismo había elegido y en el que deseaba permanecer para siempre como señal de su proximidad a Israel, había dejado de existir (Ezequiel lo describe mediante la imagen del éxodo de la gloria de Dios, en Ez 10,18ss y 11, 22s). Muy pocos años antes habían sido eliminados todos los restantes lugares cúlticos y el Templo había pasado a ser el único santuario legítimo donde ofrecer sacrificios y holocaustos; por consiguiente, ahora, con su desaparición, se eliminaban también los sacrificios, con todas sus liturgias y sus peregrinaciones.

Toda la *situación* era deplorable. El colapso social y económico que siguió al asesinato de Godolías (Jer 41) cerraba tristemente, y durante muchos decenios, toda posibilidad de reestablecer la situación del país tras el desastre. En el libro de las Lamentaciones se transparentan los enormes sufrimientos de la población que se había decidido permanecer en la patria.

Al mismo tiempo debe advertirse que el largo período que se inicia con la destrucción de Jerusalén y se prolonga en el exilio llevará, como en la parábola del grano de trigo (Jn 12,24), a una *vida nueva.* Israel salía de sus limitados horizontes, se enfrentaba al desafío de las provocaciones de otras culturas y de otras formas económicas. La experiencia del destierro en un país extranjero podía haber sido, sin duda, una prueba exce-

siva y disgregadora (cf. la parábola del cinturón de Jer 13), pero por este camino llegó Israel a la madurez plena (cf., para los exiliados del 597, Jer 24,1-7 y el comentario al cap. 29; *el libro de la consolación*, Jer 30-31, describe la nueva y definitiva salvación, que sólo se convertirá en realidad muchos años después de la catástrofe del 587). Se analizaron con espíritu crítico las causas que provocaron la ruina, cuyo mejor testimonio se encuentra cabalmente en el libro mismo de Jeremías (cf., además, Ez 4ss y la historia deuteronomística, por ejemplo, en 2Re 23,26s). Pudo verse así que muchas de las actitudes y de los comportamientos de la época de la monarquía eran falsos, ilusorios, autoritarios y antisociales y que sólo gracias al desastre pudieron ser superados.

Las difíciles condiciones existenciales –tanto en la patria como en tierra extranjera– derivadas de los acontecimientos del 587 exigían un mayor acuerdo mutuo y una más estrecha comunión. Y esto llevó, más allá de un gran interés por la propia descendencia (cf. las listas genealógicas, por ejemplo, en el Génesis), a la introducción del sábado y de la circuncisión como señales de la Alianza, y a un cambio espiritual (cf. el comentario a 23,8). Los hombres adquirieron un compromiso nuevo y más profundo, que los vinculaba de forma personal con Dios, y experimentaron a YHWH como el Señor universal de los pueblos, como aquel que, también en aquellas cambiadas circunstancias, guía la historia de modo aún más admirable que antes. El destierro se convertía así en la hora natalicia del monoteísmo (Is 45,5). Y señaló también el inicio de aquel movimiento de dispersión de los israelitas por toda la tierra que ha perdurado hasta nuestros días y que les ha convertido en un pueblo tan emprendedor, gracias a la capacidad de adaptación que esto les exige.

Jeremías

Casi todos nuestros conocimientos sobre su persona proceden del libro que lleva su nombre. Los tres primeros versículos (Jer 1,1-3) nos dan una idea de su figura. Cuanto a la forma, son un *incipit*, es decir, un texto breve puesto al principio del escrito precisamente para proporcionar información sobre el autor y el contenido. Jer 1,1 ofrece cinco datos sobre el profeta: nos da su nombre, el nombre de su padre –por lo demás desconocido fuera de este contexto–, su adscripción al estamento sacerdotal (en aquella época dignidad hereditaria), su lugar de origen (Anatot, unos 4 km al Nordeste de Jerusalén; cf. también Jer 11,21ss; 29,27 y 32,7) y su pertenencia a la pequeña tribu de Benjamín. Su nombre, *Yirmeyahu*, significa en hebreo "Yahu (forma abreviada de YHWH) levante", y está relacionado con otros análogos nombres teóforos usuales en aquel tiempo.

El v. 2, con la formulación del acontecimiento de la palabra, afirma con claridad que las palabras del libro proceden de Dios, han sido verdaderamente pronunciadas por Dios, y no son, por consiguiente, invenciones de Jeremías. El inicio de estas revelaciones está datado en el año decimotercero de Josías, es decir, en el 627 (la misma referencia en 25,3); pero de este rey se habla poco en el libro de Jeremías (3,6 y la alusión al *padre* de Yoyakim en 22,15). ¿Es que tal vez el profeta decidió permanecer en silencio durante los 17 años siguientes de este reinado?

Hallamos una posible respuesta en el v. 3, donde, a continuación del reinado de Yoyakim, se señala la caída de Jerusalén, en el año undécimo de Sedecías. Los cuarenta años que abarca este período constituyen una unidad temporal cerrada en en el tiempo, que recuerda la estancia de los israelitas en el desierto (Núm 14,34) o la duración del reinado de David (1Re 2,11). Las dos

fechas mencionadas en Jer 1,2s delimitan una duración *ideal* de cuarenta años para la actividad profética de Jeremías. Dado que son pocos los textos que pueden situarse en el tiempo de Josías –la mayor parte son posteriores al 605– y que la actividad del profeta rebasó el año 587 (una fecha posible para Jer 43s es el 582), puede verse en esta notificación inicial de los años un mensaje teológico. Jeremías ha predicado durante un período de tiempo muy largo, con dedicación exclusiva, y ha exhortado sobre todo a escuchar la palabra de Dios. Si, a pesar de ello, su labor ha sido en vano y los habitantes de Jerusalén y de Judá no han aceptado su mensaje, quiere esto decir que ha habido, de parte del pueblo, un rechazo total y absoluto de Dios y de su profeta.

Al igual que durante la etapa de su actividad profética, también durante el resto de su vida estuvo Jeremías *bajo la potestad de Dios.* Los planes divinos sobre él se iniciaron ya antes de haber sido concebido (1,5). Este inicio en Dios, anterior a todo signo exterior visible, es el único fundamento que se da para su identidad y con el que todos deben enfrentarse en su predicación. Otro pasaje decisivo es el de la prohibición de contraer matrimonio (16,2), que hace que su mensaje adquiera una expresión concreta en su propia vida a través de la renuncia y de la excepcionalidad; las restantes acciones simbólicas (por ejemplo, las de los caps. 13 o 19) alcanzan su punto culminante en las señales del celibato y de la carencia de hijos sufridas en su propio cuerpo. También el fin de Jeremías es significativo. Es arrastrado a Egipto (43,6s) en contra de su voluntad (42,19); en este país, tras algunos episodios, se pierde totalmente su huella (43,8ss; 44). Desde el principio se ha entregado plenamente a Dios; hasta el día de su muerte en tierra extranjera se ha dedicado a aquellos a quienes comunica la palabra de YHWH. Esta imagen del profeta perfila la

disponibilidad absoluta que Jeremías ofrece de sí mismo.

Por lo que respecta a los *lugares de la predicación* de Jeremías, los primeros capítulos del libro no proporcionan casi ninguna información, mientras que abundan cada vez más en las páginas finales. Jer 7,2 menciona la puerta del Templo; 11,6 las ciudades de Judá y las calles de Jerusalén. Tras los viajes al Éufrates, que deben interpretarse simbólicamente (cf. el comentario a 13,1-11), se hacen cada vez más frecuentes, a partir de 17,19 (las puertas de Jerusalén), las indicaciones de lugares: la casa del alfarero (18,2), el valle de Ben-Hinnom (19,2), el atrio del Templo (19,14)... Aumenta también cada vez más el número de personas y se habla de conflictos (con Pashjur 20,1-6; con sacerdotes y profetas, cap. 26; con Jananyá, cap. 28,...). El interrogatorio a que Sedecías sometió a Jeremías con ocasión del asedio babilonio (21,1ss) anticipa una parte de los capítulos posteriores (37s), pero su función propia es introducir la discusión con los reyes como responsables principales (temática básica de los caps. 21-38). Las últimas indicaciones de lugares relacionados con Jeremías remiten a Egipto (43,8 y 44,1).

En 20,2, pero de manera especial entre los caps. 32 y 40,1, se multiplican cada vez más las medidas contra Jeremías. Según el testimonio del libro, su vida estuvo marcada por los arrestos, las privaciones, las injurias y los encarcelamientos, sobre todo en los meses inmediatamente precedentes a la caída de Jerusalén. El profeta da testimonio de la verdad de su mensaje *con* un *sufrimiento* llevado hasta el extremo. Cuenta con la protección y la ayuda ocasional de otros (26,16s: los jefes, el pueblo y algunos ancianos del país; 26,24: Ajiqam, hijo de Shafán; 36,19: los jefes; 38,7ss: Ébed-Mélek;...); descuella entre ellos de forma particular la figura de Baruc, que desempeña un papel muy importante en los caps.

32, 36 y 45: presta ayuda a Jeremías en calidad de amigo y le sirve como una especie de secretario. La verdad es que si Dios y su palabra no hubieran sido motivo de gozo para Jeremías (15,16), encontraríamos muy pocos sucesos alegres en su vida. Sólo más tarde, transcurrido cierto tiempo desde su muerte, fue reconocido como verdadero profeta (2Cró 36,12.21).

El libro

1. Presentación

Exceptuando los libros de Samuel, no hay ningún otro escrito bíblico cuyo *texto* haya sido sometido a tantas discusiones. Existen enormes diferencias entre el texto griego de los LXX y la redacción hebrea, no sólo en cuestiones de detalle, sino también en lo referente a la extensión (la redacción griega es una séptima parte menor) e, incluso, en la disposición del material. En el texto griego, tras 25,13 vienen, como caps. 26-31, los caps. hebreos 46-51 (aunque los oráculos contra Babilonia se encuentran antes, como caps. 27s). Sigue a continuación 25,15-38 como cap. 32 y finalmente los caps. hebreos 26-45 como caps. 33-51. El cap. 52 es la conclusión, tanto en griego como en hebreo. Aunque, en la investigación actual, la mayoría de los especialistas otorga, en muchas cosas, la preferencia al texto de los Setenta, algunos estudios detallados muestran firmes reservas frente a esta opinión. Por el momento, parece obligado otorgar la primacía al texto hebreo. En esta decisión se basa también el presente comentario, en el que hay continuas llamadas al original hebreo.

El libro de Jeremías presenta una curiosidad. El v. 10,11 está en arameo y cita una frase [no traducida en la Biblia de Ausejo y cuyo tenor literal es: «Los dioses

que no hicieron el cielo y la tierra serán exterminados de la tierra y de debajo del cielo»] que los fieles deben decir a los pueblos que veneran otros dioses. Esta sentencia procede de una confesión de fe monoteísta y testifica una firme convicción. Dado que el arameo se convirtió en la lengua oficial del imperio persa y que alcanzó, en consecuencia, una amplia difusión también en Palestina, podría verse en la mencionada frase aramea de 10,11 una alusión a la lengua utilizada en la vida cotidiana, lo que supondría una época relativamente tardía de la redacción (¿tal vez en torno al siglo V?) y ello, por supuesto, no sólo respecto de Jer 10.

Además de la lengua, también las *formas lingüísticas* del libro presentan enigmas. Hallamos en él tanto poesía como prosa, a menudo mezcladas entre sí. En la primera mitad del libro (hasta el cap. 25), predomina la poesía; a continuación, con escasas excepciones, sólo se recurre a ella en el *libro de la consolación* (Jer 30-31) y en los oráculos contra las naciones (caps. 46-51). Con todo, también en los pasajes preferentemente poéticos aparecen textos en prosa (Jer 7; 11; 13;...). Hoy se ha abandonado el viejo axioma de que los profetas se habrían expresado siempre en un lenguaje poético y no puede recurrirse a este criterio para distinguir entre las sentencias originales de Jeremías y otras que no le pertenecen. El cambio entre poesía y prosa podría deberse probablemente a las diversas finalidades de la comunicación (cf. la introducción a 31,23-40 y los comentarios a 31,35.38). Cuando se trata de emociones o de invocaciones, parece más adecuada la poesía. La prosa se ajusta mejor a los fines de las secciones narrativas.

La poesía de Jeremías exige del lector un notable esfuerzo, porque, además del acostumbrado lenguaje metafórico (por ejemplo, los animales, en 2,23s; 8,16s;... la enfermedad como señal de una situación aflictiva de la comunidad en 6,7; 10,19;... y otras

muchas imágenes), utiliza generosamente la *técnica del collage*. Las imágenes, los locutores, los estados de ánimo o la temática cambian a menudo y de foma imprevista. Llama asimismo la atención, en el hebreo, el paso, frecuente y sorprendente, del masculino al femenino y a la inversa (por ejemplo en 2,2; 7,29 y especialmente en el *libro de la consolación*, en 30,5-31,22; cf. págs. 123s.). Los diversos componentes se unen por asociación y se agrupan para formar un único conjunto. Preguntas entremezcladas con el texto, imperativos y provocaciones cumplen la función de incitar al lector y llevarlo desde la incomprensión (5,21; 10,21;...) a la comprensión (9,11.23; 16,21; 30,24;...). Con esta técnica especial, el libro de Jeremías intenta provocar reacciones. Y lo consigue. Así lo testifican las citas y las alusiones que aparecen en otros escritos bíblicos (Zac, Cró, Est,...), incluidos los del Nuevo Testamento. En este comentario hemos puesto particular empeño en la historia de estas resonancias, más concretamente en lo que respecta a los pasajes neotestamentarios.

El libro recoge, por su parte, *diversas tradiciones*, que deben entenderse desde un doble significado.

a) Se remite, por un lado, a *otros libros bíblicos*. Son evidentes las repeticiones textuales de algunos profetas (Am, Os,... también el Deuteroisaías), pero sobre todo del Deuteronomio y de la historia deuteronomística. Los revestimientos literarios extraídos de la literatura deuteronómico/deuteronomística son de hecho tan intensos que –teniendo en cuenta la circunstancia de que no se trata de simples repeticiones, sino que los textos presentan cambios y ampliaciones en múltiples casos– el libro de Jeremías debe ser entendido como una confrontación consciente con la posición deuteronimística. A pesar de algunas formulaciones y amonestaciones comunes («observar los mandamientos», «escuchar la voz», la tríada «extranjero, huérfano, viuda...»),

la posición de Jeremías respecto de los elementos esenciales de la fe (por ejemplo, el Templo, la alianza) difiere de los puntos de vista deuteronomísticos. Dada la estrecha vinculación con estos otros libros bíblicos, se alude, en el comentario, a los textos concretos. Vale la pena confrontar, a continuación, los pasajes mencionados.

b) Por otro lado, *también en el interior mismo* del libro de Jeremías se detecta la presencia de diversas tradiciones. Se narra en dos ocasiones la conquista de Jerusalén: en 39,1-10 y en el cap. 52 (en una perspectiva deuteronimística que concuerda ampliamente con 2Re 24s). También la liberación de Jeremías presenta dos versiones diferentes (39,11-14 y 40,1-6). En lo que atañe al exilio, algunos textos estiman que será de larga duración (setenta años: 25,11s; 29,10; dos generaciones: 27,7) y exhortan incluso a fijar una residencia estable en tierra extranjera (29,5-7). En 31,21 resuena, en cambio, la reprensión a los fieles, aquí llamados «vírgen de Israel», por no haber emprendido aún el camino del regreso. Respecto de las consecuencias del exilio, existen divergencias entre los juicios del cap. 13 y los del cap. 24. También aparecen, en fin, amplias diferencias entre las imágenes de la salvación; compárese, por ejemplo, los caps. 23 y 30s; o 32 y 33. El primero y el último de estos textos hablan de la restauración de la dinastía davídica; Jer 33,6-13 anuncia, además, un futuro dichoso para Jerusalén. Jer 32 es, por el contrario, un texto en el que la esperanza está amortiguada (v. 15), aunque se menciona, como fundamento que la sustenta, la «alianza eterna» (v. 40). Se diferencia de ésta el concepto de «nueva alianza» (31,31-34) y el hecho de que, en ocasiones, la salvación presupone una labor de reflexión sobre los grandes sufrimientos (Jer 30s). Las situaciones dolorosas enumeradas son sólo una pequeña parte de una cantidad mucho más elevada y testifican

que el libro de Jeremías se compone de colecciones de textos relativos a los acontecimientos de los años en torno al 587, a los hechos que los precedieron y a las consecuencias que se derivaron de ellos.

Las numerosas tradiciones que constituyen la base del libro podrían haberlo fragmentado en secciones inconexas. Que no haya ocurrido así se debe, en primer lugar, a dos *elementos de conexión*: los duplicados y las fórmulas estereotípicas. Ambos fenómenos testifican la sólida voluntad de estructuración orgánica de los redactores que unieron los diversos textos y les dieron su forma última. Ya hemos mencionado el duplicado de mayor extensión (Jer 10,12-16 = 51,15-19); a él se añaden otros muchos, entre ellos, por ejemplo, 6,12-15 con 8,10-12; 9,11-15 con 16,10-13; 16,14s con 23,7s;... Se trata, además, de textos que fueron siendo adaptados, de vez en cuando, a su contexto, lo que pudo fácilmente dar lugar a desplazamientos de acentos (véase, por ejemplo, el comentario a 23,8). Aparte de su función de conexión, estos duplicados nos dicen algo sobre Dios, a saber, que permanece fiel a su palabra a través de los diversos tiempos y acontecimientos.

Lo mismo cabe decir de las expresiones parecidas y frecuentemente repetidas, singularmente abundantes en el libro de Jeremías. Figuran en este apartado la lista de los verbos del ámbito de significados destruir y edificar (1,10; 18,7.9; 24,6;...), las expresiones «romper el yugo» (2,20; 5,5;...), «mirad que vienen días, oráculo de YHWH» (7,32; 30,3;...), «espada, hambre y peste» (14,12; 21,7;...), «cambiar la suerte» (29,14; 30,3;...) y otras muchas fórmulas. Sorprenden, en estas expresiones a menudo recurrentes, sus variaciones, más abundantes que en el caso de los duplicados, de modo que, en este sentido, no se presentan tanto como sino como formulaciones típicas o como motivos repetitivos. El comentario a algunos textos concretos remite a varios

de estos pasajes similares; consultando el índice de lugares bíblicos del final del volumen podrán rastrearse otros textos de Jeremías que no podemos estudiar aquí con detalle dadas las reducidas dimensiones de nuestro escrito.

Algunos de los elementos mencionados (cambio de personas que toman la palabra, técnica del *collage*, tradiciones diversas y en parte contradictorias...) hacen del libro de Jeremías uno de los textos de más difícil comprensión de toda la Biblia. Esto significa, por un lado, que *la interpretación* debe estar presidida por *una extremada prudencia.* No pueden considerarse las afirmaciones en sí mismas, aisladas del resto, sino que deben ser entendidas desde el conjunto de su unidad literaria, dentro del movimiento del texto y de su situación en el libro, en concordancia con formulaciones parecidas y en relación con otros pasajes (a veces con textos de fuera del libro de Jeremías). Este comentario desea ayudar a enfrentarse con los puntos más importantes de la interpretación de un texto.

Por otra parte, el texto de Jeremías revive en la lectura: intenta –sobre todo en sus secciones poéticas– *provocar reacciones.* Desearía que el oyente/lector dialogara con el escrito y con sus preguntas: ¿por qué se ha llegado al desastre? ¿En qué consiste la verdadera profecía? ¿Cómo superar la ruina y avanzar, tras la aflicción, hacia una nueva salvación? Las múltiples reacciones introducidas en este libro (lamentaciones, duelo, dolor, oraciones; cf., por ejemplo, 4,19; 8,18s; 10,6s;...) desean suscitar un análogo comportamiento en los oyentes, inducirlos a reflexionar y discernir. Se trata de un escrito que fue y sigue siendo un desafío al lector, que le incita a contemplar su vida personal a la luz de las experiencias descritas en sus páginas.

2. *Estructura*

No menos compleja que la formación del texto es su disposición. Son aquí *pilares fundamentales* los caps. 1; 25 y 52, ligados entre sí, entre otras cosas, mediante una intensa coloración deuteronomística, las dataciones (1,2 y 25,3 pertenecen a la misma fuente) y la perspectiva, que se proyecta más allá del propio pueblo y de la destrucción. La mirada se dirige inmediatamente a la actividad de Jeremías considerada en su conjunto (1,5.10: profeta de las naciones; los pueblos; la lista de los verbos) y a un libro ya en muy buena parte escrito (25,13 «todas las palabras... en este libro», y la última frase de 51,64, «hasta aquí las palabras de Jeremías», a las que se añade Jer 52). Se presentan, con mirada retrospectiva, los acontecimientos del 587 y los subsiguientes como ya anunciados (1,13-16), o a punto de suceder (25,15-38, con una orientación universal) o ya acaecidos (Jer 52). En este juicio toma forma concreta la palabra manifestada por Dios y la incómoda verdad de que es una palabra que actúa sobre la propia vida; Dios vela por el cumplimiento de su Palabra (1,12), incluso cuando sus profetas no son escuchados a pesar de todas sus fatigas (25,3s.8.13).

No todo es negativo en los capítulos fundamentales del libro de Jeremías; también dan esperanza. Comparando, por ejemplo, Jer 52 con su modelo en 2Re 24s, se advierte que hay, respecto a la anterior referencia textual, un elemento nuevo y enriquecedor: las columnas (cf. Jer 52,21-23 con Re 25,17). Se comprende bien, en conexión con el singular anuncio de Jer 1,18, según el cual Dios hará del profeta una ciudad fortificada, una columna de hierro (que falta, desdichadamente, en el texto griego) y un muro de bronce, la auténtica misión del profeta: él y su libro están llamados a sustituir –y lo pueden hacer del mejor de los

modos posibles– todo cuanto se perdió con la caída de la ciudad y la destrucción del Templo (cf. el comentario a este pasaje). Y hay también esperanza porque el dominio de Babilonia llegará un día a su fin (25,26 está vinculado a los oráculos sobre Babilonia: cf. la introducción a 50,2-6) y se han producido cambios en el duro destino que se abatió sobre el inocente rey Yoyakín (52,31-34).

El capítulo central, Jer 25, divide al libro en *dos bloques* (2-24; 26-51), cada uno compuesto por varias colecciones. Las describiremos aquí brevemente; en las introducciones a los textos puestas al principio de las selecciones hemos intentado, además, ofrecer breves resúmenes. El primer ciclo de poemas (Jer 2-6) da dos claves para la comprensión del libro, la querella de YHWH con su pueblo a causa de la alianza y el ofrecimiento de retorno/conversión (caps. 2ss); en los caps. 4-6, tres colecciones perfilan la ruina de Jerusalén, cuyo cumplimiento está cada vez más cercano. El cap. 7, en prosa, introduce un segundo ciclo de poemas sobre el tema de la confianza (hasta el cap. 10). La larga colección de Jer 11-20 se caracteriza por las llamadas confesiones: se trata de cinco poemas de lamentación. Jer 11 está conexionado, a través del lenguaje, con el cap. 7, pero gira en torno a la infracción de la alianza. En los caps. 13 y 18s aparecen acciones simbólicas y se intensifica la actividad del profeta. Los últimos capítulos de la primera mitad (21-24) se refieren a los responsables, especialmente a los reyes, pero sin olvidar a los falsos profetas (23,9-40).

La segunda parte (Jer 26-51) ofrece básicamente relatos en tercera persona sobre Jeremías y presenta subdivisiones que tienen como bisagra los capítulos de transición 36 y 45. *La primera colección*, Jer 26-35, incluye una gran diversidad de materiales, si bien todos ellos tienen en común la idea de que la aceptación del

mensaje divino conduce a la salvación, aunque sea necesario soportar durante algún tiempo el dominio temporal de Babilonia, lo que incluye algunas humillaciones (deportación de personas y expolio de los objetos de culto del Templo, el año 597: cap. 27,19s; nuevo asedio de Jerusalén a partir del inicio del 588, que se da por supuesto en 32ss). Jer 26 parte del mismo punto en que se había iniciado el cap. 24 (v. 1), es decir, del Templo, y remite, con el conflicto sobre la supervivencia, al cap. 7: Dios ofrece explícitamente la salvación (26,3). Un profeta llamado Jananyá se opone en vano al sometimiento a Babilonia anunciado por Jeremías (caps. 27s); una actitud parecida adoptaba Semayá, desterrado en aquella ciudad (29, 24-32). Resuenan, pues, como venidas de otro mundo las promesas del *libro de la consolación* (30s), que son el fruto maduro de un largo contraste y hablan de una salvación que ha superado la catástrofe que ahora debe ser olvidada, junto con sus dolores y sus lutos. También los dos capítulos siguientes transmiten esperanza: en Jer 32 el profeta compra, inmediatamente antes de la caída de Jerusalén, un terreno en su tierra de origen, señal divina que preludia un retorno (32, 15.37ss). Jer 33 desarrolla estas promesas desde diversos puntos de vista. La oferta de supervivencia alcanzaría también al rey Sedecías si éste se decidiera a escuchar (34,4s; lo mismo puede decirse del pueblo: vers. 17). En Jer 35 aparecen, como ejemplo opuesto a la negativa a oír al profeta, patente en el rey y el pueblo, la fidelidad y la obediencia de los recabitas, grupo devoto que llevaba un género de vida de gran sencillez y austeridad (35,6s.).

La negativa a escuchar colma su medida en el cap. 36, con el que se inicia la *segunda colección* (Jer 37-44), que describe la caída de Jerusalén (caps. 37-39) y las causas de las difíciles condiciones subsiguientes (caps. 40-44). El cap. 36 vuelve sobre las vicisitudes con el rey

Yoyakim (ya en 35,1). El monarca creía poder neutralizar las palabras de Jeremías quemándolas (36,23), para evitar así los males anunciados en ellas. Pero semejante desprecio no tenía en cuenta el origen divino de las sentencias del profeta. Descarga, además, sobre el rey la desventura de no tener herederos al trono (36,29-31; tres meses más tarde su hijo Yoyakín tendría que rendir la ciudad y marchar en cadenas al destierro); se escriben de nuevo las palabras quemadas y se añaden otras nuevas (36,32): es imposible evitar el impacto con la palabra divina anunciada por Jeremías porque es una palabra que no tolera obstáculos. El principio es aplicable también a Baruc, el confidente de Jeremías, a quien en el cap. 45 se le promete, en medio de la ruina general, la conservación de la vida. Yoyakín y Baruc son figuras contrastantes: quien descuida las palabras de Dios dichas a Jeremías acarrea su ruina y la de los demás; quien, por el contrario, las toma realmente en serio, vivirá (el «escribir» de 45,1 enlaza con 36,4). Esta vida sobrepasa la muerte del profeta, que desaparece, en el cap. 44, deportado a Egipto.

La última colección está formada por los *oráculos contra las naciones* (Jer 46-51). En ellos se demuestra que la conducta descarriada no es una exclusiva de Israel, sino que se da también en los otros pueblos. Los oráculos se la van atribuyendo a cada uno de ellos de acuerdo con sus peculiares características. Al final, y recapitulando en sí todos los males, figura Babilonia (caps. 50s) como la nación que ha sido causa de inmensas desventuras de todas las restantes y también, al mismo tiempo, como nombre-símbolo de todas las fuerzas hostiles a Dios. De éstas, como antes respecto de las otras naciones (Jer 46-49), se anuncia la destrucción que, con toda justicia, alcanza también a Jerusalén, que se había opuesto a Dios (cap. 52). Al igual que en el primer párrafo, también aquí resuenan, a través de la

conexión con los caps. 1 y 25, los temas de la esperanza. Incluso al cabo de 37 años de prisión puede alcanzarse la libertad, la gracia y una vida nueva (52,31-34): Dios puede cambiarlo todo en bien.

3. El mensaje

Si la ciudad y el país entero son destruidos, si perecen violentamente muchas personas y son millares los deportados al destierro, todo esto significa el fin. El 587 fue un año de *muerte*. De estos vientos de muerte y de cuanto los acompaña está impregnado el libro de Jeremías. Hallamos análisis de enfermedad/culpa: los hombres han abandonado a su Dios (1,16; 2,13;...), lo han olvidado (2,32; 13,25; 18,15) y han seguido, en su lugar, a la mentira (en hebreo, *sheker*, que significa también vano, falso, engañoso; cf. el comentario a 5,2; también 3,10.23;...). El comportamiento mentiroso no atañe tan sólo a la fe comprometida a causa del servicio prestado a los ídolos, sino también a la conducta social (6,13; 7,9;...) y a la política (Judá, vasallo del soberano de Babilonia, se rebela contra él en el 597 y el 589). Era deber de los responsables haber conducido a los hombres al encuentro con su Dios y haber seguido una conducta justa, pero no cumplieron su cometido: muy al contrario, los sacerdotes, escribas y doctores de la ley, los jefes (*pastores*, 2,8), los poderosos (*los grandes* 5,5), los sabios y los profetas (18,18; también 23,9ss), los reyes (Jer 21s), los adivinos, magos y otros (27,9) confirmaron al pueblo en su conducta errada. Falló incluso, frente a la enorme gravedad de las faltas, aquella obligación profética de interceder por el pueblo (27,18) que Jeremías había observado (18,20). Dios está decidido a no ceder ni a las súplicas de Jeremías (7,16; 11,14; 14,11) ni a las de Moisés o Samuel (15,1). Se acerca así,

dramática e inexorablemente, la desventura, con multiplicidad de nuevos rasgos (4,5-6,26), y a continuación sólo queda, en los hombres y en la naturaleza, el luto (como se ve en los fragmentos de lamentaciones insertos en el texto, por ejemplo, en los caps. 7-10, y en las confesiones) y destrucción completa (con lenguaje cósmico, por ejemplo, en 4,23-26).

Pero incluso de esta muerte surge una *vida nueva.* Los hombres han vivido la experiencia de que en el dolor común crece la solidaridad y los sufrimientos han creado una nueva sensibilidad respecto a los otros. Estas pequeñas experiencias de salvación incitan a no ignorar la existencia del mal y de sus causas, sino a examinarlo, analizarlo (como ocurre con frecuencia en el libro de Jeremías) y a corregir cuanto hay de negativo, caduco y falso. La nueva situación tiene consecuencias también para la fe: el cambio hacia una mayor profundidad y espiritualidad (cf. el comentario a 23,8) supera muchos entumecimientos y orienta de nuevo y decididamente hacia Dios. Conocerle y retornar a él no es ya una simple aspiración humana, no realizada de todo corazón (cf. 3,10), sino un generoso don de Dios (24,7; 31,34). Este cambio de mentalidad está acompañado también por un cambio externo: lo que había sido demolido es ahora reedificado, regresan algunos de los deportados a tierra extranjera y florece una nueva y gozosa comunidad (30,19; 31, 13;...). De este nuevo Israel (para el significado de esta expresión, que en la mayor parte de los pasajes del libro de Jeremías se refiere a la comunidad, cf. el comentario a 3,6ss.) pueden aprender todos los demás pueblos (12,14-16) que YHWH es el Dios único de todo el mundo, es un Dios de salvación y de paz. Y aunque durante mucho tiempo esta paz no fue visible debido a que se la entendía erróneamente y a que las situaciones eran conflictivas (cf. el comentario a 14,19), Dios, en su amor eterno (31,3) a sus fieles, ha puesto

un total empeño en su salvación y quiere dársela en plenitud (29,11; 33,6).

Nota: Los textos bíblicos citados al comienzo de cada uno de los capítulos se toman de la Biblia traducida bajo la dirección de Serafín de Ausejo y publicada por la Editorial Herder (segunda edición, 1986). No obstante, en los comentarios exegéticos, el autor se aparta a veces de esta traducción y recurre directamente al texto hebreo original.

BIBLIOGRAFÍA

L. Alonso Schokel, *Ger 22, 13-19; 7, 7-11...: La coscienza dell' obiezione; considerazioni bibliche*, en «Civiltà Cattolica» 3141 (1990/III), pp. 45-51.

L. Alonso Schokel, J.L. Sicre Díaz, «Geremia», en AAVV, *I Profeti*, trad. it., Borla, Roma 1984.

G. Boggio, *Geremia* (LoB 1), Queriniana, Brescia 1982.

G. Boggio, *Geremia. Un uomo senza maschera*, en «Parola, Spirito e Vita» 31/1986, pp. 94-100.

G. Boggio, «Geremia di fronte alla morte, Gesù e la sua morte», in AAVV, *Gesù e la sua morte*, Actas de la XXVII Semana Bíblica ABI, Roma 1982, Paideia, Brescia 1984.

A. Bonora, *Geremia, uomo dei dolori*, Gregoriana Libreria Editrice, Padua 1992.

P. Bovati, *Dio protagonista del ritorno in Geremia*, en «Parola, Spirito e Vita» 22/1990, pp. 17-34

P. Bovati, «Geremia», en AAVV, *Storia della spiritualità*, vol. I (AT), Borla, Roma 1987, pp. 376-381.

J. Briend, *Il libro di Geremia* (Quaderni Biblici 8), Borla, Roma 1993.

G. Couturier, «Geremia», en AAVV, *Grande Commentario Biblico*, Queriniana, Brescia 1973.

V. Devescovi, *Annotazioni sulla dottrina di Geremia circa la nuova alleanza*, en «Rivista Biblica» 8/1960, pp. 108-128.
G. Héléwa, *Un' esperienza del dolore: il profeta Geremia,* en «Rivista di vita spirituale» 22/1968, pp. 163-196
L. Lombardi, G. Bernini, *Geremia-Baruc* (Nuovissima versione della Bibbia), Ed. Paoline, Roma 1979.
S. Manfredi, Ger 20, 7-18. *Geremia, il profeta simbolo della nazione*, en «Ho Theologos» 2/1984, pp. 199-168.
S. Manfredi, *Il tempo della guarigione studio sulla radice "rp", curare, guarire in Ger 8, 11.115.22*, en «Ho Theologos» 3/1985, pp. 203-230.
C. M. Martini, *Una voce profetica nella città. Meditazioni sul profeta Geremia*, Piemme, Casale Monferrato 1993.
A. Mello, *Geremia*, Gribaudi, Turín 1981.
H. Mottu, *Geremia; una protesta contro la sofferenza; lettura delle Confessioni*, trad. it., Claudiana, Turín 1990.
A. Penna (ed.), *Geremia, Lamentazioni*, en *La Sacra Bibbia*, realizada por S. Garofalo, Marietti, Turín 1954.
L.M. Pirotta, *Le caratteristiche della Nuova Alleanza nei profeti del periodo pre-esilico ed esilico*, en «Palestra del Clero» 64/1995, pp. 398-414.
A. Quacquarelli, *Il genere omiletico in Origene; le Omelie su Geremia*, en «Annali di Storia dell'Esegesi» 8/2 (1990/1), pp. 507-517.
G. Ravasi, *Il silenzo di Dio. Riflessioni sul libro di Geremia*, Ed. Paoline, Milán 1988.
G. Ravasi, *Ger 1, 5; dal grembo di mia madre mi hai chiamato; figure e modelli di vocazione nell'AT*, en «Servitium» 3/61 (1989), pp. 11-23.
G. Ravasi, *«Mi ricordo del tuo amore» (Ger 2, 2-3)*, en «Parola, Spirito e Vita» 11/1985, pp. 34-45.

G. Ravasi, *Il segno profetico del celibato di Geremia (16, 2...)*, en «Parola, Spirito e Vita» 11/1985, pp. 35-45.
G. Ravasi, *Il profeta Geremia*, Ed. Dehoniane, Bolonia 1992.
G. Ricciotti, *Il libro di Geremia*, Ed. Bocca, Turín 1923.
A. Ridouard, Geremia: la prova della fede, trad. it., Borla, Roma 1984.
E. Rostan, *Geremia, una voce per il nostro tempo*, Centro Biblico, Casoria (Nápoles) 1973.
J.A. Soggin, *Geremia, la persona e il ministerio*, en «Protestantesimo» 19/1964, pp. 78-84.
F. Soracino, *Ger 9, 20, un polmone urgaritico e la forza di Dio*, en «Aiôn» 44/1984, pp. 539-553.
A Strobel, *Geremia-Lamentazioni-Baruc; cordoglio per Gerusalemme*, trad. it., Cittadella, Asis 1989.
E. Vallauri, *Il discorso contro il Tempio (Ger 7, 1-15; cf. 26, 1-24)*, en AAVV, *Introduzione alla Bibbia*, vol. II/2, Marietti, Turín 1971.
A. Weiser, *Geremia*, trad. it., 2 vol., Paideia, Brescia 1987.
C. Westermann, *Geremia, profeta a prezzo della vita*, trad. it., Marietti, Turín 1971.

TEXTO Y COMENTARIO

I

EL DON DE LA LLAMADA
"Te he constituido profeta de las naciones"
(Jer 1,4-19)

4 *La palabra de Yahvéh me fue dirigida en estos términos:*
5 *Antes de formarte en el seno materno te conocí,*
desde antes que nacieras te consagré:
profeta de las naciones te constituí.
6 *Pero yo dije: ¡Ah, Señor Yahvéh! Mira que no sé*
hablar, pues soy un niño.
7 *Yahvéh me dijo:*
No digas: Soy un niño,
pues irás a todos a quienes yo te envíe
y todo lo que yo te mande dirás.
8 *No tengas miedo ante ellos,*
pues contigo estoy yo para salvarte
–oráculo de Yahvéh–.
9 *Luego Yahvéh alargó su mano y, tocando* ***mi boca,***
Yahvéh me dijo:
He aquí que pongo mis palabras en tu boca.
10 *Mira, hoy te confío*
las naciones y los reinos
para arrancar y arrasar,

para destruir y derruir,
para edificar y plantar.
11 *La palabra de Yahvéh me fue dirigida en estos términos: ¿Qué ves, Jeremías? Respondí: Estoy viendo una*
rama de almendro. 12 *Yahvéh me dijo: Bien has visto; porque yo estoy velando por mi palabra para cumplirla.* 13 *La*
palabra de Yahvéh me fue dirigida por segunda vez en estos términos: ¿Qué ves? Respondí: Estoy viendo una olla
que hierve y que se vuelca desde el lado del norte. 14 *Yahvé me dijo:*
Del norte se desencadenará la desgracia
sobre todos los habitantes del país,
15 *porque mira: yo estoy convocando*
a todas las tribus de los reinos del norte
–oráculo de Yahvéh–;
vendrán, y pondrá cada una su trono
a la entrada de las puertas de Jerusalén,
contra todos los muros que la rodean
y contra todas las ciudades de Judá.
16 *Pronunciaré mis sentencias contra ellos*
por toda su maldad, pues me abandonaron,
incensaron a dioses extraños
y adoraron las obras de sus manos.
17 *Así pues, cíñete la cintura,*
levántate y diles
todo lo que te mando.
No tengas miedo ante ellos,
no sea que yo te haga temerlos.
18 *Pues mira que hoy te convierto*
en plaza fuerte,
en columna de hierro,
en muralla de bronce
contra todo este país:
contra los reyes de Judá y sus jefes,
contra sus sacerdotes y la población de esta tierra.

19 *Te combatirán, pero no podrán contigo*
porque contigo estoy yo
–oráculo de Yahvéh– para salvarte.

Introducción

Tras el título (1,1-3, cf. la introducción, pág. 8), el libro comienza con la presentación del profeta y la descripción de su misión, delineada en tres escenas: vs. 4-10, nombramiento como profeta de las naciones; vs. 11-16, dos visiones y su correspondiente explicación; vs. 17-19, exortación final y ratificación.

La primera escena responde al esquema del *formulario de vocación*, con los elementos de misión-objeción-garantía-señal. La segunda desarrolla el contenido de la misión de Jeremías en dos direcciones. La tercera confirma al profeta y le alienta para enfrentarse a su tarea. Todo el cap. 1 cumple así la función de prólogo del libro, proporcionando al lector los datos fundamentales sobre la persona del profeta (y, en parte, sobre su mensaje).

Comentario

Tras la fórmula del acontecimiento de la palabra (v. 4), oímos, en el v. 5, la primera sentencia divina. Dios afirma haber *conocido* y *santificado* a Jeremías cuando aún no existía. Ya antes de ser concebido (cf. también Sal 139,15s) estaba destinado a ser profeta. Su misión (primer elemento del formulario de vocación) no es algo superpuesto a su vida como una especie de añadido, sino que está inseparablemente unido a su existencia. Jeremías es total y absolutamente profeta desde el primer instante, sin restricción alguna.

Es una misión que tiene como destinatarias *las naciones.* Refleja así el contenido total de su libro, en el que hay oráculos dirigidos a pueblos extranjeros (especialmente en los caps. 46-51, pero también en los caps. 27 y 29 y en otros lugares). Tal vez haya aquí una alusión a los fieles dispersos en diferentes países, a los que también se dirige la predicación de Jeremías.

Los dos aspectos de su nombramiento como profeta, a saber, haberlo sido antes de la concepción y tener una misión universal, dan testimonio de un Dios que está más allá de todo límite personal o nacional. Se sitúa en el inicio mismo de la vida, decide por ella y reclama servirse de ella para sus propios fines. No se ocupa tan sólo de Judá o de Israel, sino de todas las naciones, sobre las que su palabra tiene autoridad: él es el Señor del mundo.

Los verbos «conocer» y «santificar» definen la *estrecha relación* existente entre Dios y Jeremías. El primero indica un conocimiento íntimo y una unión profunda, el segundo la pertenencia al ámbito divino, estar separado de Dios. Juntos, hunden en la voluntad divina los cimientos de la misión de Jeremías. Como dice Jochen Klepper:

> Ningún profeta ha dicho: "¡Señor, abraso!".
> Todos han sido abrasados por Dios.
> Ningún profeta ha dicho: "Comprendo".
> Todos han sido comprendidos por Dios.

En contraste con el conocimiento divino, aparece, en el v. 6, el *no-saber* de Jeremías. Su incapacidad para hablar (segundo elemento del formulario de vocación) afecta a un punto esencial de su misión. De igual manera había presentado Moisés esta objeción a Dios (Éx 4,10; 6,12.30). Pero ni en el caso de Moisés ni en el de Jeremías existe el menor indicio, en su predicación, de

que no sepan hablar. Al contrario, ambos demuestran un excelente dominio del lenguaje. Debe, por tanto, concluirse que no se trata de una verdadera incapacidad, sino más bien de su *convicción* de no ser capaces.

Esta convicción va unida a la alusión sobre la *falta de autoridad* por ser demasiado joven. Pero la juventud no es un obstáculo para la elección divina. También a Samuel (1Sam 3,1), David (1Sam 16,11) y Salomón (1Re 3,7) –asimismo elegidos por Dios para una misión particular– se les aplican estos mismos términos: «joven, muchacho, niño». No debe entenderse la objeción de Jeremías en el sentido de una negativa, sino como expresión de la propia insuficiencia frente al mandato divino. Ninguna persona es capaz de cumplir con sus solas fuerzas la misión que Dios le confía.

La respuesta de Dios, en el v. 7, es una orden que contiene los dos verbos clave de la vocación: «mandar» e «ir». «Dirás todo lo que yo te mande» contiene una alusión a la descripción del futuro profeta preanunciado en Dt 18,18: «Dirá todo lo que yo le mande» (en hebreo los dos pasajes presentan una perfecta correspondencia literal).

Esta respuesta divina se prolonga en el v. 8 con la *promesa de asistencia.* «Estoy contigo» (Éx 3,12; Jue 6,16...) es el tercer elemento del formulario de vocación y aquí se fundamenta la exhortación a no tener miedo. La asistencia divina es siempre más fuerte que cualquier temor humano.

El cuarto elemento, la *señal,* es aquí en un *gesto* (v. 9). Comparando este lugar con la situación análoga que encontramos en Is 6,6s observamos que en Isaías es un serafín quien le toca la boca con un carbón ardiente, mientras que en el caso de Jeremías es Dios mismo quien extiende la mano y le toca directamente. También aquí el gesto se interpreta de nuevo mediante una cita literal de Dt 18,18: «Pondré mis palabras en su

boca». El contacto directo con Dios y la referencia a Dt 18 hacen de Jeremías el profeta futuro prometido por Moisés, cuyas palabras gozan de autoridad divina.

El v. 10 retoma el hilo y explica la misión universal del v. 5: *profeta de las naciones.* El paralelo más próximo de la expresión «*te confío*» se encuentra en Jer 40,11: «poner al frente»: Este último pasaje se refiere a Godolías, a quien el rey de Babilonia había nombrado gobernador de Judá tras la conquista de Jerusalén. De parecida manera, Jeremías es el *representante* acreditado, el plenipotenciario de Dios para las naciones.

Seis verbos describen su poderosa acción. Los cuatro primeros indican una destrucción completa, los dos últimos la restauración. La costumbre de agrupar estos verbos en fórmulas sólo aparece en el libro de Jeremías (cf. 12,14-17; 18,7-10; 24,6; 42,10; 45,4 y, como desarrollo más amplio, 31,28). La presencia de seis expresiones en lugar de las cuatro o cinco habituales permite además concluir que la redacción de Jer 1 se sitúa en un estadio más tardío, que muestra dos nuevas peculiaridades: en todos los demás casos, las dos acciones contrapuestas son sucesivas y tienen como sujeto a Dios. Aquí, en cambio, el sujeto es Jeremías, las acciones están yuxtapuestas y parecen indicar una simultaneidad cronológica. Al *edificar*, el profeta no se limita a llevar a cabo una empresa regia, al estilo de Salomón, sino una obra normalmente atribuida a Dios.

Los vs. 11-16 completan la misión con dos visiones referentes al *mensaje.* Se trata siempre de la visión de algo ordinario que se relaciona, mediante un juego de palabras, con la interpretación dada por Dios. La primera de ellas (v. 11, idéntica pregunta en 24,3) parte del almendro, en hebreo *el vigilante*, por ser el primer árbol que florece en primavera, para afirmar que Dios vigila el cumplimiento de su palabra (de parecida manera Is 55,11).

La segunda visión (v. 13), «una caldera que hierve y que se vuelva desde (no *hacia*) el lado del norte», ofrece el punto de partida para anunciar la desgracia futura. Las expresiones: «hirviente» (por haber atizado el fuego) del v. 13, «desencadenará» del v. 14 y «a la entrada» o «delante» del vers. 15 trazan, merced al juego de palabras que se crea en hebreo, una línea que permite percibir que la catástrofe se acerca cada vez más a Jerusalén. Al igual que el rey de Babilonia sobre Sedecías (52,9), aquí es Dios mismo quien pronuncia la sentencia (1,16) a causa de la infidelidad («me abandonaron») y de la idolatría.

Con un enfático «tú» se abre la exhortación final para la aceptación de la misión (vs. 17-19). La orden de ceñirse la cintura (v. 17, con paralelos en Job 38,3; 40,7) significa *prepararse* para el trabajo o la batalla, aquí para la predicación (volviendo sobre el mandato de hablar del v. 7). Será esencial, para llevar a buen término esta tarea, no tener miedo a los hombres; se refuerza así, con un juego de palabras («tener miedo» y «hacer temer» son expresiones que se construyen en hebreo con el mismo verbo), el motivo ya insinuado en el v. 8 (cf. también la plegaria de lamentación de 17,18).

El *yo* de Dios (v. 18) sostendrá el *tú* de Jeremías. «Te constituí» (v. 5) y «hoy te convierto» (v. 18) tienen en hebreo la misma raíz y señalan la nueva identidad de Jeremías. Merece la pena prestar atención a la traducción exacta del original hebreo. Se emplean tres expresiones para subrayar una *defensa poderosa* y estable: «Y yo, he aquí que te hago hoy una ciudad fortificada y una columna de hierro y una muralla de bronce».

Se habla de una *ciudad fortificada* en Sal 60,11 y en el paralelo Sal 108,11. Aparecen también, en plural, en Jer 4,5 y 8,14, donde se habla de las ciudades de Judá asaltadas y que no ofrecen seguridad. La *columna de hierro* se explica a partir del modelo en que se debía ins-

pirar: las columnas de bronce de la fachada del Templo, de las que las de hierro son aquí un símbolo. Jer 52,17-22 describe el traslado de estas dos columnas a Babilonia: en los dos últimos versículos, con la pormenorizada descripción de su belleza, puede percibir el lector la enorme pérdida de aquel evento (cf. la introducción en la pag. 12). Ahora, en cambio, Dios convierte a Jeremías, ya desde el primer momento, en columna de hierro. En el contexto del libro esto quiere decir que el profeta asume la función del Templo y supera (el hierro, además del bronce) el viejo modelo. La *muralla de bronce* (en singular también en 15,20) se contrapone a las murallas de Jerusalén del v. 15, que no fueron capaces de proteger la capital.

Las tres imágenes, consideradas en su conjunto, describen la nueva función de Jeremías: él será una *compensación* mejor y más segura de Jerusalén y del Templo, ahora destruidos. Y se mantendrá firme e inexpugnable (v. 19) frente al ataque de todos, incluidos los poderosos del país, gracias a la asistencia divina. Jeremías sale al encuentro de una vida plena de conflictos.

Actualización

El cap. 1 es la *obertura* al libro de Jeremías. Presenta sus temas centrales, de fundamental importancia para la comprensión del contenido, la persona del profeta y su conducta. Descubrimos en Jeremías una personalidad extraordinaria: es un hombre preelegido por Dios y es también su representante; es aquel profeta futuro prometido por Moisés e igual a él; es el depositario de una misión que desborda los confines del pueblo elegido y encierra en sí la triple dimensión de sacerdote (v. 1), profeta (v. 5) y rey (el *edificar* del v. 10). Todo ello forma un fuerte contraste con el reconocimiento de su

propia debilidad, expresada en el lamento del v. 6 (*¡ah, Señor!*) y con la convicción de su incapacidad y de su falta de autoridad. Se advierte así claramente que el origen y el éxito de la misión proceden de Dios, no del hombre, o como dice san Pablo: "Llevamos este tesoro en vasos de barro" (2Cor 4,7).

Mientras que el contenido, con el desastre que se abate sobre Judá y Jerusalén, traza una línea descendente, la figura del profeta sustituye, de manera audaz, esta pérdida al asumir en sí los valores de la ciudad y del Templo destruidos. De este modo, Jer 1 presenta también su escrito como la nueva y permanente seguridad tras la caída. Aunque han sido muchas las cosas destruidas, se mantiene en pie y se conserva en el libro que lleva su nombre el mensaje divino comunicado a Jeremías.

Dejarse enviar significa estar pronto y dispuesto para responder al designio de Dios empeñando en ello la propia vida. Incluye la fatiga de reconocer los propios defectos y deficiencias, de superar el temor y de aceptar una misión sujeta a controversias. Pero no se está solo: la base inquebrantable de esta vida es el mismo Dios, que se vincula al enviado con lazos de elección, de amor, de purificación (v. 5) e incluso de alabanza (v. 12). Dios le acompaña y le exhorta a no temer (vs. 8.17). Él *crea* la personalidad (vs. 5.10.18). Este Dios es el sólido fundamento de sus enviados.

De este modo, los enviados se convierten a su vez en una referencia segura para los demás (v. 18), también frente a los poderosos que hacen el mal. El contraste entre los enviados humanos, débiles, y su misión plena de fuerza y de autoridad, remite al auténtico origen de su actividad. En la paradoja de cada llamada resplandece el mismo Dios.

II

DIOS LUCHA POR ISRAEL
"Me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas"
(Jer 2,1-19)

1 *La palabra de Yahvéh me fue dirigida en estos términos:*
2 *Ve y grita a los oídos de Jerusalén lo siguiente:*
Así dice Yahvéh:
Recuerdo de ti el cariño de tu juventud,
el amor de tu noviazgo,
cuando ibas tras de mí por el desierto,
por una tierra no sembrada.
3 *Santo para Yahvéh era Israel,*
primicia de su cosecha;
cuantos lo comían, pecaban,
les llegaba la desgracia
–oráculo de Yahvéh–.
4 *Escucha la palabra de Yahvéh, casa de Jacob,*
y todas las familias de la casa de Israel.
5 *Así dice Yahvéh:*
¿Qué culpa hallaron vuestros padres en mí
para que de mí se alejaran
y caminaran tras la nada
y en nada se convirtieran?

6 *Ni siquiera preguntaron: ¿dónde está Yahvéh,*
que nos sacó del país de Egipto
y nos condujo por el desierto,
tierra esteparia y agrietada,
tierra seca y tenebrosa,
tierra por donde nadie pasa
y donde no mora hombre alguno?
7 *Yo os llevé a un país que es un vergel,*
para que comierais de lo mejor de su fruto;
pero llegasteis y manchasteis mi tierra,
hicisteis abominable mi heredad.
8 *Los sacerdotes no preguntaron: ¿Dónde está Yahvéh?*
No me conocieron los que se ocupan de mi ley.
Los pastores se rebelaron contra mí;
los profetas profetizaron por Baal
y se fueron tras los que de nada sirven.
9 *Por eso voy a discutir aún con vosotros*
–oráculo de Yahvéh–,
y con los hijos de vuestros hijos quiero discutir.
10 *Pasad, pues, a las islas de Kittim y mirad;*
enviad gente a Quedar y examinad atentamente,
mirad si sucedió cosa semejante:
11 *¿Cambió de dioses alguna nación,*
y eso que ni siquiera son dioses?
Pues mi pueblo cambió su gloria
por lo que de nada sirve.
12 *Pasmaos, cielos, de esto;*
estremeceos, horrorizaos en extremo
–oráculo de Yahvéh–,
13 *pues dos males hizo mi pueblo:*
me abandonaron a mí,
fuente de aguas vivas,
para excavarse cisternas,
cisternas agrietadas,
que no retienen el agua.

14 *¿Es Israel un esclavo*
o un siervo nacido en casa?
¿Por qué se convirtió en una presa
15 *por la que bramaban leoncillos,*
daban su rugido?
Hicieron de su país un desierto,
sus ciudades fueron incendiadas,
no queda un solo habitante.
16 *Incluso gentes de Nof y de Tafnis*
te afeitaron la coronilla.
17 *¿No eres tú la causa de esto,*
por haber abandonado a Yahvéh, tu Dios,
cuando te conducía por el camino?
18 *Y ahora, ¿a qué tienes tú que ir a Egipto*
a beber las aguas del Nilo?
Y ¿a qué tienes que ir a Asiria
a beber las aguas del Río?
19 *Tu propia maldad te castiga,*
tus apostasías te escarmientan.
Reconoce y advierte que es malo y amargo
el haber dejado a Yahvéh, tu Dios,
y que en ti no se halle mi temor
–oráculo del Señor Yahvéh Sebaot–.

Introducción

Jer 2-6 constituye el primer ciclo de poemas, que culmina en el juicio final sobre el pueblo, definido como «plata de desecho» (6,30: literalmente: «plata desechada»). Estos poemas hacen las veces de introducción temática al libro de Jeremías y ponen en evidencia la culpa de Israel.

La primera parte (2,1-4,4) desarrolla dos temas: acusación de infidelidad (cap. 2) e invitación a la conversión (3,1-4,4). Puede considerarse que Jer 2 está, a su

vez, dividido en dos partes: en los vs. 1-19 se encuentra la disputa de Dios respecto de la alianza y, en los vers. 20-37, el rechazo y el embotamiento de Israel. Nos hallamos, desde el principio, enfrentados a una relación rota y a un Dios que lucha por restablecerla.

También los vs. 1-19 se subdividen en varias secciones: en 1-3 se menciona el fundamento positivo de la relación recíproca entre YHWH e Israel; en 4-13 Dios echa en cara a Israel su incomprensible caída; en 14-19 se encuentran mezclados el tema de las consecuencias de la caída y la exhortación a escuchar a Dios, que aduce sus argumentos.

Comentario

Una triple introducción marca la separación respecto del cap. 1 y pone énfasis en la primera palabra del mensaje divino que leemos en el v. 2: «Recuerdo de ti», que forma una especie de preludio henchido de esperanza para todo lo que sigue. La memoria divina tiene ante los ojos *el amor fiel del inicio*, cuando el pueblo, aquí representado bajo la figura de una mujer en plena juventud y en su tiempo de noviazgo, estaba unido a Dios con un lazo de amor. A pesar de las circunstancias adversas (el *desierto*), este pasado fue un tiempo ideal, caracterizado por el «seguimiento». En hebreo, la expresión «ir o andar tras de» manifiesta una vinculación exclusiva.

En el v. 3 se habla de la *posición privilegiada y protegida* de Israel. Ser «santo» o «estar consagrado» indica una relación estrecha con Dios (cf. 1,5; Éx 19,6; Dt 7,6). Dios tiene un derecho sobre las primicias (Prov 3,9; Éx 23,16); tocarlas implica consecuencias negativas. Los vs. 2-3 evocan el recuerdo del tiempo ideal del principio. La relación de amor de aquel tiempo se con-

vierte en la medida de todos los comportamientos futuros.

Con el v. 4 el tono cambia. La exhortación a escuchar introduce las *acusaciones* de Dios que, en los vs. 5s, se articulan en tres puntos: el pueblo se ha alejado de Dios, ha abandonado el seguimiento exclusivo de YHWH y preferido lo que es nada y ha dejado de preguntarse por Dios. Un juego de palabras al final del v. 5 relaciona entre sí los términos que indican el alejamiento de Dios y sus consecuencias («nada», «convertirse... en nada»). Pero antes de pasar a las acusaciones, oímos, formulada a modo de pregunta, la expresión de duda que Dios mismo se plantea sobre sí y sobre su propia conducta: ¿es que ha hecho él algo injusto o torcido?

El v. 7 continúa el tema de la guía salvífica de Dios ya iniciado al final del v. 6. Este tema alcanza su culminación en la *tierra* y sus frutos (cf. Dt 8,7ss), y se le presenta de tal modo que ofrece un fuerte contraste con la conducta del pueblo. «Manchar» o «contaminar» parece referirse al culto tributado a los ídolos (así en 7,30) e implica que Israel ha perdido todos sus derechos sobre la tierra. El v. 8 reanuda el hilo de los vs. 5s. («alejarse» y «no preguntar: ¿dónde está Yahvéh? ») y menciona varios *grupos de responsables.* Se trata de personas que, dada la profesión que ejercían en Israel, deberían haber permanecido fieles a Dios. En cambio, fueron precisamente ellos quienes se volvieron a Baal y reconocieron su autoridad (cf. el lugar paralelo de 23,13) y, en vez de seguir a Yahvéh, se fueron tras dioses que no tienen ningún poder (en términos parecidos el v. 5 y también los vs. 23.25). La conducta del pueblo da a Dios motivo suficiente para entablar un *proceso.* En los vs. 9 y 29 aparece el verbo «querellarse», bajo el que subyace el vocablo hebreo *rib*, término técnico con el que se expresa el intento de solucionar amistosamente un conflicto entre dos contendientes sin la intervención del juez. Las

preguntas retóricas de los vs. 10s pretenden demostrar que la acción de Israel, que abandona a su Dios, *no tiene parangón.* Ni en las regiones del Oeste (*Kittim* = Chipre) ni en las del Este (*Quedar*, en el desierto arábigo) ha ocurrido nunca nada parecido. La comparación con otros pueblos es un recurso típico del discurso parenético. Pero esto no significa que estos pueblos no hayan cambiado de dioses (Rom 1,23 hace referencia a Jer 2,11).

En los vs. 12ss se pide que los cielos, en calidad de testigos, reaccionen ante la *inexplicable injusticia* del pueblo que ha abandonado a YHWH, el Dios verdadero. La imagen del agua ilustra la conducta irracional de Israel. Nadie que esté en su sano juicio abandonaría un manantial, que ofrece continuamente agua fresca y clara, para excavar con fatiga cisternas que contienen tan sólo un poco de agua estancada. Se trata de una metáfora de gran plasticidad. Al singular «fuente» (de aguas vivas), que se refiere a YHWH y sobre la que volverán más tarde Jn 4,14 y Ap 21,6, se opone el plural «cisternas», que designa a los dioses paganos. No contentarse con una cosa y andar a la caza de muchas conduce a la pérdida de la propia identidad. Así lo experimentó también Israel (vs. 14s). La irracionalidad de la conducta de este pueblo se observa en el modo de manifestar su amor; al igual que los brutos animales, los israelitas se han convertido en víctimas de sus propios deseos (vs. 23-25). La pregunta retórica del v. 14 alude a la posición de Israel y ofrece un vivo contraste con el v. 3. Como «siervo nacido en casa», Israel debería ser siempre propiedad del dueño, sin que le asista el derecho a obtener la libertad (Éx 21,4). Los versículos siguientes le describen como sujeto al capricho de quienes detentan el poder. Las nuevas preguntas planteadas en los vs. 17s son una invitación a *analizar* las causas («abandono de Dios», v. 13) y tienen la función de des-

pertar a Israel de su situación, exhortándole, mediante otra imagen asimismo tomada del agua, a no continuar dependiendo («beber el agua») de quienes le oprimen (Nof [Memfis] y Tafni, citadas en el v. 16, son ciudades del Bajo Egipto). Para concluir, el v. 19 insiste en esta exhortación a adquirir clara conciencia de las consecuencias de la propia infidelidad.

Actualización

En Jer 2 se encuentran los modelos de formulario de la alianza y formulario de la querella (*rib*). Hallamos aquí muchos de los elementos típicos de la alianza. Las *partes querellantes* son YHWH y el pueblo. Un *prólogo histórico* (vs. 2s) vuelve la mirada al pasado, a la relación existente en aquellos tiempos primeros. Pero ahora, en el momento actual, se han violado las *estipulaciones* (normalmente presentadas como leyes). Israel ha sido infiel, y ni siquiera le ronda la idea de preguntarse por YHWH. La alianza ha sido, pues, quebrantada y tal vez sea ésta la razón de que no aparezca este término en nuestro texto. Se invoca a los cielos como *testigos* (cf. también Dt 30,19) y se hace visible el binomio *bendición-maldición* a través del contraste entre la santidad de Israel (v. 3) y su degeneración en esclavo (v. 14). Israel ha abandonado su relación de amor con su Dios y ahora tiene que cargar con las consecuencias de su violación del pacto.

Pero también Dios «sufre» ante esta situación e inicia una *querella* con Israel con el propósito de reanudar las relaciones truncadas. La lucha de Dios por restablecer el contacto se manifiesta en las *preguntas* (vs. 5.10s.14.17s), en las *acusaciones* (vs. 6-8; en el triple «me abandonaron» –a modo de estribillo– de los vs. 13.17.19), en las *exhortaciones* (a advertir bien la situa-

ción: vs. 4.10.19; también 23.31; a reaccionar: v. 12) y en la expresión «y ahora» (v. 18) que reasume la acusación de Dios. La diatriba continúa en los vs. 20-37, que resaltan con mayor plasticidad la disposición interior de Israel. Nuevas citas (entre el vers. 20 y el 35) subrayan el abismo de distancia que se ha abierto entre Israel y YHWH. Dios no significa ya nada para un pueblo que se niega incluso a reconocer su propia culpa.

La descripción de la relación YHWH-Israel de Jer 2 muestra sorprendentes paralelismos con las reyertas matrimoniales, tal como pueden observarse también en las parejas de nuestro tiempo cuando uno de los cónyuges es infiel. Al igual que en los niveles humanos, también en la relación hombre-Dios sólo es posible comprender a uno de los miembros de la pareja en y desde su relación con el otro. Pero Israel pretende ser autónomo y pierde así su identidad; se convierte en víctima de su capricho, en esclavo de otros poderes, de los ídolos vanos. Su infidelidad hace que su identidad degenere en mentira (v. 23) y en autodestrucción, en contraste con lo que, a pesar de todo, ha comprendido que es mejor (v. 25).

Pero en Jer 2 hay mucho más que la simple imagen de un Israel infiel y contradictorio. Da testimonio de un Dios que lucha contra el rechazo de los hombres, que desearía comprender aquel inexplicable comportamiento y que, en su indagación, llega a preguntarse incluso si tal vez no es él el culpable (v. 5). Dios pone empeño, empleando en ello todos los recursos retóricos, en que no se rompa la relación. En esta lucha, introduce en el diálogo las ofensas recibidas y el comportamiento equivocado de la otra parte, para superar así aquel distanciamiento. ¡Qué gran esperanza nos transmite un Dios que lucha, y de qué manera, incluso por los hombres que quieren alejarse de él!

III

DIOS INVITA A LA CONVERSIÓN
"¡Volved,, hijos rebeldes!"
(Jer 3,1-5.14-20)

1 *Si un hombre repudia a su mujer*
y ella se aparta de su lado
y viene a ser de otro hombre,
¿volverá aquél a ella otra vez?
¿No quedará totalmente profanado aquel país?
Y tú, que has fornicado con tantos amantes
¿vas a volver a mí?
–oráculo de Yahvéh–.
2 *Alza tus ojos a las crestas y mira:*
¿Dónde no te has dejado violar?
A la vera de los caminos te sentabas, esperándolos,
como el árabe en el desierto,
y has profanado el país
con tus prostituciones y tu maldad.
3 *Por eso quedaron bloqueados los chubascos*
y no hubo lluvia en primavera.
Pero tú tienes frente de prostituta,
no quieres avergonzarte.
4 *¿No acabas de implorarme ahora mismo:¡Padre mío!*
el amigo de mi juventud eres tú?

5 ¿Estará enojado por siempre
o guardará rencor hasta el fin?
Esto es lo que dices,
pero haces las maldades que puedes.

14 Volved, hijos rebeldes –oráculo de Yahvéh–, pues yo
soy vuestro dueño, y os tomaré: a uno de una ciudad y a
dos de una familia, y os llevaré a Sión. 15 Os daré pastores
según mi corazón, que os apacentarán con ciencia y pru-
dencia. 16 Y cuando os hayáis multiplicado y hayáis sido
fecundos en el país, en aquellos días –oráculo de Yahvéh–
ya no se dirá: ¡El arca de la alianza de Yahvéh!, pues no les
vendrá a la mente, ni se acordarán de ella, ni la echarán
de menos, ni se volverá a hacer. 17 En aquel tiempo llama-
rán a Jerusalén trono de Yahvéh, y en ella, en Jerusalén, se
congregarán todas las naciones en nombre de Yahvéh, y no
seguirán más la obstinación de su malvado corazón. 18 En
aquellos días, la casa de Judá irá con la casa de Israel, y
vendrán juntas del país del norte que di en herencia a
vuestros padres.
19 Yo había pensado:
¡Cómo quiero ponerte entre los hijos
para darte un país delicioso,
la herencia más preciosa de las naciones!
Y me decía: Me llamarás Padre mío,
y de mi seguimiento no te apartarás.
20 Pero igual que una mujer es infiel a su amado,
así me habéis sido infieles, casa de Israel
–oráculo de Yahvéh–.

Introducción

Jer 2 había demostrado que, desde un punto de vista humano, la situación era desesperada: no había nada que esperar de Israel. Dios es la única esperanza. Jer

3,1-4,4 es la respuesta a la imagen negativa del cap. 2 y añade, ya desde el principio, la segunda clave de interpretación de todo el libro. Aun siendo verdad que por parte de Israel no existe ninguna posibilidad de renovar la relación ni, por tanto, la vida y la comunidad, hay, por parte de Dios, una invitación a la *conversión.*

Jer 3,1-4,4 se compone de pequeñas unidades, conexionadas entre sí por la repetida presencia –hasta 18 veces– de la palabra *shub*, «volver», que debe entenderse en el doble sentido de retornar y de convertirse. Esta doble significación está presente a lo largo de todo el texto, que juega con los dos niveles de las relaciones personales y de las referencias geográficas («tierra»).

Comentario

La primera pequeña unidad (3,1-5), cercana a Oseas tanto por el lenguaje como por las imágenes utilizadas, endurece las acusaciones del cap. 2 contra Israel añadiendo la del adulterio. La esposa Israel se ha convertido en prostituta. Tanto los términos, de fuerte contenido sexual (más patentes aún en el hebreo) como el uso del femenino (en 2,16-25; para el masculino cf. 5,8), pertenecen al campo metafórico. El lenguaje de la sexualidad expresa la profunda conmoción y la implicación total de la persona. Bajo la imagen de la mujer se entiende la comunidad de los fieles en su relación esponsalicia con YHWH. Ambas imágenes pretenden evocar sentimientos.

No puede entenderse el v. 1 sin una referencia a Dt 24,4: *según la ley, no es posible* el retorno de la mujer repudiada. Esta vuelta «profanaría la tierra». En la triple exhortación al retorno (los imperativos de los vs. 12.14.22) y en la invitación de 4,1, Dios quebranta la ley que él mismo había impuesto y concede algo que

humanamente nunca se habría tenido; la osadía de esperar. En Dios hay siempre esperanza, contra todas las expectativas.

La fornicación con multitud de amantes tiene como consecuencia la ausencia de lluvia (vs. 2s; cf. también 5,24s), pero aún así Israel rehúsa avergonzarse. Nuestro texto da más adelante una respuesta a este punto. En la súplica de 3,22b-25, Israel reconoce que «la vergüenza», es decir, su conducta extraviada, ha devorado todo el fruto de su trabajo. ¡Cuántas veces, también en nuestros días, la arrogancia y la obstinación en no querer reconocer los propios errores hacen vanas grandes fatigas humanas!

La súplica de los vs. 4-5a evoca aquel primer amor (2,2) y confía en que llegará a su fin el alejamiento de Dios (la palabra «ira» no figura en el hebreo; hay en el Sal 85,6 una petición similar). El v. 4a trae, orientada a Dios, la misma invocación que 2,27, dirige a un leño (= ídolo). Son *palabras vacías*, que no deben tomarse en serio. La última frase del v. 12 anuncia el fin del distanciamiento divino y el v. 19 menciona la invocación de «padre» como un deseo del mismo Dios. Dios satisface la desleal plegaria de Israel, articulada en el doble juego de razonar devotamente y actuar arteramente, y en la desvergonzada insistencia en una relación pasada que el mismo Israel había quebrantado.

Sigue un texto que establece una comparación entre las dos hermanas, Israel y Judá (vs. 6ss). Se trata de nombres con valor simbólico. *Judá* señala a aquellos que, aun teniendo un ejemplo ante los ojos, *no consienten que las exhortaciones les alcancen.* Son, en cambio, *Israel* los hombres que tienen un pasado lleno de culpa pero que *tal vez estarían dispuestos a aprender.* A ellos se dirige la llamada a la conversión (vs. 12s), sobre la que vuelve la siguiente pequeña unidad (vs. 14-20).

Estos versículos describen de varias maneras la comunidad que se va formando de nuevo y poco a poco. La exhortación al regreso del v. 14 se fundamenta en el hecho de que Dios *es el verdadero dueño* (en hebreo: ser *baal* = ser el dueño o el señor): no es Baal quien puede disponer de estos hijos, sino Dios. A él le pertenecen. Él se ocupa de ellos tras haberlos reconducido por medio de *jefes juiciosos* (v. 15: «pastores», en oposición a 2,8 y en paralelo con 23,4s: «prudente»). En los versículos siguientes (16-17) nos hallamos ante una *metamorfosis espiritual.* En el hebreo hay una contraposición entre dos expresiones. De ahora en adelante Jerusalén será llamada «trono de YHWH», y no «arca de la alianza de YHWH». El arca, que se guardaba en la celda del Templo y contenía las tablas de la alianza con Dios, se perdió más tarde con la caída de Jerusalén, el año 587. Pero el arca no era el trono del Señor. En su lugar, Dios otorga mucho más: ahora es Jerusalén entera –y no sólo el Templo o una pequeña parte de él– la que se convierte, como ciudad y como comunidad, en trono de Dios, es decir, en el lugar de su morada y de su presencia. En cuanto tal, pasa a ser punto de reunión de todas las naciones (como en Is 2,2), a las que insta a una conversión interior que las distancie de los deseos y de las acciones malvadas. En «este tiempo», los pueblos de Judá y de Israel (o los grupos separados entre sí, durante largos siglos, por sus diferentes actitudes de fe, cf. vs. 6ss), *caminarán juntos*, descendiendo del país del Norte (v. 18; cf. también 16,15; 23,8...); retornan del destierro a la patria.

Los dos últimos versículos ponen fin a la reflexión sobre el plan de salvación trazado por Dios, con el fuerte contraste entre la intención divina (v. 19) y la conducta real de Israel (v. 20). El deseo profundo de Dios era *mantener una relación afectuosa y familiar* con Israel. La exclamación «¡Cómo quiero ponerte [no sólo consi-

derarte] entre los hijos!» y la afectuosa invocación «padre mío» sirven de marco al don de una tierra tan deliciosa que no admite comparación con ninguna otra. Este mismo tema aparece en Sal 106,24, pero aquí se trata de una tierra desdeñada. Pero la *infidelidad* del pueblo (v. 20) lo pone todo en peligro. Tras un tiempo de aflicción (v. 21) y la renovada exhortación a regresar (v. 22a), Israel demuestra, a través de su oración penitencial (vs. 22b-25), que ha aprendido la lección y se ha convertido. La doble respuesta de Dios (4,1s.3s) permite el regreso y anima a Israel con cálidos acentos, a través de las metáforas de la tierra y de la circuncisión de los corazones (cf. 9,25).

Actualización

El camino sin salida de la infidelidad humana, de la arrogancia, de la desvergüenza, encuentra solución en el Dios piadoso (v. 12, también «leal»), que lo que más desea es una relación íntima con los suyos. Escucha incluso plegarias hechas con corazón insincero (vs. 4s), hasta el punto de desbordar su propia ley.

La alternancia continua, a lo largo del discurso, de las personas y de la tierra indica la estrecha conexión existente entre ellas. La posesión de una tierra espléndida no puede estar flanqueada por la corrupción, las conductas erróneas, los abusos sexuales. De ahí que, por esto mismo, recibir la tierra en heredad esté siempre vinculado a la fidelidad y a la orientación a Dios. Sin conversión a Él no hay retorno a la patria ni posesión de la tierra.

La metamorfosis espiritual que se percibe a continuación (vs. 16s) es señal de una nueva comunidad internacional que no conoce límites de raza o de nación. Es ella, y no los objetos materiales, el lugar de la

presencia divina. Esta comunidad ha experimentado un cambio radical de su fe, señalado aquí concretamente a través de un símbolo esencial del culto. Habría que preguntarse si también nuestras comunidades actuales están prontas a una metamorfosis semejante. ¿Puede Dios estar presente también en ellas?

IV

¿HASTA QUÉ PUNTO CONTRIBUYE EL HOMBRE AL PERDÓN DIVINO?

"Si encontráis a uno siquiera...
que practique la justicia... la perdonaré"
(Jer 5,1-6)

1 *Recorred las calles de Jerusalén,*
mirad bien y comprobad,
buscad por sus plazas
a ver si encontráis a uno siquiera,
a uno que practique la justicia,
que busque la verdad,
y la perdonaré.
2 *Pues aunque digan: ¡Por vida de Yahvéh!,*
ciertamente juran en falso.
3 *Yahvéh, ¿no buscan tus ojos la verdad?*
Los has golpeado y no se han dolido;
los has consumido, y rehusaron aceptar la lección.
Tienen la cara más dura que una piedra,
no quieren convertirse.
4 *Yo me decía: Sólo serán los humildes*
los que obran neciamente,
porque no conocen el camino de Yahvéh,
el derecho de su Dios.

5 Iré, pues, a los grandes
y les hablaré,
porque éstos conocen el camino de Yahvéh
y el derecho de su Dios.
Pero son precisamente todos éstos
quienes quebraron el yugo,
y rompieron las coyundas.
6 Por eso les va a herir el león de la selva,
el lobo de la estepa los devorará.
El leopardo acecha junto a sus ciudades,
todo el que salga de ellas será despedazado,
porque muchas son sus transgresiones,
sus apostasías son muy graves.

Introducción

La sección 4,5-6,26 forma la segunda parte del primer ciclo de poemas. Tras el díptico de los caps. 2 y 3,1-4,4, con los temas de la querella entre Dios y el pueblo y la llamada a la conversión, encontramos aquí tres pequeñas colecciones centradas en la ruina de Jerusalén. Se describe su caída como un desastre inminente (4,5-31), provocado por el rechazo total de YHWH (cap. 5) y por la incapacidad de aceptar ayuda (cap. 6). Jer 5,1-6 es el primer pasaje de la segunda colección y presenta el cuadro de la situación sobre la que está a punto de irrumpir la tragedia.

Comentario

Al principio, Dios da, por cuatro veces, la orden de buscar en Jerusalén una persona que haga el bien y persiga la fidelidad. Bastaría una sola para que Dios perdonara a toda la ciudad (v. 1). Confluyen aquí dos moti-

vos: uno, qué es lo que Dios pide al hombre, y otro, cuántos hombres *justos* son necesarios para salvar una comunidad.

Los primeros profetas habían subrayado unánimemente, en su mensaje, el hecho de que *Dios busca justicia y fidelidad* (Am 5,24; Os 4,1; Miq 6,8). Éstas tienen para él más valor que los sacrificios, las peregrinaciones y los tributos. La fidelidad y el respeto al derecho en las relaciones sociales y ante Dios son las condiciones de todo culto verdadero. Pero hacía mucho tiempo que no todos habían dado pruebas de esta conducta. Ya el relato de Gén 18,16-33 plantea el problema del *número de los justos.* Gracias a la intercesión valerosa e inteligente de Abraham, Dios promete perdonar a Sodoma si hay en ella diez justos. En nuestro texto, es Dios mismo quien declara que un solo justo es suficiente (cf. también Ez 22,30). Vemos un Dios ilimitadamente generoso, que aprovecha hasta la más mínima posibilidad para la salvación.

Ya en el v. 2 se inicia la infructuosa búsqueda de este único justo. Los que juran en nombre de YHWH lo hacen, en realidad, para *engañar.* El vocablo hebreo *sheker* («falsedad», «mentira»), es típicamente jeremiano (37 veces; también el v. 31) y señala la doblez que pervierte una conducta normalmente justa, transformándola en su contrario.

La pregunta del v. 3 vuelve sobre el tema de la fidelidad del v. 1. Pero ni siquiera los duros golpes del destino consiguen que estos hombres se arrepientan. Al contrario, la acción divina, que se propone como meta la enseñanza («corrección»), provoca un *rechazo* y un *endurecimiento* aún mayores. En el fondo de este resultado se halla la experiencia de que el deseo de suscitar en el otro una toma de conciencia origina a menudo una reacción defensiva. Hay quienes no quieren aprender, ni siquiera cuando las cosas les van de mal en peor.

El v. 4 intenta explicar esta reacción. *Los estratos más humildes de la población*, que carecen de formación, no pueden saber qué es lo que Dios desea, cuál es el «camino del Señor». Esta imagen del «camino del Señor» establece una nueva conexión con Gén 18 (v. 19). Gracias a este paralelismo se puede entender en este pasaje el sentido de un actuar con justicia y derecho. Esta expresión, que reaparece en el v. 5, es típica del lenguaje deuteronomístico (Jue 2,22; 2Re 21,22); figura también en Is 40,3 y Prov 10,29. Pero si a las personas sencillas, de baja condición, podía servirles de excusa su ignorancia, esto no es aplicable a los «grandes». Ocurre, sin embargo, que son precisamente estos grandes, las personas responsables, cultas, influyentes y *plenamente conscientes, las que rechazan* el derecho divino, que les parece un yugo. Las fórmulas paralelas «quebrar el yugo», «romper las coyundas» (para *quebrar el yugo* cf. infra, 30,8), con que se cierra el versículo se utilizan de ordinario para expresar la liberación de un dominio extranjero. Así, pues, estos *grandes* no quieren aceptar ninguna autoridad superior a ellos y «todos a una» actúan contra ella.

Resulta, pues, infructuosa la búsqueda del único justo. Se describen sus consecuencias mediante las imágenes de las bestias salvajes del v. 6. El desprecio del derecho y la rebeldía entregan al hombre a poderes inhumanos y destructores.

Actualización

Jer 5,1-6 denuncia la presencia de graves pecados en los habitantes de Jerusalén. No hay fidelidad, sinceridad, conversión, conocimiento del derecho de Dios. Su conducta se explica en parte porque actúan como *necios* (v. 4; también 4,22). El v. 21 repetirá esta reprensión

con la designación «pueblo necio», es decir, gente que no usa el propio discernimiento (en Mc 8,18 se aplica a los discípulos de Jesús esta misma expresión) y pasa a ser como los ídolos (Sal 115,5s; 135,16s). A la vista de este ejemplo, todas y cada una de las personas están llamadas a examinarse para descubrir los propios fallos y aprender de la propia experiencia, aunque ello signifique sufrimiento (v.3).

El punto clave de este pasaje es la rebelión de los *grandes*. Al gozar de poder y conocimiento cabría imaginar que se inclinarían a actuar según el derecho. Pero este poder puede, por el contrario, cegar e inducir a una injusticia aún mayor y al autoritarismo: las más brillantes capacidades de una persona están a menudo unidas a sus mayores debilidades.

En la idea de que basta un solo justo para salvar a toda una comunidad se refleja el debate exílico sobre el papel de los justos. Mirando al pasado, se afirma que, antes del 587, toda Jerusalén estaba corrompida. Pero, por lo que hace al presente y al futuro, se siente una enorme estima hacia el corto número de los *buenos* que procuran permanecer fieles a Dios y guardar su ley. Se pueden perfilar semejanzas con el papel que los creyentes están llamados a desempeñar en la sociedad secular. Jer 5 afirma que Dios se contenta con una mínima aportación humana. ¡Basta un solo *fiel*!

V

LA HERMOSA Y DELICADA NO ADMITE REPRENSIONES

"¿A quiénes exhortaré para que me escuchen?"
(Jer 6,1-15)

1 *Buscad un refugio, benjaminitas,*
fuera de Jerusalén.
Tocad la trompeta en Teqoa,
encended una almenara en Bet-ha-Kérem,
porque asoma por el norte una desgracia,
un desastre inmenso.
2 *A la hermosa y delicada,*
a la hija de Sión voy a destruir.
3 *Pastores vienen hacia ella*
con sus rebaños;
plantan tiendas junto a ella, a su alrededor,
cada uno apacienta su porción.
4 *Proclamad guerra santa contra ella.*
Levantaos, ataquemos al mediodía.
¡Ay de nosotros, que declina el día,
que se extienden las sombras del ocaso!
5 *Levantaos, ataquemos por la noche,*
derribemos sus palacios.
6 *Pues así dice Yahvéh Sebaot:*

Talad sus árboles,
alzad contra Jerusalén un terraplén.
Es la ciudad que ha de ser castigada;
todo en ella es opresión.
7 *Como en un pozo mana el agua,*
así en ella mana la maldad:
violencia y ruina se escuchan en ella,
ante mí hay siempre dolores y llagas.
8 *Déjate amaestrar, Jerusalén:*
si no, mi alma se apartará de ti,
si no, te dejaré hecha un desierto,
una tierra no habitada.
9 *Así dice Yahvéh Sebaot:*
Rebusca, rebusca, como en una viña,
lo que queda de Israel;
vuelve a pasar tu mano,
como el vendimiador, por los sarmientos.
10 *¿A quiénes hablaré y exhortaré*
para que me escuchen?
Su oído está cerrado,
no pueden atender.
La palabra de Yahvéh
es para ellos oprobio,
no la quieren.
11 *Por eso estoy lleno de la ira de Yahvéh,*
estoy cansado de reprimirla.
Vuélcala sobre el niño en la calle,
y sobre la tertulia de jóvenes también.
Pues presos serán el hombre y la mujer,
el anciano y la colmada de días.
12 *Pasarán sus casas a otros,*
campos y mujeres a la vez;
porque voy a extender mi mano
contra los habitantes del país
–oráculo de Yahveh–.
13 *Porque desde el menor hasta el mayor,*

todos ellos andan buscando provecho;
y desde el profeta al sacerdote,
todos ellos obran con engaño.
14 *Curan a la ligera la herida de mi pueblo,*
diciendo: Va todo muy bien,
mientras todo va mal.
15 *Debieran avergonzarse de las abominaciones cometidas.*
Pero no sólo no se avergüenzan,
mas que ni siquieran saben lo que es ruborizarse.
Por eso caerán entre los que caigan,
el día en que yo los visite se desplomarán.

Introducción

Jer 4 había descrito la aproximación del enemigo, hasta alcanzar a la hija de Sión, Jerusalén (4,31). El cap. 5 indica que Dios no tenía otra elección: donde no se puede encontrar ni un solo hombre justo, quiere decirse que todos están corrompidos y que el desastre es inevitable. Jer 6 prolonga el análisis de estos dos temas; retoma la imagen de la mujer con la que se había cerrado el cap. 4 y explica, con mayor claridad que en el cap. 5, que la irrupción de la catástrofe era debida a la total incapacidad y a la nula voluntad de aceptar las advertencias y la ayuda.

Los vs. 1-5 y 22-26 forman una especie de marco, con los tres elementos de la fuga, la mujer y el enemigo que ataca, puestos en orden quiástico. El cuerpo del texto, una serie de breves sentencias (vs. 6-8.9-11.12-15.16-21), muestra que nadie presta atención a la palabra divina. Los vs. 27-30 señalan, en fin, a modo de conclusión no sólo de este capítulo sino de toda la sección de los caps. 1-6, que el juicio de Dios sobre el pueblo es el resultado de la prueba a que ha sido sometido.

La sentencia es negativa, literalmente «plata desechada» (v. 30).

Comentario

En Jer 4,5 resonaba la incitación a huir y refugiarse en las ciudades fortificadas. Pero en 6,1 tampoco éstas son capaces de proporcionar protección, hay que *alejarse de ellas.* Dado que el desastre avanza desde el Norte (cf. v. 22; 1,13s: aquí se encuentran los caldeos) al nombrar a Bet-ha-Kérem y Teqoa, situadas al sur de Jerusalén, se están señalando los caminos para la huida y los lugares en los que dar la alarma.

La traducción literal del v. 2 dice: «Destruyo a la hermosa y delicada, a la hija de Sión». La *belleza y las comodidades* son a menudo causa de presunción y de un género de vida muelle, no adecuado al propio estado. Aquí se encuentra la raíz del subsiguiente rechazo de las amonestaciones.

Los vs. 3-5 describen claramente la organización y la *firmeza* de los atacantes. La imagen de los pastores con sus rebaños pretende evocar la rígida disciplina de las tropas de asalto. Ni siquiera la llegada de la noche –circunstancia que hace más difíciles y complejas las operaciones– podrá detener la embestida (v. 5). El v. 6 contiene una doble provocación. Es *Dios mismo quien incita* al ataque. Así, pues, los enemigos son instrumentos de Dios, que obedecen sus órdenes. Sólo que Dios no actúa de acuerdo con las leyes de la guerra (Dt 20,19), que prohíben talar los árboles durante el asedio de una ciudad.

La imagen del agua había sido utilizada ya en 2,13 para describir el comportamiento absurdo de Israel. Ahora reaparece en el v. 7: Jerusalén es como un pozo, o mejor, como un manantial, del que brota incesante-

mente la maldad. Tal vez los términos *violencia y ruina* procedan de Am 3,10, donde se encuentra la acusación contra Samaria. Vuelven a figurar en la última confesión, en Jer 20,8.

El v. 8 menciona el fundamento de los repetidos reproches divinos. Dios no querría alejarse de Jerusalén, a pesar de que es incorregible. En el transfondo de la crítica, de las reprensiones, de las enseñanzas y de los castigos, es decir, en el fondo de lo que desde el punto de vista humano es de ordinario percibido como negativo, se encuentra en realidad el Dios leal frente a los hombres. Si *su corazón no estuviera apegado* a ellos, no intentaría corregirlos.

La metáfora de la vendimia (v. 9) –que es la recolección más tardía del año y que aquí está relacionada «con lo que queda» de Israel– quiere indicar el *último intento* por recoger frutos. No obstante, las preguntas y respuestas del v. 10 demuestran que es una tarea *sin esperanza.* El *oído cerrado* (= incircunciso) significa que no han orientado hacia Dios su capacidad de escucha y que, por tanto, no la usan correctamente. Pero la reprensión va más allá: lo que Dios dice le suena a Jerusalén como un oprobio (cf. también 20,8), señal de que toda su conducta es el polo opuesto de la de Dios. Se entiende así la reacción de la *ira irrefrenable* del v. 11 («estoy cansado de reprimirla»), que alcanza a todos.

La última pequeña unidad (vs. 12-15) reaparece de nuevo, y con expresiones parecidas, en 8,10-12, que concluye (en 8,13) con una imagen más fuerte que la de 6,9: ahora, en efecto, ya no queda nada que recolectar, todo es marchita hojarasca. La finalidad de esta sección es explicar *la pérdida* de los bienes personales y materiales (v. 12) como consecuencia de la *corrupción total* de todos (vs. 13ss). El v. 12 se corresponde con la maldición de Dt 28,30 y demuestra que no se ha observado la alianza. «Menor» y «mayor» (v. 13) pueden

entenderse en sentido social (como en 5,5), es decir, como hombres de baja condición (pobres) y personas influyentes, o también en el sentido de la edad, como niños y adultos (paralelo al v. 11, cf. también 7,18). El vocablo hebreo aquí empleado para designar el «provecho» lleva la connotación de ganancias ilícitas. La acusación es, pues, de codicia; todos buscan su provecho (este mismo término reaparece en Jer 22,17; Is 56,11; 57,17, traducido respectivamente por «para tu personal ganancia», «su lucro»). La carrera en pos del dinero y de las posesiones desemboca siempre en su pérdida (v. 12).

Desdichadamente, también las clases sociales pertenecientes a la esfera espiritual, «desde el profeta al sacerdote», han quedado atrapadas en las viscosas redes del engaño (en hebreo *sheker*; cf. el «en falso» de 5,2). El v. 14 prolonga la reprensión. El anuncio de salvación (en el hebreo por dos veces *shalom* = paz, salvación, felicidad, aquí traducido por «muy bien», cf. 14,19) que estos hombres proclaman oculta al pueblo la verdadera situación; bajo la incensante discusión sobre la salvación se esconde una irresponsable ignorancia de los abusos, que no son corregidos. Este modo mistificante de hablar no comprende la realidad de las cosas. Lleva a un mundo de ilusiones que se desvanecen rápidamente. Se pide especialmente a los que desempeñan cargos de responsabilidad (políticos, religiosos,...) el coraje de la crítica y el valor de decir la verdad, por más que a algunos les resulte incómoda.

Quienes no se avergüencen (v.15; también 3,3) serán víctimas de su propio orgullo y de la imposibilidad de ser instruidos y guiados. La *hora del castigo* (= «el día que yo los visite») indica que ha sido en vano la premura divina por evitar la ruina de la ciudad. La narración del viaje de Jesús a Jerusalén termina, en el evangelio de Lucas, con una expresión parecida (Lc 19,44): el llanto de Jesús expresa su estrecha relación con Jerusalén y la

decepción por la inutilidad de sus cuidados. Lo mismo ocurre aquí (en 6,8) con Dios: («no sea que me aparte de ti»).

El siguiente v. 16 pone ante los ojos *el camino recto*, con la promesa: «Así hallaréis reposo para vuestras almas», expresión literalmente repetida en Mt 11,29. En la ciudad de Jerusalén este tipo de promesas y de amonestaciones, incluso las contenidas en el v. 17, son palabras lanzadas al viento, mientras que la promesa de Jesús es una invitación a quienes caminan por el sendero que él ha trazado, es decir, a quienes han aprendido de él a ser mansos y a llevar su yugo ligero.

Actualización

La capital está acostumbrada a la riqueza, al poder y a la belleza. Vive en el lujo y la comodidad. Este bienestar, esta autosuficiencia destruyen por completo su capacidad de percepción y de discernimiento. Ninguna advertencia puede llegar hasta su interior, derribar los muros de las defensas con que legitima su forma de vida y en el que cree encontrarse bien. Ni las correcciones, ni las críticas, ni la abierta declaración de que Dios renuncia al vínculo que los une (v. 8) ni las amenazas de desventuras (vs. 12.15) pueden incitar a la conversión. Cuando las ideas están tan distorsionadas, la palabra de Dios suena a algo vergonzoso (v. 10), a los abusos se les califica de «paz, bien» (v. 14), se pasan por alto las advertencias (vs. 16s) y se rechaza la ley divina (v. 19). La comunidad no tiene por qué maravillarse si, en esta situación, es rechazada (v. 30).

Este capítulo es importante debido también al uso que de él se hace en las páginas mismas de este libro. Algunas de sus expresiones se repiten en la última confesión (cap. 20) y en el *libro de la consolación* (cf. más

abajo, págs. 95s). Los vs. 6,9.12-15 reaparecen en 8,10-13 y 6,22-24 en el oráculo contra Babilonia de 50,41-43.

La incapacidad de tolerar reprensiones y de aceptar ayuda ha dado pie a un severo análisis y a una intensa reflexión sobre la misma. Y esto nos plantea preguntas también a nosotros: ¿en qué sentido aceptamos las correcciones y cómo reaccionamos? ¿Qué tipo de examen llevamos a cabo sobre la sociedad y la comunidad en que vivimos y sobre las tareas que estamos llamados a realizar?

VI

EL ABUSO DE CONFIANZA ACARREA LA CAÍDA
"¿Es a vuestros ojos este Templo una cueva de ladrones?"
(Jer 7,1-15)

1 *Palabra que fue dirigida a Jeremías de parte de*
Yahvéh en estos términos: 2 Ponte en la puerta del templo
de Yahvéh y anuncia allí esta palabra y di: Escuchad la
palabra de Yahvéh, todos los de Judá, que entráis por estas
puertas para adorar a Yahvéh. 3 Así dice Yahvéh Sebaot,
Dios de Israel: Enmendad vuestra conducta y vuestras
obras, y os dejaré habitar en este lugar. 4 No confiéis en
estas engañosas palabras: El templo de Yahvéh, el templo
de Yahvéh, el templo de Yahvéh es éste.
5 *Porque si de verdad enmendáis vuestra conducta y*
vuestras obras; si de verdad practicáis la justicia entre unos
y otros; 6 si no oprimís al forastero, al huérfano y a la
viuda; si no derramáis sangre inocente en este lugar y no
vais tras otros dioses para desgracia vuestra, 7 entonces os
dejaré habitar en este lugar, en el país que di a vuestros
padres desde siempre y para siempre. 8 Mirad que vosotros
confiáis en palabras engañosas, que de nada sirven.
9 *¡Cómo! ¡Conque robáis, matáis, cometéis adulterio,*
juráis en falso, incensáis a Baal, vais tras otros dioses que

no conocéis, 10y luego venís y estáis delante de mí en este
templo sobre el cual se invoca mi nombre y decís: ¡Estamos
salvados!, para seguir luego cometiendo todas estas abomi-
naciones! 11¿Es a vuestros ojos este templo sobre el cual se
invoca mi nombre una cueva de ladrones? Yo también lo
veo así –oráculo de Yahvéh–.
12Id, pues, si queréis, a mi morada de Siló, donde yo
hice residir mi nombre al principio, y ved lo que le hice
por la maldad de mi pueblo Israel. 13Ahora, pues, ya que
habéis hecho todas estas cosas –oráculo de Yahvéh–; y, a
pesar de haberos hablado insistentemente y sin cesar, no me
habéis escuchado; y a pesar de haberos llamado, no me
habéis respondido, 14por eso haré con el templo sobre el
cual se invoca mi nombre, en el que confiáis, y con el lugar
que os di a vosotros y a vuestros padres, como hice con Siló:
15os echaré de mi presencia, como eché a todos vuestros
hermanos, a toda la descendencia de Efraím.

Introducción

La sección de Jer 7-10 se inicia con la nueva fórmula introductoria de 7,1 que indica, a la vez, que este capítulo tiene un carácter diferente. El tema central de los caps. 7-10 es la confianza humana, cuyo estudio se articula en cuatro partes. Jer 7,1-8,3 afirma claramente que el Templo no es garantía de seguridad. La parte siguiente, 8,4-23, describe el alejamiento, el engaño, la ilusión y muestra así que por parte del hombre no hay esperanza. En 9,1-21 la mirada se centra en el lenguaje engañoso: no es posible fiarse ni siquiera de las palabras. La última parte, 9,22-10,25 ofrece, finalmente, la solución: frente a todos los falsos ídolos, permanece YHWH como el único Dios verdadero, vivo e incomparable. Sólo en él encuentran base sólida la confianza y la esperanza. Cada una de estas cuatro partes concluye

con lamentaciones sobre la caída (7,29-8,3; 8,18-23; 9,16-21; 10,17-22), que pueden ser entendidas como reacciones a la misma; 10,23-25 cierra toda esta sección con una plegaria.

Jer 7,1-8,3 se centra en las dos palabras clave «escuchar» y «lugar» (cada una de ellas mencionada ocho veces en el texto hebreo). Aquí nos limitamos a citar los versículos iniciales y finales: en 7,3 Dios promete que les permitirá habitar «en este lugar» (= Jerusalén); 8,3 habla de los lugares de la dispersión (= el exilio) como consecuencia de una conducta falsa. Un parecido contraste se obtiene de la contraposición creada por el verbo *escuchar.* Al principio, en 7,2, hay una exhortación, y al final, en 7,28 una constatación de los hechos que tiene el aire de un epígrafe: «Esta es la nación que no ha escuchado». Si prescindimos de la reacción de 7,29ss (donde los verbos en segunda persona femenina inclinan a pensar en la capital, separando así este versículo de los precedentes), el pasaje de 7,1-28 adquiere un relieve propio y particular todas las veces en que aparece el verbo «escuchar». Se podría proponer, por tanto, la siguiente subdivisión: el marco, vs. (1-)2 y 27s transmite la orden divina impartida a Jeremías de dirigirse a los judíos, en la puerta del Templo, aunque no le quieran escuchar. Dentro de este marco hallamos el discurso del Templo (vs. 3-15) y dos añadidos complementarios. En el primero de éstos se le prohíbe a Jeremías interceder por el pueblo (vs. 16-20, cf. *infra,* cap. 11), porque ha sido muy intensa la adoración tributada a los dioses extranjeros: familias enteras se consagraban a este culto. El segundo somete a debate un culto que no se funda en la escucha de la palabra de Dios (vs. 21-26). Así, a continuación del discurso del Templo se critica también la confianza erróneamente depositada en divinidades extranjeras o en cultos falsos.

Comentario

La fórmula del acontecimiento de la palabra con que se abre el capítulo 7,1 reaparece, con idénticos términos, en 11,1; 18,1; 30,1 y es indicio de la presencia de una *redacción* que ha ordenado los textos. El encargo de Dios del v. 2 introduce en el libro la primera indicación *espacial* de las actividades de Jeremías. Se trata de un rasgo característico, que se irá acentuando en lo sucesivo. El profeta se perfila lentamente, y con rasgos cada vez más precisos, como una persona histórica, hasta su desaparición en Egipto, en el cap. 44. Jeremías se dirige a los judíos que vienen a adorar a YHWH en su Templo, para proclamar así su fe también con signos externos.

Su mensaje contiene amonestaciones (vs. 3-7), acusaciones (vs. 8-12) y amenazas (vs. 13-15). Las amonestaciones oponen a una errónea confianza en el Templo una doble *promesa*: «Enmendad vuestra conducta... y os dejaré habitar en este lugar» (vs. 3.5.7). En hebreo, literalmente la frase reza: «hacer buena la (propia) vida». Se encuentra sólo en Jeremías (2,33; 7,3.5; 18,11; 26,13) y define la conducta que «el Dios de Israel» exige a los judíos (aquí por vez primera en todo este libro). La posibilidad de habitar un «lugar», un país propio, la tierra de origen, está vinculada –también hoy día– a actuar según la justicia, no a la *confianza ilusoria* en edificios de piedra, por hermosos, grandes o santos que estos sean. La triple cita del Templo en el v. 4 sirve para enfatizar (cf. 22,29) y poner de relieve la firme seguridad que algunos depositaban en él.

Los vs. 5s insisten de nuevo en contraponer a esta falsa seguridad el hecho de que la condición que debe cumplirse para poder habitar con seguridad en el país es una conducta justa. Destacan *la justicia* («sentencias justas») y el comportamiento correcto frente a la tradi-

cional tríada deuteronomística (el extranjero, el huérfano y la viuda; cf. Dt 24,19s), que encarna a los miembros *más débiles* de la sociedad. Estos aspectos son la explicitación de cuanto se había indicado en el v. 3. La protección de los débiles y de los inocentes es determinante para la propia situación y atañe también a los deberes y responsabilidades del rey (cf. 22,1-5, especialmente el v. 3; también 22,17). El v. 7 repite la promesa del v. 3 y la prolonga para la *eternidad* (una idea parecida se encuentra en 17,25, referida a la ciudad).

Con el v. 8 el tono se muda en acusación, empalmando con el v. 4 («palabras engañosas»). Ni siquiera la *inutilidad* (como en 2,8.11) puede convencer a estos hombres; son ciegos, incapaces de ver las consecuencias de sus actos. A ello se añade, en el v. 9, la *transgresión* de la más importante de todas las leyes divinas, el *decálogo*. Una vez más, vuelven a citarse en primer término, al igual que en el v. 6, los pecados sociales. La última frase «que no conocéis» (paralela a 19,4) llama la atención sobre la estupidez y la perversión completa: estas personas confían en valores (dioses) con los que no existe ni una relación interior ni un pasado común. ¡Cuántas veces personas jóvenes y débiles siguen, de esta misma manera, nuevas corrientes de pensamiento que acabarán por descarriarlos!

A la ceguera se añade el *descaro*. Se abusa de Dios, presente en el Templo, cuando se invoca su nombre (también vs. 11s.14.30) en busca de una especie de seguridad personal. Presentarse ante Dios sirve para sentirse tranquilo incluso cuando se practica el mal. La pregunta provocativa del v. 11 revela –mediante la comparación con los *ladrones*– la perversidad de este comportamiento. A estas mismas palabras recurrirá Jesús en su disputa con los vendedores y cambistas del Templo (Mc 11,17 y par.). Pero aunque pretenden ocultar su conducta, y auna con ello sus latrocinios, no consiguen

escapar a Dios, que todo lo ve. En una segunda comparación (v. 12), Dios invita a la reflexión: Siló, antiguo centro religioso y sede del arca de la alianza y del nombre de Dios, había sido destruido, por las mismas causas, a mediados del siglo XI a.C.

En los vs. 13-15 se traslada la *amenaza* a «este lugar» (= Jerusalén y Judá) y a sus habitantes. Sufrirán el mismo destino del exilio, como lo había sufrido antes el reino del Norte (Efraím). Pero no se puede acusar a Dios de ello; muy al contrario, él se había esforzado «con insistencia» por convencerlos (v. 13). Pero todo fue en totalmente en vano. Actuar *con insistencia* es una expresión típica de Jeremías (aparece once veces, por ejemplo en 25,3s), que expresa el gran interés y el esfuerzo de Dios por apartar a los hombres de su senda extraviada.

Actualización

Nos han salido al paso, en este texto, algunas expresiones nuevas del libro de Jeremías. Tras la fórmula del v. 1 y el título «Dios de Israel» (v. 3), figuran *por vez primera*: «el país que di a vuestros padres» (v. 7), «sobre el que se invoca mi nombre» (vs 10s.14; cf. también 1Re 8,43), actuar «con insistencia» (v. 13) y otras. De este modo, el discurso del Templo introduce temas que reaparecerán en parte en los capítulos siguientes, hasta el 45. Algunos de ellos forman parte, junto a otras expresiones, del lenguaje deuteronómico/deuteronomístico y de sus concepciones. Resulta, no obstante, difícil de imaginar que la literatura deuteronómico-deuteronomística pueda ofrecer una relativización del Templo parecida a la del libro de Jeremías. La redacción que nosotros conocemos se sirve del vocabulario deuteronomístico, pero lo reconsidera y lo reformula, de modo

que se deposita toda la confianza exclusivamente en Dios (cap. 10).

¿Qué defiende este lenguaje? Ésta es la pregunta capital, al fondo del discurso del Templo. Algunos judíos volvían a depositar su confianza en el Templo. Veían en él una garantía, porque se trataba de un santuario vinculado al Señor y a su nombre. Y abusaban de él como protección, como una especie de capa bajo la que encubrir sus acciones malvadas; pero al actuar así se comportaban como ladrones en una cueva. A esto se opone la palabra de Dios: habitar en este lugar es algo indisolublemente vinculado a la justicia y al comportamiento equitativo respecto de las personas socialmente débiles. La verdadera protección es la promesa de Dios y la conducta personal recta.

No puede hablarse de Jer 7 sin mencionar el relato paralelo del cap. 26. Se trata, en este segundo caso, de una narración desarrollada a partir del discurso en el Templo. Está fechada en los inicios del reino de Yoyakim (ca. 609 a.C.) y contiene algunos elementos nuevos respecto del discurso del cap. 7.

El mensaje se propone provocar la conversión e inducir a Dios a retractarse del desastre que tiene pensado contra el pueblo (26,3.13.19). Se compara la situación con la descrita por otros profetas y, en este sentido, se cita a Miqueas en el v. 18 (única citación explícita de otro texto profético) y a Urías en el v. 20. Figuran además varios partidos políticos, que discuten el caso de Jeremías, acusado y amenazado de muerte (vs. 8s). El cambio de parecer de una parte del pueblo (compárese el final del v. 8 con el v. 16) y el apoyo de algunas personas influyentes salvan la vida del profeta.

En Jer 26 están más acentuadas las reacciones frente a la crítica de lo sacro: si ya de ordinario no se aceptan fácilmente las críticas, esto es más cierto cuando se trata de cosas que consideramos sacras o preciosas. Jeremías

había lanzado palabras de fuego contra certezas que se daban por descontadas y contra las falsas seguridades de su tiempo. ¿Encontraría hoy oídos más abiertos?

VII

LA COMUNIDAD NO SE FUNDAMENTA EN LOS SACRIFICIOS, SINO EN LA ESCUCHA

"Ésta es la nación que no ha escuchado la voz de Yahvéh"
(Jer 7,21-28)

21 *Así dice Yahvéh Sebaot, Dios de Israel: ¡Vuestros*
holocaustos, unidlos a vuestros sacrificios y comed la carne!
22 *Pues yo no hablé a vuestros padres ni les di orden algu-*
na, el día en que los saqué del país de Egipto, sobre asunto
de holocaustos y sacrificios, 23 *sino que sólo les impuse este*
precepto: Escuchad mi voz y yo seré vuestro Dios y vosotros
seréis mi pueblo, y andad por todo aquel camino que os
señale, para que os vaya bien. 24 *Pero no me escucharon ni*
aplicaron su oído, sino que caminaron según sus planes,
según la obstinación de su corazón malvado, y retrocedie-
ron en vez de avanzar. 25 *Desde el día en que vuestros*
padres salieron del país de Egipto hasta hoy, os he enviado
a todos mis siervos los profetas, día tras día, al tiempo
debido y sin cesar; 26 *pero no me escucharon ni aplicaron*
su oído, sino que han endurecido su cerviz y se han porta-
do peor que sus padres. 27 *Les dirás estas cosas y no te escu-*
charán; los llamarás y no te responderán. 28 *Deberás por*
tanto decirles: Ésta es la nación que no ha escuchado la

voz de Yahvéh, su Dios, ni ha aceptado la corrección. La fidelidad ha desaparecido, ha sido cercenada de su boca.

Introducción

Una segunda reflexión, que completa el discurso del Templo (cf. *supra*), sitúa en el centro, con la invitación a escuchar, un tema deuteronómico (cf. Dt 6,4, etc.). Después de haber criticado en 7,3-15 la confianza erróneamente depositada en el Templo, ahora el ataque se dirige también contra el culto que se celebra en él. No es errónea tan sólo la adoración de divinidades extranjeras (7,16-20) sino incluso la adoración de YHWH, cuando se reduce a una rutinaria práctica sacrificial y no viene acompañada de la escucha viva y de la obediencia a Dios.

Los vs. 21-23 exponen la exigencia de Dios; los vs. 24-26 la reacción del pueblo, que la rechaza; los vs. 27s describen el resultado.

Comentario

Una orden *irónica* (v. 21) prolonga las provocaciones del discurso del Templo (7,4.8.11s.14). De manera parecida a Am 4,4s, se recomienda (con ironía) aumentar aún más las prácticas del culto, al tiempo que se hace evidente que se trata de acciones que no complacen a Dios. «Comer la carne» significa que el ofrecimiento de los sacrificios se ha convertido en un acto profano: ya en nada se diferencia esta comida de cualquier otra y debe situársela en el mismo nivel que el descrito en 1Cor 11,20-22.

Quien conozca, siquiera un poco, la tradición de los libros desde el Éxodo al Deuteronomio, se quedará sor-

prendido por el texto del v. 22. En aquellos libros se mencionan, en efecto, con mucha frecuencia, los sacrificios introducidos después del éxodo, por orden de Dios. Nuestro pasaje, al igual que el de Am 5,25, *contradice esta tradición.* Tenemos que admitir que el redactor de Jer conocería algunas secciones al menos del Dt. Por consiguiente, formula su opinión no porque desconozca los textos, sino porque quiere distanciarse expresamente de ellos y dar un nuevo acento a la actitud tradicional.

La invitación a *escuchar* que se lee en el v. 23 puede entenderse, efectivamente, como contraposición a una excesiva insistencia en la importancia de los sacrificios en el culto, de manera análogo a las afirmaciones de Éx 19,5 y 1Sam 15,22. La expresión «caminar por todo el camino» sólo aparece en otro pasaje, en Dt 5,33, en el capítulo sobre el decálogo (cf. *supra*, 7,9) y remite a la necesidad cumplir lo escuchado traduciéndolo en obediencia a la palabra de Dios.

Se recuerda asimismo algo que está relacionado con la escucha como su consecuencia y su meta. La fórmula de la alianza («Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo») indica la recíproca relación de intimidad que Dios establece al dirigirse con esta expresión particular a Israel como pueblo suyo. La última frase del v. 23 sitúa en el primer plano el bienestar (cf. también Jn 10,10). La meta de las acciones divinas es la felicidad humana.

Pero ni la comunión con Dios ni la felicidad consiguen atraer a Israel (v. 24). El texto dice literalmente: «siguen los planes de la obstinación de su malvado corazón y se han vuelto *de espaldas* y no *de frente*». La obstinación, ya mencionada en 3,17, ha puesto en práctica sus propios proyectos, pero con resultados desastrosos. La *existencia* toda de estas personas está *contrahecha.* No escuchar la voz divina subvierte la vida humana, y no solo respecto de Dios. La desobediencia se orienta al

propio *yo* y a cuanto este yo conoce, lo que desemboca en parálisis o incluso en retroceso.

La causa del alejamiento de Israel no está en Dios (v. 25). YHWH *no ha cesado de amonestar*, desde los tiempos del éxodo, por medio de sus siervos, los profetas por él *enviados* (cf. la misma expresión en 25,4). La imagen de los profetas enviados por Dios y vinculados a él concuerda con Am 3,9; Jer 2,30; Mt 21,34; 23,34 pero presenta un vivo contraste con la crítica a los profetas, predominante en el libro de Jeremías (2,8.26; también cap. 23). Para la expresión «sin cesar» (o *asiduamente, insistentemente*), cf. *supra*, 7,13.

La amonestación de Dios fue inútil; tuvo incluso efectos contraproducentes, pues *acrecentó el endurecimiento*. Las dos últimas frases del v. 26 describen el final negativo de la evolución de Israel. La primera de ellas está en paralelo con 2Re 17,14, donde se explican las causas del hundimiento del reino del Norte. La segunda (como Jer 16,12) descalifica a la generación actual mediante una comparación con la del pasado; es difícil decir si esta valoración es correcta (cf., por ejemplo, el inicio del v. 25). Pero la acusación tiene la función de exhortar y de provocar una reacción positiva.

El v. 27 se dirige una vez más, con el *tú*, a Jeremías, al igual que en el v. 16, y se vincula con el v. 2. *El profeta corre una suerte parecida a la de Dios* (v. 13): no le escuchan, por mucho que alce la voz. Los enviados de Yahvéh no pueden esperar que las cosas les vayan mejor a ellos que a Dios.

El v. 28 sintetiza los juicios negativos de los vs. 15.20.26 en una especie de *definición*: la expresión «ésta es...» tiene el aire de un epitafio. Son incorregibles (así también en 2,30) e infieles (cf. 5,1.3). Con personas que no escuchan no cabe ya ninguna esperanza.

Actualización

La actitud oyente es el alma misma de una comunidad. Toda relación interpersonal nace de la atención recíproca. La falta de franqueza y de sensibilidad lleva, por el contrario, a encerrarse en sí mismos y genera, por tanto, una existencia perturbada (v. 24), que ni el mayor número de sacrificios es capaz de enderezar (v. 21).

El primer culto que debemos rendir a Dios es poner en práctica y educar nuestra capacidad de percibir y de experimentar sensaciones. Hasta un niño puede recorrer este sendero, que es el presupuesto de toda obediencia a Dios y de toda verdadera comunión humana.

También nuestro texto alude a este tipo de escucha: algunas expresiones se refieren a formulaciones del lenguaje deuteronómico/deuteronomístico y evidencian cierto parentesco con ideas de Amós. Pero se trata, a la vez, de un texto que es *escuchado* por otros: la expresión «(el día) en que los (= vuestros padres) saqué del país de Egipto» del v. 22 reaparece en otros pasajes (11,4; 31,32; 34,13). Y lo mismo ocurre con la fórmula de la alianza del v. 23 y con el envío «insistente» del v. 25. Así, pues, también el texto testifica un vivo intercambio entre escuchar y ser escuchado.

Las amonestaciones de Dios anteriores al 587 resultaron ser infructuosas. En vez de conseguir una actitud de escucha, provocaron desobediencia y tensión, produciendo así un empeoramiento de la situación (7,8.26).

Jer 7 quiere transmitir esperanza a las generaciones futuras. Dios ha puesto siempre y repetidamente en guardia a su pueblo. Le ha exhortado, a través de Jeremías (7,5s) y de otros profetas (cf. 7,25), a emprender la marcha por el camino recto. Lo único que hace falta es tomar en serio su mensaje –aquí la observancia de la justicia y la escucha– y no poner erróneamente la

confianza en cosas externas, como el Templo o el culto. Y entonces Dios permitirá habitar en el país (7,3.7) y la comunión con él (7,23).

VIII

LA INFIDELIDAD, LAS MENTIRAS Y LOS ENGAÑOS DISGREGAN LA COMUNIDAD

"En ningún hermano confiéis"
(Jer 9,1-8)

1 *¡Quién me diera en el desierto*
un albergue de caminantes!
Abandonaría a mi pueblo
y marcharía de su lado,
pues todos son adúlteros,
una banda de traidores.
2 *Tensan su lengua como en arco;*
la mentira, y no la verdad, domina en el país.
Caminan de maldad en maldad,
y a mí no me conocen
–oráculo de Yahvéh–.
3 *Guardaos bien unos de otros,*
y en ningún hermano confiéis;
pues está visto que todo hermano engaña,
y todo amigo anda con calumnias.
4 *Unos a otros se engañan,*
la verdad no se la dicen.
A decir mentiras han acostumbrado su lengua;
son unos pervertidos, no pueden 5 *convertirse.*

¡Opresión sobre opresión, engaño sobre engaño!
Rehúsan conocer a Yahvéh.
6 *Por eso así dice Yahvéh Sebaot:*
Aquí estoy: voy a acrisolarlos y probarlos.
¿Qué otra cosa puedo hacer con la hija de mi pueblo?
7 *Saeta mortífera es su lengua,*
engaño son las palabras de su boca.
Habla amablemente con su amigo,
pero ocultamente le pone una emboscada.
8 *¿No tengo que castigarlos por estas cosas*
–oráculo de Yahvéh–,
y de una nación como ésta
no se vengará mi alma?

Introducción

El juicio de condena irrumpe en Jer 8 a través de los invasores procedentes del Norte: 8,16 vuelve sobre el tema de Jer 4-6; los vs. 18-23 describen la tristeza y el dolor provocados por esta destrucción. Las dos preguntas del fin de esta sección revelan una profunda consternación ante la obstinación del pueblo y el deseo de desahogar la inmensa amargura generada por el interminable sufrimiento.

Jer 9,1, con un comienzo enteramente igual a 8,23, prolonga la serie de los interrogantes e introduce el nuevo tema de las palabras y las obras fraudulentas. En esta comunidad, no tienen ya validez ni los lazos más íntimos del matrimonio y el parentesco. A la lamentación sigue inmediatamente la acusación por parte de un fiel que interviene con su palabra (9,1-5) y, a continuación, la amenaza de Dios (9,6-8).

Comentario

El deseo extremo de *preferir el desierto* a vivir entre su propia gente (véase Sal 55,7s) pone en el v. 1 los preliminares de una serie de afirmaciones sobre la infidelidad del pueblo al que pertenece la persona que habla. Hay, en este mismo versículo, dos hechos de extrema gravedad que explican la razón de su extraño deseo:

a) «Todos son adúlteros» puede muy bien ser una exageración, pero denuncia la quiebra de muchos vínculos conyugales. De todas formas, la presión social y el gran control existente en aquella época hacía que el número de divorcios y de relaciones ilegítimas no alcanzara los niveles de nuestro tiempo.

b) Para «banda de traidores» el texto hebreo recurre a una expresión rara, que fuera de este caso sólo se utiliza para designar las asambleas de las fiestas religiosas (por ejemplo, Dt 16,8: «asamblea solemne»). Quiere esto decir que incluso la comunidad gozosa en la que se vive la experiencia de una misma fe se disgrega a causa de la infidelidad.

La contribución esencial a este deseo extremo lo proporciona *la lengua*, usada *como arma* (v. 2; cf. Sant 3). La imagen del arco se complementa con la de la saeta del v. 7. Un ataque con armas causa heridas externas, mientras que una palabra malévola golpea en el interior y causa heridas que difícilmente –y a veces nunca– se curan. Quienes ponen la *mentira* (con la misma expresión que el «en falso» de 5,2) por encima de la verdad «son fuertes en el país» (de modo literal) y transforman sus palabras en una cadena de acciones malvadas.

La consecuencia inmediata de la mentira y de las palabras calumniosas de los demás es el quebrantamiento de la *confianza* (v. 3). Toman parte en el engaño (como en 6,28) *personas conocidas de toda la vida* y hasta los parientes más cercanos. El vocablo hebreo que sub-

yace bajo «todo hermano engaña» es muy raro (fuera de aquí sólo se encuentra en Gén 27,31 y Os 12,4); evoca el nombre de Jacob y su conflicto con su hermano gemelo Esaú. El mal de hoy no es nuevo, tiene tras de sí una larga tradición. Ya aquel patriarca había actuado de modo parecido. ¿Cómo podrían ser mejores sus descendientes?

El v. 4 refuerza el contenido del v. 2 en lo referente a la *mala educación* o a la *persistencia* en el mal. La expresión hebrea (literalmente: «han enseñado a su lengua») quiere decir que han recibido una verdadera formación en el arte de mentir. La frase «se fatigan en obrar la iniquidad» (mejor que «no pueden convertirse») denuncia un verdadero esfuerzo, como cuando se lleva a cabo un trabajo muy duro.

Esta actitud no es pasajera, se ha convertido para ellos en una *morada permanente* (v. 5). La afirmación «tu habitación (está) en medio del engaño» (mejor que «opresión»...) describe una comunidad basada en la mentira y el dolo. Como al final del v. 2, también aquí la razón de esta actitud se halla en la falta del conocimiento interior de Dios. Quien de veras conoce a Dios se siente movido por su amor a la verdad y la autenticidad y decide espontáneamente no seguir otra conducta sino ésta.

Con el v. 6 se inicia la amenaza de Dios. Se propone la tarea de *examinar* al pueblo (véase 6,27.29, donde se confía a Jeremías esta misión), para decidir su posterior actitud *frente a él.* Ya en el v. 7 se nos da a conocer el resultado. Comparada con el arco (v. 2), la saeta mortífera indica algo más: que está en plena acción su procedimiento de *matar mediante las palabras.* Pero sólo Dios, que conoce el interior de los hombres, puede llegar a escudriñar la perversidad intrínseca. Aparentemente se trata de amables conversaciones, pero ocultan en su seno una disposición hostil (algo parecido

se dice en la primera confesión, en 12,2, y en el Sal 62,5). No concuerdan entre sí las palabras, los pensamientos y los sentimientos. Tales personas están divididas dentro de sí mismas, no son de fiar. En forma de pregunta, el v. 8 explica, como antes en 5,9.29, que a Dios *no le queda otra salida* sino el juicio condenatorio.

Siguen a continuación, alternándose, lamentaciones (vs. 9s), una secuencia de preguntas y respuestas para intentar comprender (vs. 11.12-15) y de nuevo una exhortación al lamento (vs. 16-21); el capítulo finaliza con dos sentencias (22s.24s).

Los vs. 22s oponen al hablar impío de los vs. 2-5.7 el *justificado orgullo* de conocer al Señor. Se retoma aquí el hilo de otros temas de Jer 9: el «sabio» de los vs. 11 y 16 («las más expertas»); el «valiente» (v. 22), para el que el hebreo emplea la misma palabra «domina» del v. 2; la falta de conocimiento del Señor: aquí estaba la raíz del comportamiento extraviado de los vs. 2.5.

Se amplía ahora este último tema: Dios es aquel cuya acción se define como «misericordia, derecho y justicia». Estas mismas palabras aparecen, aunque en orden inverso, en Sal 33,5. La primera de ellas, *jesed* en hebreo, señala un lazo de afecto, la fidelidad. Dios se complace cuando ve que estas cualidades suyas se reflejan también en los hombres (véase Miq 6,8, donde *jesed* se traduce por «piedad» o por «bondad»).

Conocer a Dios en esta dimensión quiere decir estar vinculados a él y actuar como él. Y ésta es, verdaderamente, la única cosa de la que un hombre se puede gloriar. En este mismo sentido se expresará más tarde san Pablo (1Cor 1,31; 2Cor 10,17; 2Cor 10-12 analizan expresamente el tema de la gloria personal).

En Jer 10 prosigue, lógicamente, la alabanza de YHWH (por ejemplo en 10,6s); frente a los ídolos de los pueblos, el Dios verdadero no admite comparación posible. La exaltación divina de 10,7 reaparecerá en Ap

15,3s bajo el título de «rey de las naciones» y en la pregunta retórica «¿quién no temerá?»

Actualización

El tema de la falta de fidelidad había sido abordado ya en Jer 5. Pero ahora se revela en toda su plenitud la medida de la infidelidad y de la falsedad, especialmente en el hablar. Las palabras no se corresponden con los pensamientos (v. 7), las acciones no se corresponden con las palabras (cf. *mentira* y *engaño* en los vs. 2 y 4). Se ven atacados y destruidos, a causa de la falta de fidelidad que afecta a todas las cosas y está en la raíz del engaño siempre presente, los lazos más íntimos de la amistad y de la fraternidad, los que se dan entre marido y mujer e incluso los que brotan de una misma fe celebrada en común (vs. 1.3). Ya en nada se puede confiar, porque la mentira es parte constitutiva de la educación misma de la persona y parece que los hombres tienen un empeño consciente en practicar el mal.

Esta acusación da pie a una seria reflexión sobre nuestro modo de hablar. Debemos preguntarnos si nuestras palabras responden a nuestros pensamientos; cómo hablamos de otras personas en su ausencia; si lo que decimos perjudica a otros; si tenemos el valor de manifestar abiertamente nuestras críticas; en suma, si somos sinceros en el corazón, en la boca y en las acciones. La palabra encierra un poder; las palabras no verdaderas desarrollan un poder destructor.

Hay todavía otro peligro en las palabras: quien a través de ellas exalta la inteligencia, la fuerza o la riqueza (v. 22) es víctima de los ídolos del poder y del dinero y, en consecuencia –incluso aunque consiga seguir siendo sabio–, de la ceguera y del narcisismo.

El origen de toda palabra se encuentra en la relación íntima con Dios que, por su propia esencia, busca y ama la lealtad, la verdad y la justicia. A cuantos avanzan tras su estela se les reconoce por una actitud similar.

IX

CUANDO SE ROMPE LA RELACIÓN CON DIOS
"Han roto la alianza"
(Jer 11,1-20)

1 *Palabra que fue dirigida a Jeremías de parte de*
Yahvéh en estos términos: 2 Escucha las cláusulas de esta
alianza, comunícaselas a los hombres de Judá y a los habi-
tantes de Jerusalén, 3 y diles: Así dice Yahvéh, Dios de
Israel: Maldito el hombre que no atienda a las cláusulas de
esta alianza 4 que impuse a vuestros padres el día en que
los saqué del país de Egipto, del horno de hierro, diciendo:
Escuchad mi palabra y cumplid estas cosas de acuerdo con
todo lo que os ordeno, y así vosotros seréis mi pueblo y yo
seré vuestro Dios, 5 para cumplir el juramento que hice a
vuestros padres de darles un país que mana leche y miel,
como sucede hoy. Yo respondí y dije: ¡Amén, Yahvéh!
6 Yahvéh me dijo: Proclama todas estas palabras en las
ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, diciendo:
Escuchad las cláusulas de esta alianza y cumplidlas. 7 Pues
yo, con tiempo e insistentemente, amonesté a vuestros
padres, desde el día en que los saqué del país de Egipto
hasta hoy, en estos términos: Escuchad mi voz. 8 Pero ellos
no escucharon ni aplicaron su oído, sino que cada uno
siguió la obstinación de su corazón malvado, y por eso hice

recaer sobre ellos todas las palabras de esta alianza que les
había mandado cumplir y que no cumplieron.
9 *Después Yahvéh me dijo: Se ha manifestado una con-*
juración entre los hombres de Judá y los habitantes de
Jerusalén: 10 *Han vuelto a las iniquidades de sus primeros*
padres, que rehusaron escuchar mis palabras y se fueron
tras otros dioses para servirlos. La casa de Israel y la casa de
Judá han roto la alianza que estipulé con sus padres.
11 *Por eso, así dice Yahvéh: Mirad: voy a traer sobre ellos*
una desgracia de la que no podrán escapar, y entonces cla-
marán a mí, pero no los escucharé. 12 *Las ciudades de Judá*
y los habitantes de Jerusalén irán entonces a clamar a los
dioses a quienes incensaron, pero no podrán salvarlos en el
tiempo de su desgracia.
13 *Pues cuantas son tus ciudades,*
tantos son tus dioses, Judá;
y cuantas son las calles de Jerusalén,
tantos son los altares que habéis erigido a la vergüenza,
altares para incensar a Baal.
14 *Pero tú no ruegues por este pueblo,*
ni eleves por ellos lamentación ni súplica,
pues no te voy a escuchar
cuando clames a mí por su desgracia.
15 *¿Qué busca mi amada en mi casa?*
Su modo de obrar es pura doblez.
¿Votos y carne consagrada
apartarán de ti la desgracia,
de modo que puedas regocijarte por ello?
16 *Olivo verde, hermoso, de espléndido fruto,*
te llamaba Yahvéh.
Al ruido de un estrépito enorme,
le prendió fuego,
y sus ramas se quemaron.
17 *Yahvéh Sebaot, que te había plantado,*
decretó contra ti la desgracia,
por la maldad de la casa de Israel y la casa de Judá,

que cometieron en su propio daño,
irritándome al incensar a Baal.
18 *Yahvéh me lo hizo saber y lo sé.*
Entonces me hiciste comprender sus maniobras.
19 *Yo era como manso cordero*
que se lleva al matadero;
no sabía que contra mí urdían tramas:
Destruyamos el árbol con su fruto,
cortémosle de la tierra de los vivos
y que no se miente más su nombre.
20 *Yahvéh Sebaot, Dios justo,*
que sondeas el corazón y las entrañas,
vea yo en ellos tu venganza,
pues a ti encomiendo mi causa.

Introducción

Tras la plegaria de los vs. 23-25 del cap. 10, con la que llega a su conclusión la sección de Jer 7-10, se introduce, con la misma fórmula que ya habíamos encontrado en 7,1, el siguiente gran bloque temático. Los caps. 11-20 abarcan, además de la desgracia hasta ahora anunciada para Jerusalén y Judá, otros elementos nuevos. Los más importantes son las llamadas *confesiones* (lamentaciones de un «yo» no claramente definido: 11,18-20 y 12,1-6; 15,10-21; 17,14-18; 18,18-23; 20,7-18) y el comienzo de la persecución contra el profeta, con su reclusión y tortura en 20,2.

La trama de Jer 11ss está constituida por el juego de cambios entre el mensaje de amenaza, la angustia ante lo que debe suceder y el sufrimiento del profeta; es el intento por prepararse al dolor inmenso de la destrucción. Al estudio de estos capítulos se ha dedicado un singular interés debido a las confesiones, interpretadas como plegarias de Jeremías, hasta el punto de

que este profeta ha recibido el título de «padre de la oración».

La sección formada por Jer 11-20 se puede subdividir, en razón de las fórmulas introductorias, en 11-13; 14-17; 18-20. El primero de estos capítulos (Jer 11) se inicia, mediante un lenguaje deuteronomístico parecido al de Jer 7, con una llamada que resuena con el fragor de un timbal: Israel ha roto la alianza entre Dios y el pueblo (11,10). La violación de un acuerdo –una experiencia perfectamente conocida a través de la historia de las alianzas con los asirios y los babilonios– tenía como consecuencia inexorable una expedición punitiva de la otra parte contrayente. A tenor de esta experiencia, era de esperar una desgracia. Crece el temor ante un futuro en el que Israel tendrá que asumir las consecuencias de su desleal comportamiento respecto de la alianza.

Jer 11 consta esencialmente de una colección de palabras dirigidas por Dios a Jeremías (con inicio en los vs. 1.3.6.9.11), que demuestran el repetido endurecimiento de Israel, su obstinación en no escuchar, que llega hasta la ruptura de la alianza, con todas sus consecuencias (vs. 1-13). Vienen a continuación tres ejemplificaciones (vs. 15-17.18-20.21-23), la segunda de las cuales abre la serie de las confesiones. Entre estos dos elementos se encuentra el v. 14, con la prohibición de interceder: la situación es tan desesperada que ya ni siquiera la intercesión de los justos la puede restablecer.

Comentario

La expresión «las cláusulas de esta alianza» del v. 2 es deuteronomística. Fuera de Jer 11, sólo se encuentra en Dt 29,8 y en 2Re 23,3 y constituye aquí, con sus cuatro repeticiones, el elemento clave de nuestra perícopa. Aparece también, en efecto, en los vs.3.6.8. Alude a un

contrato pactado, que da fuerza y forma a una relación entre dos partes. Quien lo guarde, será a su vez guardado por la fidelidad del pactante. La *alianza* era una forma jurídica, moderna en aquel tiempo, que implicaba la invocación de testigos y la recitación de una fórmula que contenía bendiciones y maldiciones (cf. Jer 2). Estos elementos aparecen de hecho en los vs. 3ss.

La maldición (v. 3; cf. Dt 27,26) explica que el incumplimiento de la alianza equivale *al fracaso de la vida* y a la pérdida de la propia fortuna. El v. 4 presenta la *definición*, hasta ahora sin concretar, de esta alianza, que se remonta a la época de la salida de Egipto. Pueden así tenerse en cuenta dos alianzas: la del Sinaí (Éx 34,28) y la de Moab (Dt 28,69). Esta segunda ofrece la formulación más parecida a nuestro pasaje. Comparándola con el texto de Jer 7,22s, con el que guarda referencia, se advierte un añadido particular, que alude al éxodo y lo califica de salida: «el horno de hierro» que, fuera de este lugar, sólo aparece en Dt 4,20 y 1Re 8,51. Egipto fue un crisol que, a través de la experiencia del sometimiento, de la represión y del sufrimiento, purificó a Israel y lo condujo a la adoración del verdadero Dios. La bendición comienza con la fórmula de la alianza (cf. *supra*, 7,23) y recuerda, en el v. 5, la promesa de la tierra hecha a los patriarcas. Dios será fiel. Lo que da es una *sobreabundancia* de dones preciosos («tierra que mana leche y miel», por primera vez en Éx 3,8 y luego frecuente en los textos deuteronomísticos). El hombre acepta de muy buen grado esta bendición («¡Así sea!», literalmente «¡Amén!», como también en Dt 27,15-26).

Pero la realidad es muy otra. La exhortación a escuchar (v. 6) queda sin efecto, también en el pasado, cuando fue dirigida a los padres. Dios ha *dado testimonio* (literalmente en el v. 7, que puede entenderse también como «inculcar, conjurar, advertir»; cf. 6,10), pero

los antepasados no quisieron oír (v. 8; cf. 7,24) y tuvieron que soportar las consecuencias. Hay, desde siempre, en el hombre una misteriosa obstinación que lo arrastra extrañamente a oponerse a cuanto reconoce que es bueno.

No es mejor la generación presente, sino todo lo contrario. La «conjuración» (v. 9) añade el elemento de una acción consciente y concertada contra Dios. La expresión «formar» o «manifestarse una conjura» tiene un solo paralelo, en 2Re 17,4. El rey de Asiria descubrió esta conjura en Oseas, el último rey de Israel. Entonces significó el fin del reino del Norte, ahora de Judá y Jerusalén. El *retorno*, además, que de ordinario es a Dios, aquí es a las iniquidades (v. 10), lo que demuestra una perversión total. Se sitúa en la misma línea que los antepasados («sus primeros padres», en plural, es caso único; en singular figura en Is 43,27, donde se refiere a Jacob). El rechazo repetido (5,3; 8,5; 9,5) y la adoración de los ídolos (varias veces desde Jer 2) caracterizan el camino seguido por las dos *casas (= comunidades estables)* de Israel y Judá. Tal vez Dios podría pasar por alto algunos fallos aislados del pacto, pero una violación tan sistemática y tan obstinada de la relación indica que la alianza está *rota.*

Muy pronto se dejan ver las consecuencias. Ya que ellos no han escuchado hasta ahora, tampoco Dios escuchará en el futuro sus gritos de dolor (v. 11; ni tampoco sus ayunos: 14,12). Los numerosos dioses a los que ofrecieron sacrificios (vs. 12s, paralelo en 2,28) demuestran ser inútiles, no pueden ayudar. Los hombres se encontrarán solos en su desventura, abandonados tanto por los dioses, que no pueden socorrer, como por YHWH, con el que han roto todas las relaciones.

Así, pues, ni siquiera la intercesión del profeta (v. 14) puede modificar la situación. Por tres veces se le prohíbe a Jeremías interceder por su pueblo (en 7,16,

aquí y en 14,11). El mismo Dios atribuye tal poder a la súplica que podría forzarle a cambiar sus planes. Pero ahora, ante tanta perversión, hasta la fuerza de la plegaria se extingue.

Los vs. 15ss nos presentan tres reacciones: la de Dios, la de una persona que sufre y la de un grupo hostil. La reacción de YHWH se inicia en el v. 15 con un texto que presenta muchas dificultades incluso en el original. Puede afirmarse con seguridad que Dios menciona *una mujer* (sufijo de segunda persona femenina = la amada, la amiga) que se halla en su casa, es decir, en el Templo. Puede verse en ella al pueblo que, con su comportamiento extraviado, se aleja de Dios. Ni siquiera los sacrificios pueden impedirlo. En los vs. 16s se encuentra la imagen del olivo verde. Esta misma imagen aparece en Sal 52,10, aunque presenta diferencias respecto de nuestro texto. También aquí el olivo se encuentra en el Templo, pero para el salmista simboliza al hombre que tiene plena confianza en Dios. En Jer, en cambio, sucumbe víctima del fuego y anuncia así *el juicio* que está a punto de abatirse sobre aquellos hombres hostiles (vs. 16s).

El segundo cuadro (vs. 18-20) abre la serie de las llamadas *confesiones*: conmovedores poemas/plegarias de un «yo» doliente en el que se funden los destinos del profeta y los de los creyentes fieles a YHWH. Esta *figura orante*, ignorante, ingenua incluso, incapaz de pensar mal, ha recibido de Dios el poder de comprender y de *ver* (vs. 18s) y advierte ahora la intención maligna de sus adversarios. La imagen del *cordero ignorante e inocente* incluso ante la misma muerte debe relacionarse con Is 53,7 (el cuarto cántico del Siervo), con el anuncio de Juan Bautista (Jn 1,29: «Éste es el Cordero de Dios») y con la visión de Ap 5,6. En este cordero que se muestra confiado incluso ante quien le lleva al matadero está simbolizado el hombre que, con total pureza,

ama incluso a sus enemigos. Tal sencillez y bondad es provocación para unos –vamos a destruirlo, (v. 19)– y motivo de intervención por parte de Dios, que cambia el no-saber (v.19) en conocimiento (v. 18). En el curso de la confesión se invoca a Yahvéh (12,1-6) para que envíe a los impíos como reses al matadero (12,3; alusión en Sant 5,5).

El v. 20 está repetido, casi al pie de la letra, en la última confesión (20,12). Aquí la plegaria se dirige a Dios como *juez justo* (también en Sal 9,5; en 1Pe 22,23 se describe una actitud similar, aplicada a Cristo). Sólo Dios puede hacerlo, porque conoce el interior del hombre. «Corazon y entrañas» (literalmente: «riñones») es la expresión bíblica hebrea para señalar este universo interior. Aparece cinco veces: aquí, en Jer 17,10 y 20,12; en Sal 7,10 y 26,2. Los riñones son la sede de la conciencia, como el corazón lo es del pensamiento y los sentimientos (cf. también 1Tes 2,4 y Ap 2,23). El orante se entrega plena y confiadamente al juicio divino («venganza»).

Es completamente opuesta la reacción de los hombres en la patria de Jeremías (vs. 21-23; 1,1). Aquí su persona resulta incómoda a causa de su mensaje, se le reduce al silencio y se le amenaza de muerte (v. 21). *Pero Dios* no se deja intimidar, *continúa hablando* (vs. 22s). Junto con esto, la continuación de la confesión, en Jer 12, pone en claro que no es tarea fácil interpretar directamente los acontecimientos del mundo exterior como justo juicio de Dios. Quedan preguntas por hacer, queda el enigma.

Actualización

El anuncio de la alianza rota es un hecho de triste actualidad. Cuando más de un tercio de los matrimo-

nios acaban en divorcio, cuando son constante y arbitrariamente violadas las treguas en los conflictos entre grupos opuestos, Jer 11 se presenta como una admonición, como una advertencia, desoída, a no correr hacia la propia desgracia. La infidelidad humana, que impulsa a las personas a actuar contra las relaciones más íntimas y contra las promesas hechas, lleva, también hoy día y de manera aún más grave, a un dolor sin fin, que alcanza a muchos seres inocentes. Esta infidelidad está entre nosotros provocada por las idolatrías de los tiempos modernos: el egoísmo disfrazado de individualismo que se opone a la comunidad; la ceguera derivada de un criticismo excesivo que no sabe ver el bien que, muy a menudo, está también presente y en medida mucho mayor que el mal; la carrera por el poder, el placer y el *cada vez más.* El inocente que tiene que enfrentarse a tales hombres se siente impulsado a rezar porque se haga justicia (v. 20), una vez que la intercesión resulta inútil (v. 14).

Señalemos, en fin, las conexiones literarias: es evidente la presencia en Jeremías de textos clave deuteronomísticos (cf. Dt 27-29; 2Re 17 y 23), que nos permiten comprender que la ruptura de la alianza lleva inexorablemente a la caída ya inminente. Dentro del libro mismo de Jeremías, en este capítulo (11) se advierten conexiones con 2,28 (11,12s); 3,16s (11,8); 7,22-24 (11,4.8) y con otras confesiones (en lo que respecta a 11,20). Comparado con Jer 7, en el cap. 11 la conducta de Israel ha alcanzado un punto final sin retorno: no existe ya, por parte de los hombres, relación alguna con Dios.

X

¿ES LA TIERRA EXTRANJERA UNA EXPERIENCIA DISGREGADORA?

"El cinturón estaba podrido, no servía para nada"
(Jer 13,1-11)

1 *Yahvéh me dijo así: Vete y cómprate un cinturón de*
lino, y póntelo a la cintura; pero no lo metas en agua.
2 *Compré el cinturón de acuerdo con la orden de Yahvéh y*
me lo puse a la cintura.
3 *La palabra de Yahvéh me fue dirigida una segunda*
vez en estos términos: 4 *Toma el cinturón que has compra-*
do y que tienes a la cintura, levántate, vete al Éufrates y
escóndelo allí en la grieta de una roca. 5 *Fui y lo escondí*
junto al Éufrates, como Yahvéh me había ordenado. 6 *Al*
cabo de muchos días, Yahvéh me dijo: Levántate, vete al
Éufrates y retira de allí el cinturón que te mandé esconder
allí. 7 *Fui al Éufrates, busqué y retiré el cinturón del lugar*
en que lo había escondido; pero he aquí que el cinturón
estaba podrido, no servía para nada.
8 *Entonces, la palabra de Yahvéh me fue dirigida en*
estos términos: 9 *Así dice Yahvéh: De este modo haré que se*
pudra la soberbia de Judá y la gran soberbia de Jerusalén.
10 *Este pueblo malvado, que rehúsa escuchar mis palabras,*
que sigue la obstinación de su corazón y va tras otros dioses

para servirlos y adorarlos, vendrá a ser como este cinturón, que no sirve para nada. 11 *Pues como el cinturón se adapta a la cintura del hombre, así yo había hecho que se adptara a mí toda la casa de Israel y toda la casa de Judá –oráculo de Yahvéh–, para que fueran mi pueblo, mi renombre, mi alabanza y mi adorno; pero no me escucharon.*

Introducción

Al final de Jer 12 se había hablado de la influencia negativa de los pueblos vecinos de Israel y del destierro de Judá (vs. 14-17). El cap. 13 prosigue este tema con una acción simbólica (de manera parecida también Jer 18s), que vuelve a referirse al culto a los ídolos y a la negativa a escuchar (12,16s y 13,10s). Jeremías aparece aquí como una persona completamente entregada a Dios, que, al contrario que el pueblo, cumple inmediata y totalmente todas las órdenes divinas.

La sección 13,1-11 consta de tres acciones simbólicas sucesivas (vs. 1s.3-5.6s), seguidas de las tres interpretaciones que Dios da de ellas (vs. 8s.10.11). Se advierte una correspondencia entre el inicio y el fin de la sección en virtud de los términos «(poner) a la cintura» (vs. 1s.11). Las dos primeras interpretaciones retoman cuanto se había presentado como consecuencia de la última acción simbólica (v.7b) y lo aplican al pueblo.

Comentario

El elemento dominante de nuestra perícopa es el *cinturón* de lino. La palabra hebrea no se refiere al objeto que nosotros utilizamos hoy como cinturón, sino a un trozo de tela –una pieza de lienzo a modo de faja– que se adhería al cuerpo. Aunque Dios no da razón

alguna de su mandato, Jeremías obedece sin tardanza y sin presentar objeciones (v. 2).

Los vs. 4-7 están firmemente marcados por las palabras clave río Éufrates y «esconder». Simbolizan el lugar del exilio, su duración y el papel insignificante que desempeñará Israel. Al final del v. 7, el cinturón del principio ha quedado totalmente *inservible* bajo la acción del agua.

La primera interpretación que Dios da del gesto simbólico, en el v. 9, presenta este resultado a través de un juego de palabras: podrido –haré que se pudra, aplicado al pueblo. El texto literal dice: «Pudriré la soberbia de Judá y la gran soberbia de Jerusalén». La arrogancia de la capital *supera* la del resto del país. Terminará con la condena a llevar una vida escondida (vs. 4ss) en el destierro. Una existencia marginal, en tierra extranjera, pondrá el punto final a esta soberbia. La segunda interpretación, en el v. 10, retoma cuando se ha dicho en el v. 7b y lo traslada a «este pueblo malvado». Como consecuencia del largo tiempo pasado en el destierro, el pueblo perverso se tornará completamente *inútil.* Se mencionan como causas el rechazo del pueblo y el culto de los ídolos, mediante formulaciones ya conocidas (cf. 11,8.10), enriquecidas aquí con el elemento «y adorarlos» (que volveremos a encontrar en 25,6). La apostasía es completa y, con ella, lo es también la inutilidad futura de este pueblo.

La tercera interpretación emplea, con el término «adaptarse», (literalmente: «pegarse», «adherirse»), dos veces en el v. 11, una palabra con la que el Deuteronomio define la relación inseparable que une entre sí a Dios y al pueblo (Dt 4,4; 10,20, traducidos respectivamente por «ser fieles» y «adherirse»). Este lazo tan estrecho había sido el gran *deseo de Dios*, y, en su virtud, habría hecho de su pueblo la más importante de todas las cosas. «Renombre, alabanza y adorno» (literal-

mente: *nombre, alabanza y ornato)* sólo se encuentran en este pasaje, en Jer 33,9 y en Dt 26,19.

Así, pues, este último pasaje describe la tarea a que Dios se compromete en la alianza con el pueblo. Pero dado que los hombres no escuchan, como ya en 7,28 y en otros lugares, se espera en vano el cumplimiento del ardiente deseo de Dios.

Actualización

En la imagen del Éufrates se refleja la tragedia del exilio. En tierrra extranjera pueden ciertamente perderse muchas cosas. Los hombres abandonan sus valores, se dejan a la espalda lazos tradicionales y queridos. Las comunidades se ven violentamente separadas unas de otras y dejan de existir. Pero este efecto disgregador de la tierra extranjera es sólo una experiencia, junto a otras.

Algunos textos presentan, en efecto, aspectos positivos del destierro o rasgos complementarios de los mismos. Así, por ejemplo, merced al contacto con los fieles judíos, pueden otros pueblos llegar al conocimiento del verdadero Dios (12,16). Jer 24 contrapone a la población que ha permanecido en Judea bajo el rey Sedecías aquella otra que había sido deportada a Babilonia, con el rey Yeconías, el año 597. Los desterrados en tierra extraña están representados en la imagen de los higos buenos; sobre ellos descansa la complacencia de Dios y él los conducirá de nuevo y los hará su pueblo (24,5-7). En cambio, a los que se quedaron en el país y a los que huyeron a Egipto se les tiene por higos malos (24,3.8-10).

La experiencia de la tierra extranjera puede ser, por tanto, el inicio de una nueva salvación para sí y para los demás. La primera explicación que Dios da de la acción simbólica, en 13,10, insiste mucho en la soberbia de los

judíos. También otros pueblos tienen esta misma soberbia, y también ellos serán castigados por ella. Así, concretamente, en el caso de Moab, país limítrofe por oriente (cf. 48,29; en los vs. 31ss se enumeran las consecuencias). Tras la soberbia viene siempre –para todos los hombres y todos los pueblos– la caída (cf. también la perícopa siguiente: 13,15ss).

El Éufrates estaba muy lejos del lugar en que Jeremías ejercía sus actividades. ¿Cabe imaginar que el profeta hiciera viajes tan largos? Probablemente no. Estas acciones simbólicas llevadas a cabo junto a las orillas del río son imágenes que intentan describir la situación del pueblo. De manera parecida, al final del libro de Jeremías, el gesto de hundir en el Éufrates un rollo con los oráculos de desgracias (Jer 51,63) sirve para representar la caída inminente de Babilonia. En ambos casos, la realidad –también la realidad literaria– se convierte en metáfora. En una palabra: se nos invita a descubrir, a través de los acontecimientos externos, los proyectos y los juicios de Dios. ¿Estamos verdaderamente atentos y somos capaces de interpretar tales signos?

XI

LA SOBERBIA SE DESVANECE EN LA CAÍDA Y LA VERGÜENZA

"¿Por qué me suceden estas cosas?"
(Jer 13,15-27)

15 *Escuchad y atended: No os engriáis,*
pues Yahvéh ha hablado.
16 *Dad gloria a Yahvéh, vuestro Dios,*
antes que oscurezca
y antes que tropiecen vuestros pies
contra los montes a la hora del crepúsculo,
cuando esperéis la luz y yo la haya hecho tinieblas
y la haya convertido en densa oscuridad.
17 *Si no escucháis esto,*
llorará en secreto mi alma
ante tal orgullo,
se deshará en lágrimas;
derramarán lágrimas mis ojos,
porque el rebaño de Yahvéh es llevado **cautivo.**
18 *Di al rey y a la reina madre:*
Sentaos más abajo,
porque cayó de vuestra cabeza
vuestra gloriosa corona.
19 *Las ciudades del sur están cerradas,*
sin que nadie las abra.

Judá entero está deportado,
ha sido deportado enteramente.
20 *Alzad vuestros ojos y ved*
a los que vienen del norte.
¿Dónde está el rebaño que se te dio,
tu magnífico rebaño?
21 *¿Qué dirás cuando ponga*
como jefes sobre ti
a quienes tú misma enseñaste
a ser tus amigos?
¿No te vendrán dolores
como de mujer en parto?
22 *Y si dices en tu corazón:*
¿Por qué me suceden estas cosas?
Por tu gran iniquidad han sido levantadas tus faldas,
son violentados tus talones.
23 *¿Cambia un negro su piel,*
o una pantera sus manchas?
¡Entonces podríais obrar bien,
vosotros habituados a obrar mal!
24 *Los dispersaré como tamo que pasa,*
llevado por el viento del desierto.
25 *Esta es tu suerte,*
la parte que te asigno
–oráculo de Yahvéh–,
porque me has olvidado
y has confiado en la mentira.
26 *Yo mismo levantaré tus faldas hasta taparte la cara,*
y se verá tu vergüenza,
27 *tus adulterios, tus relinchos,*
la ignominia de tu prostitución.
Sobre las colinas, en el campo,
he visto tus abominaciones.
¡Ay de ti, Jerusalén, que no te purificas!
¿Hasta cuándo aún?

Introducción

Nos hallamos ante un *collage* de textos sobre el tema de la soberbia, que reanuda la primera explicación ofrecida por Dios a las señales proféticas (cf. 13,9). En él se muestra cómo la catástrofe se va acercando poco a poco e inexorablemente y cómo destruye de raíz toda soberbia, hasta que sólo queda en la escena su contrario: la vergüenza (v. 26).

Inserto entre la narración del cinturón y esta perícopa encontramos, en los vs. 12-14, un breve *dicho sobre los borrachines* cargado de ironía. El axioma, aceptado también entre ellos –las jarras deben estar llenas de vino (v. 12)–, tiene como consecuencia la embriaguez (v. 13) y la fractura interna del pueblo (v. 14). De nuevo, como antes en el relato del cinturón, una experiencia de la vida cotidiana se convierte en imagen que ilustra lo que acontece en la relación entre Dios y el pueblo. La imagen de la copa embriagadora es un símbolo utilizado a mitad del libro de Jeremías (25,15-29) para describir, entre otras cosas, el juicio universal. Aquí, en el cap. 13, la copa sirve para subrayar, en particular, la irreflexión con que tales hombres avanzan hacia su propia ruina.

Comentario

Los dos primeros vs. (15s) introducen directamente el argumento principal: en vez de «ser altos», de ensalzarse a sí mismos (así literalmente, por «engreírse»; cf. también Sal 131,1) es preciso dar *gloria a Dios*. «Gloria» significa reconocerle como Dios, como Altísimo, como bueno y justo, y vivir de acuerdo con esta fe (Mal 2,2; Ap 14,7), especialmente diciendo la verdad (Jos 7,9; Jn 9,24). En los *Ejercicios* de san Ignacio todas las meditaciones se inician con una exhortación, para que todas y

cada una de las cosas de nuestra vida se ordenen al servicio y alabanza de Dios. También el lema de este santo: *Omnia ad maioren Dei gloriam* («Todo a la mayor gloria de Dios») subraya esta orientación, que lleva a la realización y a la felicidad de la vida humana.

Pero, en el texto de Jeremías, toda exhortación parece ya inútil. Con la luz que Dios transforma en *oscuridad* (elemento *a*: v. 16) se inicia ya el desastre. Se le describe mediante una serie de situaciones cada vez más graves (7 elementos, indicados con las letras de la *a* a la *g*). El día está hecho para el trabajo y para realizar el bien (Jn 9,4; 12,35), la oscuridad de la noche simboliza el mal y la condena (Am 8,9). Por consiguiente, la transformación de la luz en oscuridad puede interpretarse como un vuelco total de la situación que presenta Is 8,23s, donde se lee que en el niño que Dios da a la humanidad refulge una gran luz para los que están todavía en las tinieblas.

Como hemos subrayado ya varias veces, el anuncio del desastre se acompaña de una reacción de *luto* (el llanto del v. 17; cf. también 6,26; 7,29; 8,19.23; 9,16ss). La soberbia es incapaz de aprender, de ser humilde, de escuchar a los otros y de corregirse. Así, como segunda desventura, tras la oscuridad el pueblo es golpeado por la *deportación* a la tierra del exilio (elemento *b*; también v. 19). Al pueblo se le llama aquí (única vez en la Biblia) «rebaño de Yahvéh», con una terminología que recuerda «el rebaño de sus pastos» de Sal 74,1; 100, 3 etc.

Esta denominación crea un contraste: es ya un rebaño, pero está todavía empapado de sí mismo y no quiere dejarse guiar. Y aunque sea el rebaño de YHWH y le pertenezca, es deportado por la mano de otro pueblo. Lo que podría ser considerado título de honor se utiliza aquí a ciencia y conciencia para acentuar la perversión del pueblo.

En los años 609-587 se habían registrado en Jerusalén importantes *dimisiones* (elemento *c*: v. 18). Dado que se menciona también a la reina madre, cabe pensar que se trata de Yoyakín y de su madre (22,26; 2Re 24,8-17). El v. siguiente (v. 19) describe la ausencia de todo tipo de ayuda como consecuencia del asedio y del exilio. Con todo, este deterioro de la situación de muchas personas no fue total; es probable que afectara sólo a las clases dominantes y a las personas capaces de portar armas (Jer 52,16.28-30; 2Re 24s).

El v. 20 enlaza, mediante el término «rebaño», con el v. 17. La segunda persona femenina alude probablemente a la capital. Han desaparecido de entre su población las *ovejas preciosas*. También esta expresión es única en la Biblia (literalmente: «ovejas de tu ornato», cf. *supra*, v. 11). Puede entenderse que se refiere a las personas famosas, importantes, poderosas y respetables.

Jerusalén no encuentra respuesta a la pregunta del v. 20. Tampoco la obtienen las preguntas del v. 21. Viene a continuación, como cuarta desventura, el *dominio extranjero* (elemento *d*). Es particularmente duro, en estas circunstancias, el hecho de que ahora serán *jefes* (literalmente: «a la cabeza»; cf. Dt 28,13.44) precisamente aquellos en quienes Jerusalén había confiado y a los que había tratado como amigos. Cae sobre la ciudad un dolor terrible –descrito mediante la imagen de una parturienta– del que no tiene escape.

La pregunta del v. 22 va dirigida a sí mismos, no a terceros: «¿Por qué me suceden estas cosas?» Es la reacción perpleja de millones de personas cuando la desgracia o la pobreza se abaten sobre ellas. Se trata de un interrogante único en todo el AT y demuestra que la ciudad no alcanzaba realmente a comprender el porqué de su destino. Pero recibe de inmediato la respuesta y la explicación: es por su culpa. Y siguen nuevos desastres: es desnudada y *violada* (elemento *e*). Tal ha sido la suer-

te de muchas mujeres durante todas las guerras y conquistas, y lo sigue siendo en nuestros días.

En los vs. siguientes se alarga la lista de las culpas del pueblo que explican el porqué de su desventura. El v. 23 articula la pregunta mediante dos comparaciones muy incisivas y evidentes para poner en claro que el pueblo es *incapaz* de corregirse. Donde se han afianzado y consolidado las malas costumbres, donde la educación se orienta incluso al mal («habituados», literalmente: «instruidos» para el mal; cf. 9,4) ya no hay esperanza. Estos hombres no pueden cambiar.

La dispersión (elemento *f*) citada en el v. 24 deja entrever que la unidad del pueblo quedará mucho más quebrantada que lo que cabe deducir de la deportación a países extranjeros. El año 587 comienza un proceso que dispersará cada vez más a los fieles de YHWH por todo el mundo, hasta el día de hoy. Tras el v. 25, que denuncia la culpa con denominaciones ya conocidas («olvidar», como en 2,32; «confiar en palabras engañosas», como en 7,8), el v. 26 lleva a su culmen la larga serie de desastres. Prolongando la línea del v. 22, el séptimo y último elemento es el desnudo total y la *vergüenza pública* (elemento *g*): lo que se había iniciado con soberbia (v. 15), orgullo y arrogancia, es decir, con la ambición de una gloria personal, concluye en infamia pública y manifiesta.

Como el v. 25, también el 27 presenta como causa del desastre las motivaciones anteriormente mencionadas («adulterios» en 9,1; 5,8; «abominaciones» por el culto a los ídolos: 4,1; 7,30), en conexión directa con las imágenes sexuales del v. 26. Así, la *impureza* afecta a Jerusalén *hasta en lo más íntimo de su ser*. En correspondencia con las preguntas de los vs. 20-23, nuestro texto se cierra con una pregunta asimismo sin respuesta: «¿Hasta cuándo?»

Actualización

Pocos textos bíblicos describen con pinceladas tan exactas como éstas las míseras reacciones de los orgullosos frente a una desventura inminente. Se comienza por la falta de escucha (v. 17), se pasa a la falta de palabra, de ayuda, de consejo (vs. 20-22), y se concluye con la manifestación de la total incapacidad de corregirse (vs. 23.27). Paralelamente, nuestra perícopa expone, en movimiento ascendente, la transformación de la soberbia en vergüenza. Quien busca la gloria topará con la ignominia.

El lenguaje es vivo y abundan las expresiones únicas en el hebreo bíblico. Se nombra abiertamente la culpa y se presentan sus diversas motivaciones. Pero son también muchas las preguntas sin respuesta, y no sólo en el v. 27: ¿Por qué el rey Yoyakín, de apenas 18 años de edad (v. 18), tiene que pagar las culpas de su padre? ¿En virtud de qué justicia, con la caída de Jerusalén el desastre se abate también sobre los inocentes, sobre hombres y mujeres humildes y sumisos, que no sólo no fueron en nada responsables de la violencia, sino que la tuvieron que soportar (v. 22)? ¿Es verdad que quien tiene malas costumbres no puede ya cambiar (v. 23)?

Nuestro texto no puede ni pretende dar respuesta a todas las preguntas, pero estimula a nuevas reflexiones y señala una dirección: buscar la gloria de Dios en todo (v. 16) es la mejor protección contra la presunción y la soberbia. ¡Cuán hermoso es encontrar hombres verdaderamente humildes de corazón (Mt 11,29)! No se sitúan ni por encima ni contra los demás, de modo que a su alrededor florecen la paz y una auténtica comunión.

XII

EL DIOS *LEJANO* Y LAS ORACIONES NO ESCUCHADAS
"¿Tu alma está cansada de Sión?"
(Jer 14,17-22)

17 *Les dirás estas palabras:*
Vierten lágrimas mis ojos
noche y día no cesan,
porque por un gran quebranto está quebrantada
la virgen, hija de mi pueblo,
por un golpe del todo incurable.
18 *Si salgo al campo,*
allí están los muertos a espada;
si entro en la ciudad
ahí están los horrores del hambre.
Sí; incluso profetas y sacerdotes
vagan por el país sin comprender nada.
19 *¿Has rechazado del todo a Judá,*
o tu alma está cansada de Sión?
¿Por qué nos has herido
sin que tengamos cura?
Esperábamos la paz, pero no ha habido bien alguno;
el tiempo de la cura, y se presenta el terror.
20 *Reconocemos, Yahvéh, nuestra maldad,*

la iniquidad de nuestros padres,
pues hemos pecado contra ti.
21 *No nos desprecies a causa de tu nombre,*
no deshonres el trono de tu gloria.
¡Acuérdate! ¡No rompas tu alianza con nosotros!
22 *¿Hay entre los ídolos de las naciones quien haga llover,*
o pueden los cielos dar lluvias?
¿Acaso no eres tú, Yahvéh?
¡Dios nuestro, en ti esperamos,
pues tú haces todas estas cosas!

Introducción

Jer 14s es una colección de pequeños fragmentos que se inician con la sequía (14,1) y que, mediante el intercambio entre plegarias humanas y respuestas divinas, explican el hecho de que Dios dé muestras de no tener piedad. La segunda confesión (15,10-21) presenta su conclusión adecuada. La aridez de la tierra, reseca, agostada, agrietada, que ya no da ningún fruto, es, al mismo tiempo, símbolo de la comunidad, quebrantada en su interior y acosada por el hambre a consecuencia de la guerra (14,12ss).

La sequía y la guerra caracterizan la terrible situación de esta comunidad. El triple «no» divino (14,10: «no se complace en ellos»; 14,12: «no escucho su clamor»; 15,1: «no se volvería mi alma hacia este pueblo») aumenta aún más el sufrimiento, ampliándolo hasta la dimensión religiosa e interior. En el tiempo de la sequía (14,2-6), el pueblo había elevado una conmovedora plegaria de lamentación (vs. 7-9), en la que se comparaba a Dios con un extranjero (v. 8) que no tiene ningún lazo interior con el pueblo o con la tierra. Dios responde con dos negativas: frente al pueblo (v. 10) y frente al

profeta (vs. 11s), al que ahora se invita en el libro, por tercera vez (cf. 11,14), y con términos definitivos, a no interceder por el pueblo. Pero esto provoca la objeción (v. 13) de cómo poder conciliar esta actitud con el anuncio de salvación de algunos profetas. La respuesta divina (vs. 14-18) se articula en dos partes. En la primera se revela que las palabras de los profetas no enviados por Dios son mentiras (*falsas*, cf. 5,2) y nada tienen que ver con la situación real. Nuestro texto arranca en la segunda parte y va unido, en paralelo con los vs. 7-9, a una lamentación del pueblo que, una vez más, no es escuchada (15,1-4 o hasta 9).

Comentario

Frente a la argumentación del profeta, expresada en primera persona, la respuesta divina había revelado abiertamente su juicio (14,14) y preanunciado las consecuencias (vs. 15s). Ahora, en los vs. 17s, sigue lo que el profeta debe proclamar. Con palabras muy parecidas a 8,21.23, tiene que dar a conocer aquí (v. 17) su *incesante aflicción.* La primera persona del singular debe referirse probablemente al profeta, no a Dios. Sus gemidos, henchidos de lágrimas, contrastan con los mensajes de otros profetas, que siguen anunciando la paz (v. 18). «Noche y día» es una expresión que, fuera de este lugar, sólo figura en Dt 28,66 e Is 34,10, también en estos dos pasajes vinculada a un juicio; la circunstancia de poner en primer término la «noche» refuerza la nota oscura de la continua aflicción. Su motivo es que (literalmente) «con un quebranto grande ha sido quebrantada la virgen, la hija, mi pueblo». La oposición entre la delicadeza de los términos femeninos, únicos en esta composición, y el interesante juego de palabras que se crea con el verbo «quebrar» refleja en parte la imposibi-

lidad de comprender este y cualquier otro sufrimiento humano.

El v. 18 revela que *no existe ninguna salida*: por doquier, ya sea en la campiña o dentro de la ciudad, se topa con la muerte. Incluso las autoridades religiosas, que debían saber cómo prestar ayuda, están desorientadas. Ante tal situación, se alza desde el fondo del alma el canto de lamentación (vs. 19-22). Al no encontrar auxilio en ninguna parte, los hombres se vuelven a Dios. La serie de preguntas del v. 19 supone una *actitud negativa* de Dios frente a su pueblo. Es muy rara la expresión «estar cansado de», aquí utilizada para referirse al pueblo. Aparece cuatro veces en Lev 26 (vs. 11.30.43.44) y es traducida de diversas maneras: «hastío», «fastidio», «rechazo». Que Dios se haya alejado de Israel (cf. también v. 8) es el lamento que resuena en la pregunta del pueblo. Pero ¿no habían sido los hombres los primeros en alejarse de Dios (12,8)?

El final del v. 19 repite al pie de la letra Jer 8,15 e insiste en que se han visto defraudadas las expectativas de paz. *Shalom* significa en hebreo mucho más que lo que nosotros entendemos por paz: abarca también los conceptos de salvación, felicidad, bienestar. Jer 8,15 y 14,19 son expresión de la esperanza fallida de aquel tiempo, que se basaba en los anuncios de algunos profetas (14,13; 4,10 = 23,17). Jer 6,14 = 8,11 expresa bien el contraste, acentuado con el «todo va muy bien», literalmente: «¡Paz! ¡Paz!», entre el anuncio de tales profetas y la situación real (cf. también 9,7). Dios mismo dará la explicación de esta situación plagada de males: ha retirado su paz. ¿Hasta qué punto los seres humanos tienen confianza, también hoy día, en una imagen del mundo demasiado positiva e ilusoria –o incluso la cultivan– mientras se niegan a admitir las tinieblas y los aspectos negativos? El único modo de ser realistas y caminar así al encuentro de Dios es percibir con claridad tanto las

luces como las sombras, y aceptar abiertamente ambas cosas.

Esta comprensión del pueblo desemboca en *la confesión de haber pecado* (v. 20: «hemos pecado contra ti»; ya en el v. 7; también Dan 9,8; Esd 1,6). Los pecados de la comunidad no afectan tan sólo al momento actual sino que, con la referencia a los *padres*, abarcan también el pasado (compárese con Jer 3,25; Sal 106,6; etc.). Ante esta permanente inclinación de los hombres al pecado, la única solución que queda es abrirse a Dios.

También Dios debería sentirse interesado a causa de su «nombre», de su «trono», de su «alianza», mencionados en el v. 21. El hecho de que *él mismo se ve afectado* por la suerte de su pueblo debería moverle a no romper los lazos que le unen a él y a intervenir en su ayuda. Ya en el v. 7 se invocaba el nombre de Dios. Que Dios intervenga a causa de *su nombre* es un tema importante del libro de Ezequiel. «El trono (de la gloria)» puede referirse a Jerusalén (3,17) o al Templo (17,12). El pasaje más parecido a «no deshonres» es Dt 32,15; allí Israel «desprecia a la Roca» (= Dios). Aquí suplica no ser tratado del mismo modo. La petición de no romper la alianza podría estar relacionada con la promesa de Lev 26,44 (cf. también la vinculación con el v. 19: «cansarse, hastiarse de»). Se le recuerda a Dios la promesa que había hecho en el pasado; no debería devolver a Israel cuanto éste le ha hecho a él (11,10; también Dt 31,20).

La oración del pueblo finaliza con la *confesión del Dios incomparable* (v. 22). Es Él, y no los dioses, quien tiene el poder de enviar la lluvia y poner fin a la sequía (vs. 1ss). La expresión de confianza colectiva aparece (con una única excepción) sólo en Isaías (por ejemplo, Is 33,2) y se fundamenta en que YHWH es el creador del universo, tema ampliamente desarrollado en Jer 10,10-16.

Actualización

Oraciones no escuchadas. ¡Cuántas hay! Lo que viene a continuación revela que, al igual que en el pasado (15,1s; 14,7-12), también ahora *se rechaza el lamento* del pueblo. Ni tan siquiera la *intercesión conjunta* de los grandes personajes bíblicos Moisés (cf., por ejemplo, Éx 32,11ss.31ss) y Samuel (1Sam 7,9; 8,6; 12,23) será capaz de modificar la actitud divina. Compárase este pasaje con Sal 99,6, donde se añade el nombre de Aarón y se afirma que Dios escucha sus plegarias.

La experiencia de «oraciones no escuchadas» se repite miles de veces, también en nuestros días, y hace que sean muchas las personas que dudan del sentido mismo de la plegaria. Pero éste es sólo uno de los aspectos del problema, el punto de vista humano. El otro aspecto, a menudo no bien percibido, presenta múltiples facetas. Cuando los hombres han venido pecando durante un largo período de tiempo («nuestra maldad y la iniquidad de nuestros padres» = los antepasados, v. 20), quedan rotos los lazos frente al amor y a la comunión, son muy profundas las heridas y es, por tanto, imposible la curación inmediata. Además, a la plegaria humana se unen a menudo expectativas irreales: «el buen Dios» debe eliminar y transformar las situaciones desagradables y dolorosas, debe acudir en nuestra ayuda. Pero su Hijo tuvo que soportar inmensos dolores y nos ha enseñado una oración que pone en primer lugar no nuestras expectativas sino a Dios y su Reino (Lc 11,2-4). En Jer 14,19-22 nos enfrentamos al examen de la culpa, a la confesión del pecado y a la profesión de fe en Dios. Y, sin embargo, ¡cuántas veces estas oraciones son sólo una confesión de labios afuera, no confirmada por el correspondiente cambio de vida, por la determinación de orientarse totalmente a Dios! Así, ya en Os 6,4 se compara la oración que precede a la conversión (Os 6,1-3)

al rocío que presto se evapora; también en los relatos de las plagas el Faraón admite su culpa (Éx 9,27s; 10,16s) pero no modifica su conducta opresora.

Las oraciones «no escuchadas», como éstas de Jer 14s, son signos fuertes, aunque a veces dolorosos, de un Dios que se mantiene libre y que no se deja arrastrar al papel de agente encargado de satisfacer los deseos de los hombres. Pero son también, y sobre todo, un desafío a nuestras súplicas, para que se tornen cada vez más desinteresadas, es decir, que no tengan como meta última y exclusiva nuestros pequeños y privados objetivos, sino que se fijen con creciente intensidad en Dios mismo. Sólo aquí se abre aquel camino que, aunque sea más largo que lo que se pensaba, lleva, al final, a la plegaria escuchada (cf. *infra*, 31,23ss, especialmente los vs. 31.36s).

XIII

SUFRIMIENTO HUMANO
Y RESPUESTAS DIVINAS
"Eres para mí como torrente engañador"
(Jer 15,10-21)

10 *¡Ay de mí, madre mía, que me engendraste*
hombre de contienda y de discordia
para todo el mundo!
No presté ni me han prestado;
sin embargo, todos me maldicen.
11 *Sí, Yahvéh; es cierto que te serví obrando bien,*
es cierto que intercedí ante ti por mi enemigo
en tiempo de desgracia y en tiempo de angustia.
12 *¿Puede romperse el hierro,*
el hierro del norte y el bronce?
13 *Tu riqueza y tus tesoros*
entregaré al pillaje
en compensación por todos tus pecados
en todas tus fronteras.
14 *Te haré esclavo de tus enemigos*
en un país que no conoces,
pues fuego se ha encendido en mi ira,
que arderá sobre vosotros.
15 *Tú lo sabes, Yahvéh:*

acuérdate de mí y cuídame,
véngame de mis perseguidores.
No me dejes perecer a causa de tu paciencia,
sabes que por ti soporto ultrajes.
16 *Aparecían tus palabras y yo las devoraba;*
tu palabra era mi gozo
y la alegría de mi corazón,
pues sobre mí se invocaba tu nombre,
Yahvéh, Dios Sebaot.
17 *No me senté en compañía de gente alegre*
ni anduve de fiesta;
por mor de tu mano me sentaba yo solo,
porque me has llenado de tu furor.
18 *¿Por qué mi dolor ha de ser continuo,*
y mi llaga incurable,
que se resiste a ser sanada?
¡Ay! Eres para mí como torrente engañador,
como aguas en que no se puede confiar.
19 *Por eso así dice Yahvéh:*
Si te conviertes, te permito volver,
podrás estar en mi presencia;
si expresas lo precioso sin lo vil,
serás como mi propia boca.
Se volverán ellos a ti,
pero tú no debes volverte a ellos.
20 *Pues te pongo para este pueblo*
cual muro de bronce inquebrantable:
te combatirán,
pero no te podrán;
pues contigo estoy yo
para salvarte y librarte
–oráculo de Yahvéh–.
21 *Te libraré de la mano de los malvados,*
y te rescataré de la garra de los tiranos.

Introducción

Tras la primera confesión, de 11,18-12,16, nos hallamos aquí ante la segunda. Se cuenta, con la quinta y última (20,7ss), entre las lamentaciones más conmovedoras de todo el libro. Un «yo» se dirige a Dios y es, a su vez, interpelado con un «tú». Todo ello acontece sobre el telón de fondo de múltiples amenazas por parte de los enemigos (vs. 11.14ss) y de un grupo de opositores («ellos», v. 19). No resulta fácil identificar a estas personas; volveremos sobre este punto al final.

Esta segunda confesión se inserta en la estructura de los caps. 14s. Se alternan cuatro lamentaciones (14,1-9.17-22; 15,10.15-18) con cuatro respuestas divinas (14,10-16; 15,1-9.11-14.19-21). Las dos primeras respuestas presentan como causas de la catástrofe el hecho de que el pueblo ha sido engañado por profetas de salvación (14,13s) y que a Jeremías, que en su calidad de verdadero profeta habría podido interceder por ellos (en realidad así lo hizo, cf. 18,20) se lo había prohibido el mismo Dios (14,11; 15,1s). La segunda respuesta concluye con la imagen de la madre y de los hijos que ha dado a luz (vs. 8s).

Comentario

En directa conexión con todo ello, irrumpe, en el v. 10, *la lamentación de un hijo.* Se trata de un hombre que se ve envuelto, sin saber los motivos precisos («prestar»), en una discusión continua y dirige a su madre, como un niño desvalido, un reproche por haberle dado la existencia.

Las primeras palabras del v. 11 deben traducirse, de acuerdo con el original hebreo, por «dice Yahvéh». Las afirmaciones que siguen no son, pues, del profeta, sino

de Dios. En su sentido literal, el v. dice: «Ciertamente te libraré para el bien; ciertamente haré que te salga al encuentro el enemigo, en tiempo de desgracia y en tiempo de angustia». El encuentro con las fuerzas hostiles es inevitable. Los vs. 12ss prolongan este tema con las imágenes del hierro del Norte, del saqueo, del fuego de la ira divina. En contraste con la inocencia afirmada en el v. 10, Dios sostiene que *hay culpa*: menciona los pecados (v. 13) cometidos en el territorio; la respuesta es, en penitencia, el exilio a *tierra extranjera* (v. 14).

Pero, como si nada hubiera oído, la persona continúa su lamentación entreverada de múltiples súplicas. En la primera confesión, la paciencia divina había sido tal que ponía en duda su justicia (12,1-4); aquí, en el v. 15, la *clemencia divina* ha puesto en peligro una vida. El suplicante se dirige con ímpetu (por dos veces «saber») a Dios. Su sufrimiento es aún mayor por la ignominia que soporta a causa de Dios (cf. Sal 69,8 y la última bienaventuranza de Mt 5,11).

El v. 16 describe, mediante los términos «palabras» y «nombre», *el estrecho y gozoso vínculo* del orante con Dios. Literalmente, «(se) han encontrado tus palabras...» expresa el carácter inefable de la revelación: la palabra divina no se deja manipular o inventar, como intentan hacer los profetas de salvación. Pero el hombre que aquí se lamenta estaba abierto a esta «autoridad exterior», vivía de ella (Dt 8,3) y le llenaba, también en el terreno emotivo: se percibe que pertenece a Dios, que es su propiedad (como dice el texto en su tenor literal: «sobre mí se invocaba tu nombre», que debe compararse con 7,10s, referido al Templo).

Pero esta orientación a Dios tiene *consecuencias graves* (v. 17s). El profeta se ha vuelto solitario y amargado y acusa a Dios de ello («me has llenado»). Se siente como un enfermo incurable, para el que se desvanece hasta la última esperanza, el mismo Dios. Le compara

con un torrente de engaños. Esto desmiente la imagen que Dios había dado de sí en 2,13. Aquel manantial de aguas vivas se experimenta ahora como un *wadi* que se va secando poco a poco.

Esta acusación de infidelidad contra Dios provoca la respuesta divina (v. 19), que pone dos *condiciones*: convertirse y decir lo que es precioso. Sólo si las cumple podrá el suplicante seguir siendo intermediario de Dios. «Estar en mi presencia» responde exactamente, en hebreo, a la expresión «presentarse delante de mí» (también en 18,20). «Serás como mi propia boca» tiene su paralelo más cercano en Éx 4,16, donde Aarón pasa a ser el que habla en nombre de Moisés. Se trata, pues, de la confirmación de la proximidad y del servicio que están vinculados a las palabras verdaderas de los llamados y a su personal conversión. Sólo entonces los enviados de Dios adquieren estabilidad y pueden proporcionar orientación y apoyo también a los demás.

Los vs. 20s *confirman la misión* con frases ya conocidas (cf. 1,8.18s). La asistencia divina será una protección que le salvará frente a cualquier amenaza.

Actualización

¿Quién es el «yo» de los vs. 10.15-18? De ordinario se le identifica con el profeta, es decir, con Jeremías. Pero, ¿qué significan entonces «tus tesoros» del v. 13 y el «vosotros» inserto en el contexto de Jerusalén, madre de hijos, en el v. 14? Me inclino a ver en el «yo» de las lamentaciones una figura literaria en la que, tras la ruina de Jerusalén, se funden entre sí los destinos del profeta Jeremías y los del pueblo. En este «yo» encuentra expresión la voz de quienes todavía oran y esperan en YHWH. Sobre ellos recaen, tras la destrucción, las funciones proféticas (vs. 19s). Ellos llevan adelante la

labor jeremíaca de oponerse al olvido de Dios, a pesar de que también tienen lamentos y quejas que presentar a Dios y sufren por ello.

Las confesiones segunda y quinta encierran una rica experiencia de oración. Es lícito acercarse a Dios con lamentaciones, decirlo todo en su presencia. Pero hay límites, allí donde la dinámica de la lamentación hace olvidar la propia culpa (v. 13), o donde la queja lleva a acusaciones injustificadas (frente a la madre, v. 10) o se acusa a Dios de infidelidad y de violación del pacto (v. 18). Aquí las respuestas de Dios a los hombres les señalan sus limitaciones: también aquellos que le pertenecen deben convertirse si quieren seguir al servicio de Dios. Él no puede ahorrarles el hecho de que ponerse en camino con Dios y hacia Dios acarrea sufrimiento. Pero incluso entonces, su promesa se mantiene aún más firme –y para siempre– (vs. 20s).

XIV

EL FIN DE TODA COMUNIÓN
"No tomes mujer... porque he retirado
mi paz de este pueblo"
(Jer 16,1-13)

1 *La palabra de Yahvéh me fue dirigida en estos términos:* 2 *No tomes mujer ni tengas hijos e hijas en este lugar.*
3 *Pues así dice Yahvéh acerca de los hijos y de las hijas que nazcan en este lugar, acerca de las madres que los dan a luz y acerca de los padres que en este país los engendran:*
4 *Morirán de enfermedades angustiosas, no serán llorados ni enterrados, sino que servirán de estiércol sobre la superficie de la tierra. Perecerán a espada y de hambre, y sus cadáveres serán pasto de las aves del cielo y de las fieras de la tierra.*

5 *Además Yahvéh me dijo así: No entres en casa de duelo, no vayas a lamentarte ni a darles el pésame, porque he retirado mi paz de este pueblo –oráculo de Yahvéh–, la piedad y la clemencia,* 6 *de modo que morirán grandes y pequeños en este país. No serán enterrados ni llorados; nadie se hará incisiones ni se decalvará por ellos.* 7 *No se partirá el pan con el que está de luto, para consolarlo por un muerto, ni se le dará a beber la copa de la consolación por su padre o por su madre.*

8 No entres tampoco en casa de fiesta, para sentarte con
ellos a comer y beber. 9 Pues así dice Yahvéh Sebaot, Dios
de Israel: Mirad: voy a hacer desaparecer este lugar, ante
vuestros ojos y en vuestros días, el grito de gozo y el grito de
alegría, el canto del esposo y el canto de la esposa.
10 Cuando anuncies a este pueblo todas estas cosas, y te
digan: ¿Por qué ha decretado Yahvéh contra nosotros toda
esta gran desgracia? ¿Cuál es nuestra culpa y cuál el pecado
que hemos cometido contra Yahvéh?, 11 tú les responderás:
Porque vuestros padres me abandonaron –oráculo de
Yahvéh–, se fueron tras otros dioses, los sirvieron y los ado-
raron; a mí, en cambio, me abandonaron y no observaron
mi ley. 12 Pero vosotros habéis obrado peor que vuestros
padres; pues he aquí que cada uno de vosotros sigue la obs-
tinación de su corazón malvado, sin escucharme. 13 Por eso
os expulsaré de este país a un país que no conocéis ni voso-
tros ni vuestros padres, y allí serviréis a otros dioses día y
noche, pues no os concedo gracia.

Introducción

Jer 16 sigue delineando la imagen del profeta solitario ya esbozada en 15,17. Pero hay otros temas que relacionan entre sí estos dos capítulos: espada y hambre (15,2; 16,4), madre e hijos (15,8ss; 16,2s), la tierra desconocida (15,4; 16,13). Se da, de todas formas, un paso adelante respecto del capítulo anterior, en cuanto que queda rota toda comunión, incluso la que se manifiesta frente a la muerte a través de la solidaridad con quien está de luto y ante los deberes del sepelio.

Tras la fórmula introductoria (v. 1), siguen tres prohibiciones, dirigidas al profeta y acompañadas de su correspondiente explicación (vs. 2-4.5-7.8s). La segunda parte del capítulo se ocupa del problema de la culpa (v. 10). Aquí la mirada pasa dos veces de los pecados

(vs. 10-13.16-18) a la esperanza (vs. 14s.19-21). Esta composición indica que también el sufrimiento y lo que parece ser el punto final pueden ser el punto de partida hacia una nueva salvación.

Comentario

Frente al mandamiento divino, manifestado ya desde el inicio de la creación, de ser fecundos y multiplicarse (Gén 1,28), la orden impartida en el v. 2 parece escandalosa, va *en contra de las normas* de la sociedad. Por lo que hace al profeta, significa privarse de la más íntima de las comuniones humanas. Dios no le exige, para su servicio de la predicación, sólo sus palabras, sino su existencia entera. Privarse de mujer e hijos simboliza aquí *el destino de muerte* que se cierne sobre la joven generación «en este lugar» (vs. 3s). La muerte es tan general que no hay ni tan siquiera supervivientes para el luto y el sepelio (cf. 8,2; 25,33). Donde toda vida está destinada a perecer no tiene sentido engendrar hijos.

No es menos provocativa la segunda orden divina, que *prohíbe* al profeta *tomar parte en el luto* en los casos de muerte (v. 5). Era necesaria una profunda comunión en el pueblo, sobre todo en momentos de gran sufrimiento, como el fallecimiento de seres queridos, que es donde alcanzaba sus manifestaciones más destacadas (cf. los gestos de luto de los vs. 6s). Partir el pan y dar de beber eran cosas necesarias, porque la presencia de un muerto impurificaba todos los alimentos de la casa y, por consiguiente, los parientes en luto dependían, para poder comer, de la generosidad de los demás (Núm 19,15). Esta *solidaridad en el sufrimiento* ayudaba a las personas golpeadas por la desgracia a superar el dolor y la pérdida de los seres queridos. Pues bien, al profeta se le prohíben estas señales de compasión por dos razones:

debe demostrar así que Dios ha retirado su salvación («paz», cf. 14,19), su compasión por su pueblo, y que no habrá supervivientes que puedan llevar a cabo estos ritos fúnebres.

Se le prohíbe, en fin, al profeta, en el v. 8, frecuentar los lugares donde se celebran fiestas (sólo tres veces en el AT: aquí, en Eclo 7,2: «casa de banquete», y en Est 7,8: «sala del banquete»). No habrá tampoco *comunión en la alegría*, ni siquiera la del matrimonio (v. 9).

La ruptura final de toda comunión plantea el problema del porqué (v. 10). Hay dos preguntas que testifican que esta gente está convencida de su *propia inocencia* (en términos parecidos en 13,22). La respuesta divina (vs. 11s) demuestra, con lenguaje deuteronomístico muy parecido a Jer 7,24.26; 13,10 (cf. también Jue 2,12s.19), la culpa de los padres y la *culpa, aún mayor, de los hijos*, de la generación presente («vosotros»). En consecuencia, son expulsados «de este lugar» (estribillo en los vs. 2s.6.9) hacia un lugar desconocido (como ocurre tambien con el destino del rey Yoyakín en Jer 22,28). Se recuerda una vez más la conexión entre castigo («servir a otros dioses», cf. Dt 4,28) y pecado (v. 17). Otra de las razones, aparte de la culpa, reside en que Dios no tiene ya piedad para este pueblo (de manera parecida en el v. 5).

Actualización

Estas líneas describen, con pinceladas de gran precisión y lucidez, la desesperada situación de la humanidad. Están rotos todos los lazos de la comunión: los de las relaciones íntimas (la familia), los de los deberes sociales (sepelios), los de los sentimientos humanos (solidaridad con quienes están en luto), los que son expresión espontánea de gozo comunitario. La razón

última de este colapso radical se encuentra básicamente en Dios, que ha roto la comunión con este pueblo que va de mal en peor (vs. 11s). Sólo allí donde Dios, en su piedad, se vuelve a nosotros y permanece a nuestro lado hay continuidad de vida y de comunión.

La vida misma del profeta se convierte en mensaje (de manera parecida a la del profeta Oseas, aunque éste con mujer e hijos: Os 1-3). Para una sociedad corrompida y decadente, su figura es una admonición viviente, que recuerda que no hay futuro. El profeta debe, por orden divina, anticipar este destino. Hace así evidente que la familia, la alegría, la solidaridad en el sufrimiento y muchos otros valores están vinculados a la comunión vivida en la sociedad entera y a la conducta justa ante Dios. Donde estas cosas faltan, no hay futuro.

Esta página triste de la Biblia ofrece en los vs. 14s y 19-21 dos esbozos llenos de esperanza: la acción liberadora de Dios tiene poder suficiente para reconducir de nuevo a la patria, haciendo retornar del exilio en el país del Norte, aquí proclamado como castigo. Es justamente en el tiempo de la tribulación cuando mejor se advierte que Dios es el único y poderoso salvador.

XV

LA VERDADERA ADORACIÓN DE DIOS LLEVA A LA VIDA

"Bendito el hombre que confía en Yahvéh"
(Jer 17,1-10)

1 *El pecado de Judá está escrito*
con estilete de hierro;
con punta de diamante está grabado
en la tablilla de su corazón
y en los cuernos de sus altares.
2 *Como a sus hijos, así recuerdan sus altares*
y sus aserás, *junto al árbol frondoso*
sobre las altas colinas 3 *de los montes en el campo.*
Tu riqueza y todos tus tesoros
entregaré al pillaje,
en compensación por todos tus pecados
en todas tus fronteras.
4 *Tendrás que soltar tu mano de la* **herencia**
que te había dado,
y te haré esclavo de tus enemigos
en un país que no conoces;
pues fuego se encendió en mi ira
que arderá eternamente.
5 *Así dice Yahvéh:*

Maldito el hombre que confía en el hombre,
que hace de la carne su apoyo
y aparta de Yahvéh su corazón.
6 *Es como tamarisco en la estepa,*
que no ve que llegue el bien;
pues mora en los pedregales del desierto,
en una tierra salitrosa e inhabitable.
7 *Bendito el hombre que confía en Yahvéh,*
y es Yahvéh su confianza.
8 *Es como árbol plantado junto al agua,*
que tiende a la corriente sus raíces;
no teme que llegue el calor,
pues su follaje es frondoso;
en año de sequía no se inquieta,
no deja de producir fruto.
9 *Tramposo es más que todo el corazón*
y está deshauciado;
¿quién podrá conocerlo?
10 *Yo, Yahvéh, escruto el corazón,*
sondeo las entrañas,
para dar a cada uno según su conducta,
según el fruto de sus obras.

Introducción

Jer 17 se compone de varias unidades que abordan el tema de la adoración de Dios. Las cuatro primeras (vs. 1-10) tienen como centro de reflexión el corazón humano entendido como sede de la orientación global del hombre. Los vs. 1-4 y 9s sirven de marco a la contraposición sapiencial de dos conductas humanas fundamentales y contrapuestas (vs. 5s.7s). Siguen dos ejemplificaciones: acumular riqueza y *abandonar* a Dios (vs. 11-13) conducen a la ruina, recurrir a Dios y refugiarse en él (vs. 14-18, tercera confesión) hace que el

orante se mantenga firme contra el ataque de los enemigos. Un fragmento sobre la observancia del sábado (vs. 19-29) ofrece la adecuada conclusión al capítulo: el séptimo día, liberado de todo trabajo, es condición para conservar la propia libertad (vs. 25s); pero si se le destina al comercio («transportar cargas») y a los beneficios se desarrolla una dinámica autodestructora («fuego», v. 27; también v.4).

Comentario

Con un inicio duro, el v. 1 describe la *depravación*, que se diría irreversible, de los hombres de Judá. No sólo en la superficie, sino de modo indeleble y profundo, están enraizadas en el corazón, en la intimidad del hombre, las conductas extraviadas y el rechazo de Dios. *Peor aún: este carácter irreversible está vinculado al servicio de Dios* (los «cuernos de sus altares», cf. Éx 27,2; 29,12, etc.). Hasta el culto oficial está inficionado.

El v. 2 continúa el tema. Literalmente reza: «como recordar a sus hijos, [así ellos recuerdan] sus altares y sus aserás [=lugares altos y sacros]...». Los diversos objetos y lugares mencionados (hasta el inicio del v. 3) se refieren al culto a los ídolos que se ha apoderado de todo el país y ejerce una influencia emotiva tan acentuada que se la compara con la relación que se tiene con los propios hijos. La adoración de estas falsas divinidades se ha convertido en parte del propio ser.

Los vs. 3s ofrecen una mayor amplitud que la del lugar paralelo 15,13s, ya que añaden el tema de la pérdida de la herencia y el «vosotros» [según la lectura de algunas variantes] como sujetos que han encendido el fuego que arderá «eternamente». Manifiestan, pues, una intensificación de las alocuciones y las amonestaciones. Suponer que la conducta errada de los vs. 1s no tendría

consecuencias significaría estar ciegos. Estos corazones, en los que están grabadas con estilete la injusticia y la violencia, pierden sus «ídolos» y sus «riquezas», encarnadas en el poder, la reputación y el provecho.

La oposición entre maldición y bendición *quiere impulsar a tomar una decisión radical en favor de la vida* y contra la muerte (cf. también Dt 28,2ss.15ss; 30,19). Prolongando el versículo anterior, los vs. 5s siguen insistiendo en la conducta extraviada. «Hacer de la carne su apoyo» (literalmente «brazo» por «carne») es también la acusación que el rey Ezequías dirige a Senaquerib (2Cró 32,8) y caracteriza a *las personas que confían en sus propias fuerzas*, ya sea en el trabajo, las riquezas, la belleza o cualquier otra cosa. Este querer apoyarse en sí mismos «aparta» (también el v. 13) el corazón del Señor, fuente de agua viva (de nuevo en el v. 13, después de 2,13). La comparación del v. 6 desarrolla esta falta de agua que da la vida con el tema repetido del desierto/aridez. Confiar en sí mismos equivale a entablar un combate duro y desesperado por la subsistencia.

En pleno contraste con lo anterior (vs. 7s), quienes confían en el Señor están permanentemente *unidos a él* (la imagen del agua) y dan frutos. Ni el calor ni la sequía pueden dañarles. La comparación con el árbol plantado junto al agua sirve de introducción al Salterio (Sal 1,3), donde se la utiliza para referirse el fiel observante de la toráh, mientras que aquí alude a quienes ya sea en el momento presente (v. 7a) o en virtud de su disposición fundamental (v. 7b) ponen su esperanza y su seguridad en Dios. Sólo Dios permanece eternamente. Quien confía en él no quedará defraudado.

El v. 9 vuelve sobre *la visión pesimista* del corazón humano del v. 1 y la generaliza (compárese este pasaje con Jn 6,5 y Mc 7,21ss). Se da, al mismo tiempo, una segunda razón que explica por qué es falaz depositar la confianza en los hombres (v. 5): ningún hombre puede

saber con certeza lo que ocurre en el corazón de los otros. Se reflejan en este versículo las numerosas expectativas fallidas, las innumerables esperanzas vanas que abrigan los hombres. Ni nosotros mismos podemos garantizar que nuestra actitud respecto de otros será siempre la misma. Es también ilusionante pensar que somos buenos. Tras las apariencias pueden ocultarse la agresividad, la búsqueda de comodidad o el egoísmo. Normalmente nosotros no lo advertimos, pero quienes viven a nuestro lado sufren por estas cosas.

Pero si no tenemos acceso a lo más íntimo de nosotros mismos, al corazón, Dios va (así se señala en el v. 10), «escrutando el corazón, examinando los riñones» (de modo parecido en 11,20; 20,12). *El conocimiento interior que tiene de nosotros* es condición para una justa retribución (el v. 10b se repite en la oración de alabanza de Jeremías tras la compra de un campo, en 32,19). Dios no juzga únicamente por las apariencias, aquí señaladas con los frutos (v. 8).

Actualización

La verdadera adoración de Dios consiste en esto: en orientar a él la vida toda. Quien se entrega a él radicalmente vive la experiencia de estar incesantemente alimentado por una fuerza divina que lo empuja a llevar a cabo obras buenas, una fuerza que no disminuye ante las dificultades. Esta orientación primaria y fundamental a Dios no se opone a la confianza, necesaria, que debemos depositar en otras personas en nuestra vida cotidiana: confiar en Dios no significa desconfiar de los hombres. Significa dar la prioridad a Dios y ser conscientes de las limitaciones de la confianza humana. Sólo a Dios le compete la confianza suma y total y, por tanto, la adoración. Observar el descanso del séptimo

día (al final de Jer 17) es una expresión concreta y específica de nuestra adoración y nuestra confianza. El primado no recae sobre nuestras obras.

Las afirmaciones de los vs. 1 y 9 son un reto a nuestro habitual modo de entender la comunidad humana. No habla aquí el eufemístico y apaciguante optimismo de una próspera sociedad occidental. De estos versículos emerge la amarga experiencia de la fundamental, profunda y permanente inclinación de los hombres al mal. Esta desagradable verdad resulta intolerable para quienes confían sólo en sí mismos. Pero es tolerable para quienes depositan su confianza en Dios. Para ellos, este conocimiento significa el inicio de una nueva vida. Se mantendrán atentos, cautos y vigilantes frente a todo cuanto pueda apartarlos de Dios.

XVI

YHWH EL ALFARERO
"Volvió a hacer con ella otra vasija"
(Jer 18,1-10.18-23)

1 *Palabra que le fue dirigida a Jeremías de parte de*
Yahvéh: 2 Levántate y baja a casa del alfarero, y allí te
haré oír mis palabras. 3 Bajé, pues, a la casa del alfarero, el
cual estaba realizando un trabajo con las dos ruedas.
4 Pero la vasija que estaba haciendo con la arcilla se estro-
peó en las manos del alfarero, y entonces volvió a hacer con
ella otra vasija, como le pareció mejor al alfarero.
5 Entonces Yahvéh me dirigió estas palabras: 6 ¿No
puedo hacer yo con vosotros como este alfarero, casa de
Israel? –oráculo de Yahvéh–. Mirad: como la arcilla en
mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, casa de
Israel. 7 Unas veces determino, con respecto a una nación o
un reino, arrancar, arrasar y destruir; 8 pero si esta nación
contra la cual yo había hablado se convierte de su maldad,
entonces me arrepiento del mal que había planeado hacer-
le. 9 Otras veces determino, con respecto a una nación o a
un reino, edificar y plantar; 10 pero si hace lo que es malo
a mis ojos, no escuchando mi voz, entonces me arrepiento
del bien que había decretado hacerle.

18 *Entonces dijeron ellos:*
¡Ea! Tracemos planes contra Jeremías,
pues no perecerá la ley por falta de sacerdotes,
ni el consejo por falta de sabios,
ni la palabra por falta de profetas.
¡Ea! Rebatámosle por su propia lengua,
y prestemos atención a todas sus palabras.
19 *Atiéndeme, Yahvéh,*
escucha el acento de mi queja.
20 *¿Se devuelve mal por bien,*
y por eso cavaron una fosa para mi?
Recuerda cómo estuve ante ti
intercediendo por ellos,
para apartar de ellos tu furor.
21 *Por eso, entrega sus hijos al hambre,*
y vuélcalos en manos de la espada.
¡Sean sus mujeres privadas de hijos y viudas!
¡Sean sus maridos muertos por la peste!
¡Sean sus jóvenes heridos por la espada en la batalla!
22 *¡Que se oiga un clamor desde sus casas*
cuando les traigas bandidos de repente!
Pues cavaron una fosa para cazarme
y escondieron lazos para mis pies.
23 *Yahvéh, tú bien conoces*
todo su plan contra mí para matarme.
No perdones su iniquidad,
no borres de tu presencia su pecado.
¡Sean derribados ante ti!
Al tiempo de tu ira actúa contra ellos.

Introducción

Al igual que en el cap. 13, también aquí se toma como punto de partida para el mensaje divino una experiencia de la vida cotidiana. Un alfarero se convier-

te en metáfora de Dios, su modo de actuar pasa a ser símbolo del comportamiento divino respecto de Israel (vs. 5s) y de los restantes pueblos (vs. 7.9). Un aspecto particular de estos versículos es que incluso los fallos («se estropeó») forman parte de la metáfora y son un elemento esencial del contenido del mensaje.

El cap. 18 se inicia con una orden divina (vs. 1s) y su cumplimiento (vs. 3s). Tres sentencias, directamente salidas de la boca de Dios, ofrecen la interpretación. La primera de ellas (vs. 5s) considera el dato de que la arcilla depende del alfarero, las otras dos (vs. 7s.9s) el tema de la transformación.

Comentario

La fórmula introductoria (v. 1) relaciona este pasaje con Jer 7 y 11: también aquí el anuncio del mensaje divino estaba vinculado a lugares de Jerusalén (la puerta del Templo en 7,2; las calles de la capital en 11,6). Se ataca la *confianza equivocada* (erróneamente depositada en el Templo y la alianza). Jer 18 se atiene a esta línea: no se puede apelar a las promesas de Dios como garantía de nuestra conducta cuando ésta no es correcta.

Los v. 2s describen el mandato divino y su obediente ejecución. Los talleres de los alfareros se encontraban en la periferia sur de Jerusalén, en el valle de Ben-Hinnom (cf. 7,13s y 19,11ss). Entre las muchas cosas que pueden verse en estos talleres, el v. 4 destaca una: la *nueva forma* dada a una vasija que había salido mal. La acción del alfarero está guiada por un plan (una «vasija», como objeto útil y bello) y por sus criterios de belleza y utilidad («como le pareció mejor al alfarero»). La arcilla es un elemento enteramente a disposición de la mano y de los proyectos del artífice.

Dios mismo (v. 5) interpreta este episodio como imagen de sí y de su modo de actuar (v. 6). Es audaz la comparación con un alfarero, que vive, además, en las afueras de la ciudad; pero Dios no considera deshonroso comparar su acción creadora con un trabajo manual. El singular (en hebreo figura dos veces la palabra «mano») subraya la facilidad con que el alfarero trabaja y su total dominio sobre la arcilla. La comunidad («casa de Israel») es, al igual que todo hombre (ya desde el primero, en Gén 2,7), *objeto* de la *actividad creadora de Dios,* que plasma y proyecta. Esta dependencia y docilidad frente a Dios no son del agrado de quienes buscan ante todo su autonomía (cf. Is 45,9). Pero ésta es la realidad. ¿Conseguimos aceptar esta soberanía de Dios sobre nosotros?

Los v. 7 y 9 hablan de *planes* opuestos *de Dios* también en lo que concierne a otras comunidades. La lista de los verbos es característica de Jeremías. Tres de ellos se encuentran ya en 12,14-17 (v. 16 «serán establecidos» = «serán edificados»; en el v. 17 «aniquilar», expresado con la misma raíz que aquí, en 18,7, significa «destruir»), donde también se habla de un cambio en la conducta del pueblo y en las intenciones de Dios. Las acciones de destruir y edificar, cada una de ellas descrita con dos verbos, presentan diferentes significados: tienen sentido positivo en 24,6, donde se modifica el destino de los desterrados (mediante la imagen de los higos buenos) y, de manera parecida, en 42,10, a condición de permanecer en el país; aparecen con sentido negativo en 45,4, donde se dice que, en una época de devastación general, no es oportuna la lamentación de Baruc. Se encuentran listas aún más largas de verbos en 1,10 y 31,28 (cf. los lugares respectivos).

Pero estos proyectos divinos no son inmodificables (vs. 8.10). Hasta ahora estaban *ligados al comportamiento* de estos pueblos y a ello se atendrá Dios también en

el futuro. Así, en el v. 8 se deja abierta una posibilidad, a pesar de que ya está preparada y decidida la catástrofe. La conversión de la comunidad hace que Dios se arrepienta (igual en 26,3; Jl 2,13s; Job 3,10; de manera parecida en Jer 42,10). El ofrecimiento de la posibilidad de conversión fue un tema muy debatido en la época postexílica (por ejemplo, Ez 18; 33,12-16). Este mensaje de esperanza es válido siempre y en cualquier parte del mundo, para todo el que quiera arrepentirse.

Pero, por el lado contrario, un proyecto divino no debe convertirse en ocasión de *falsa seguridad* (v. 10): un cambio de conducta humana para peor puede llevar a la revocación del proyecto. La formulación precisa de la transgresión «no escuchar (mi) voz» es –a pesar de su proximidad a la expresión deuteronomística– muy rara y se la encuentra solamente en 42,13 y en la oración de Daniel (Dan 9,11).

Actualización

Jer 19 está estrechamente vinculado al cap. 18 en virtud de las acciones simbólicas llevadas a cabo con los instrumentos y la materia empleados por el alfarero. Pero mientras que 18,1-10 habla de un proceso en curso, en el cap. 19 se trata de un producto acabado, que ya no puede ser transformado, por lo que se rompe el botijo (imagen del pueblo que no ha dado la medida, 19,1.10).

En esta dirección avanza la continuación de Jer 18. No se acepta la amonestación a la conversión de los vs. 1-10 (en 13,23 hay una buena comparación para describir la incapacidad de convertirse); se rechaza, tachándola de inútil, la exhortación del v. 11 (v. 12; compárese 2,25 con 7,24). La respuesta divina en los vs. 13-17 es una reflexión sobre la incomprensible apostasía (v. 15:

«olvidar» el culto a los ídolos). La cuarta confesión del profeta (vs. 18-23) indica que el reciente ataque ha colmado la medida (v. 18). Jeremías ya no ora por ellos, sino contra ellos.

La *cuarta confesión* (18,18-23) sirve de transición entre el cap. 18 y el 19 y sus respectivas acciones simbólicas. Se inserta también en el movimiento de las confesiones que indica cómo los ataques contra Jeremías son cada vez más encarnizados. Aparte los elementos que esta cuarta confesión comparte con las restantes (por ejemplo, «trazar juntos», «urdir tramas» v. 18 y 11,19; los castigos sobre sus hijos, v. 21 y 11,22; «YHWH tú bien conoces», v. 23 y 15,15) surgen con fuerza algunos elementos específicos. Figuran entre ellos (v. 18) la *confianza* de los jefes (sacerdotes, sabios, profetas) en sus propias fuerzas. Los enemigos de Jeremías se fían de cosas humanas que tienen, sin embargo, su origen en Dios (ley, consejo, oráculo). Pero así, se apoyan, sin advertirlo, en falsas seguridades humanas. El v. 20 subraya, mejor que ningún otro pasaje, la total *inocencia* de aquel que sufre y se lamenta frente a sus perseguidores. Las dos primeras frases tienen parecido con Sal 35,7.12; el orante da pruebas de la rectitud de sus intenciones («bien») y lo confirma en la segunda parte del v. recordando sus anteriores intercesiones. La oposición entre sus buenas intenciones y las acciones de sus enemigos («devolver mal», «cavar una fosa») desemboca en una larga apelación a Dios (vs. 21-23). Si es justo, debe hacer de estos hombres malvados una nueva vasija. Y lo hará (Jer 19).

A pesar de su amonestación a guardarse de falsas seguridades, 18,1-10 es un pasaje positivo. El ejemplo elegido de entre la multitud de cosas observadas, la decisión de remodelar la vasija, y su interpretación, describen la reparación de un fracaso. La intención no es fabricar vasijas defectuosas, ni producir fragmentos

incompletos, sino vasos enteros, aptos para ser utilizados de acuerdo con el propósito del fabricante. Los proyectos divinos, de ayer y de hoy, se enderezan al bien y, como el alfarero, Dios prueba una y otra vez. Rom 9,21-26 volverá sobre esta imagen del Dios-alfarero, uniéndola a Os 2, para afirmar que ha modificado, de maravillosa manera, su proyecto original y llama ahora a la fe también a los paganos. Es un Dios grande, que jamás nos abandona y que busca incesantemente nuestra salvación.

XVII

LA PLEGARIA COMO LUCHA CON DIOS
"Tú me sedujiste, Yahvéh"
(Jer 20,7-18)

7 *Tú me sedujiste, Yahvéh, y yo me dejé seducir.*
Fuiste más fuerte que yo y contra mí prevaleciste.
Sirvo de irrisión todo el día;
todos ellos se burlan de mí.
8 *Siempre que hablo, tengo que gritar:*
¡Violencia y opresión! Esto es lo que proclamo.
La palabra de Yahvéh me resulta
oprobio y escarnio todo el día.
9 *Pensé: No me acordaré más de él,*
no hablaré más en su nombre.
Pero había en mi corazón como un fuego abrasador,
encerrado en mis huesos;
me esforzaba en contenerlo,
pero no podía.
10 *Yo oía el cuchicheo de la gente:*
¡Terror en derredor!
¡Denunciadlo! ¡Denunciémoslo!
Todos mis amigos
están espiando un desliz mío:
A ver si se deja de seducir: prevaleceremos contra él

y tomaremos de él nuestra venganza.
11 *Pero Yahvéh está conmigo como guerrero potente,*
por eso mis perseguidores tropezarán y nada podrán;
están totalmente avergonzados porque nada consiguen:
ignominia eterna que no podrá olvidarse.
12 *Yahvéh Sebaot, que pruebas al justo,*
que ves el corazón y las entrañas:
¡Vea yo tu venganza de ellos,
pues a ti encomiendo mi causa!
13 *Cantad a Yahvéh,*
alabad a Yahvéh,
porque libró la vida del pobre
de la mano de los malvados.
14 *¡Maldito el día en que nací!*
¡El día en que me alumbró mi madre no sea bendito!
15 *¡Maldito el hombre que anunció a mi padre:*
Te ha nacido un hijo varón,
llenándole de gozo!
16 *Sea este hombre como las ciudades*
que subvirtió Yahvéh sin compasión;
oiga un grito por la mañana,
un alarido al mediodía,
17 *porque no me hizo morir en el seno,*
y mi madre hubiera sido mi sepulcro
y yo en su seno su eterna preñez.
18 *¿Por qué salí del seno,*
para ver dolor y pena
y para que mis días se vayan consumiendo en la vergüenza?

Introducción

Nos hallamos ante una de las cumbres de todo el libro de Jeremías. Los caps. 11-20 avanzan *in crescendo* hacia este texto y en él encuentran su culminación. Es

la última y la más intensa de las «confesiones», que mezcla, en la figura del doliente, el destino de Jeremías, de la ciudad y de los fieles (cf. *supra,* pág. 67). Tiene su razón de ser la presencia aquí de esta extraordinaria y fuerte connotación emotiva: es la consecuencia de la creciente amenaza contra la vida del profeta (11,11.21; 15,10; 17,15; 18,18.23), que desemboca inmediatamente en su captura y reclusión a mano de Pashjur (20,1-6). Con este episodio, que marca el fin de la primera parte del libro (1-25), los sufrimientos de Jeremías alcanzan su punto extremo.

Esta quinta confesión es una amalgama de lamentaciones, de cantos de confianza y de gritos de desesperación. La alternancia de sufrimiento, confianza y desesperación refleja el desgarro interior que han provocado en el profeta los ataques de los enemigos contra su vida. La lamentación de los vs. 7-10 revela estrechas conexiones con Jer 6; en su parte central, henchida de esperanza (vs. 11-13 y ya en el v. 10), hay una conexión con el libro primero de los Salmos; en la parte final (vs. 14-18), con Job 3. Al parecer, estas expresiones han sido sacadas, al menos en lo que respecta a los vs. 7-13, de otros textos y trasladadas aquí a propósito, de modo que debe considerarse esta sección como una composición. La exposición termina, de acuerdo con el lugar que ocupa en el libro, con un grito desconsolado sobre el destino que se ha abatido sobre el profeta.

Comentario

Un *duro reproche* contra Dios («seducir», en el v. 7, es la misma palabra que utiliza Os 2,16), sirve de punto de arranque para la oración. El hombre que aquí habla se siente engañado por Dios y reducido a una situación que no hace sino procurarle continuamente (en el

hebreo figura por dos veces la raíz *kol* = «todo») la irrisión. Admite que también él tiene parte de culpa («me dejé seducir»), pero la responsabilidad principal recae sobre Dios, porque de él parte la iniciativa y es más poderoso.

Los vs. 8s se refieren a la predicación («hablar», «palabra», cf. 15,16) y describen *una alternativa sin vía de escape*: si habla en nombre de Dios, esto le acarrea, por parte de los demás, escarnio y dolor (v. 8). Si no habla, la palabra le quema por dentro, lo que es a su vez fuente de sufrimiento interior (v. 9). Por tanto, quien ha recibido el encargo de anunciar la palabra divina está inevitablemente destinado a padecer.

La acusación «¡Violencia y opresión!» toma el hilo de 6,7. La palabra divina, que pone al descubierto las ilusiones y las falsedades, ha comportado siempre y sigue comportando el rechazo de quienes la anuncian (comenzando por Amós y terminando en Jesús y Pablo). Sería iluso creer que hoy las cosas pueden ser de otra manera. Es vano empeño pretender encerrar dentro de sí (6,11 y 20,9 son literalmente iguales: «me esforzaba en contenerlo») lo que Dios ha comunicado. No es posible detener la fuerza propulsiva de la comunicación divina ni retenerla en el interior. Aquel a quien Dios se manifiesta no puede permanecer callado.

La lamentación concluye en el v. 10 con el ataque de los *enemigos*, al que se unen ahora hasta los mismos *amigos* (!). Aquí las palabras clave «seducir» y «prevalecer» forman la inclusión con el v. 7. Se concreta así, en los golpes asestados por los enemigos/amigos, lo que el profeta doliente había recriminado a Dios. El inicio de la citación de los enemigos, «terror en derredor», retoma 20,3 (y 6,25) y es, junto con su introducción, idéntico a Sal 31,14. La continuación y la segunda citación describen un ahondamiento de la hostilidad, sin que se mencione motivo ninguno de «venganza» (cf. también

18,20: Jeremías había intercedido en favor de quienes le atacan). La víctima de estas insidias es inocente.

Por tanto, en el v. 11, el estado de ánimo del orante puede tornarse de improviso, como en algunos salmos de lamentación (por ejemplo, Sal 6; 13; 22), en confianza. La *mirada* se dirige a Dios y a su poder (experimentado también en el propio interior: v. 7), contra el que nada pueden hacer los enemigos: tropezarán (así también Sal 27,2 *et passim*); sus planes («prevalecer», tomado del v. 10, aquí con una negación) no consiguen nada y sólo les procuran una vergüenza aún mayor (también Sal 35,26) que la que experimentó al principio el suplicante. Durará eternamente (literalmente: «nunca será olvidada»; así también en 23,40 aplicado a los falsos profetas).

En el v. 12 se mantiene este *tono confiado.* La mirada de Dios (en la segunda parte, en hebreo: «ves los riñones y el corazón») reaparece con una fórmula parecida en 17,10 y en Sal 10,5; la segunda mitad del versículo es idéntica a 11,20. Aquí la «venganza» (v. 10) debe recaer sobre los enemigos. La exhortación a alabar a Dios dirigida a un grupo (del v. 13: el verbo está en plural) es la adecuada conclusión del canto de confianza que pide a Dios que salve al pobre de las manos de los malvados (de modo parecido 15,21; Sal 35,10).

Pero una vez más, y de improviso, como en los vs. 10s, vuelve a cambiar, en v. 14, el estado de ánimo (ya de forma similar en 18,20s). Es abismal el dolor que prorrumpe en las maldiciones desatadas contra el día del nacimiento (15,10: Job 3,3s) y contra el hombre que había llevado al padre la alegre noticia (v. 15). La persona que aquí habla muestra tener escrúpulos para pronunciar una maldición explícita sobre sus progenitores (Éx 21,17 lo condena con la pena capital), pero está tan totalmente *descontento* de su vida y de todos los sufrimientos que ha tenido que arrostrar que llega a

invocar –de *manera absolutamente injustificada*– contra una persona inocente (que se había limitado a anunciar su nacimiento) la misma destrucción que se abatió sobre Sodoma y Gomorra (Gén 19,25; Dt 29,22). La exasperación y el dolor empujan a muchos hombres a ser injustos o a refugiarse en *deseos irreales* (v. 17): aquí el profeta habría preferido no haber nacido (Job 3,11). De ahí que sea justa y lógica la pregunta que el v. 18 se plantea sobre el sentido de una vida que acaba en la pena, la aflicción y la ignominia. Como acontece a menudo en la vida, tampoco aquí hay respuesta inmediata para esta desesperación. Sólo más tarde conseguirá llegar hasta el corazón de estas personas tan duramente golpeadas y afligidas un rayo de esperanza.

Actualización

Esta última confesión presenta a una persona inmersa en un mar de dolor. Un dolor que lo inunda todo: su relación con Dios (v. 7) y con su Palabra (v. 8), con las otras personas (v. 10) y hasta consigo mismo (v. 9). Es imposible escapar al sufrimiento. El doliente encuentra desahogo en las acusaciones, las lamentaciones, las confesiones de confianza, las maldiciones y las fantasías irreales; pero también en la plegaria que dirige directamente a Dios (vs. 7.12). Es posible exponer ante Dios el dolor personal, las preguntas personales sobre situaciones absurdas. También este lenguaje tan desgarrado que llega a parecer disparatado y «sin lógica» llega hasta aquel que «escucha la oración» (Sal 65,3). Es señal de gran confianza que consigamos presentar nuestras emociones y nuestra inseguridad ante aquel a quien se las echamos en cara.

Así vista, esta última confesión es la expresión de una lucha dramática. Está de un lado el que habla, con

sus «experiencias» (y concepciones) de Dios. Del otro lado se encuentra, como interlocutor de la oración, el Dios verdadero y viviente, a quien se dirige el suplicante, lamentándose pero a la vez confiado, aunque íntimamente hundido en la desesperación. Enumerar en presencia de Dios las esperanzas fallidas, el dolor sin consuelo, los deseos y los pensamientos que atraviesan el corazon puede ir disolviendo lentamente las falsas imágenes de Dios y de los ídolos que nos hemos construido: que Dios atiende siempre nuestros deseos; que hace que todo avance como hasta ahora; que nuestra vida se cumple sin sufrimiento; que trabajar por Dios aporta fama y aplauso; que estamos en un camino de éxitos cada vez mayores.

En la confesión sincera de nuestra pobreza y de nuestros deseos más profundos sostiene el Dios vivo y verdadero nuestra fe. Se convierte en el compañero de nuestro «mejor yo», que busca la realidad y el verdadero encuentro con Dios luchando contra los ídolos de nuestras ilusiones, que distorsionan su imagen. Dios camina con nosotros también en el sufrimiento y en las discordias (1,19) y nos invita a encuentros siempre nuevos con él.

XVIII

EL VERDADERO PASTOR
"Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas"
(Jer 23,1-8)

1 *¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan el rebaño*
de mi pastizal! –Oráculo de Yahvéh–. 2 *Por eso, así dice*
Yahvéh, Dios de Israel, acerca de los pastores que apacien-
tan a mi pueblo: Vosotros habéis dispersado mis ovejas, las
habéis descarriado y no habéis cuidado de ellas. Mirad:
voy a castigar en vosotros la maldad de vuestras obras
–oráculo de Yaahvéh–. 3 *Yo mismo, sin embargo, reuniré*
el resto de mis ovejas de todos los países adonde las he
expulsado, las volveré a su pradera; y así serán fecundas y
se multiplicarán. 4 *Y pondré al frente de ellas pastores que*
las apacentarán de tal modo que no temerán más ni se
asustarán ni se perderá ninguna –oráculo de Yahvéh–.
5 *Mirad que vienen días*
–oráculo de Yahvéh–,
en que suscitaré a David un germen justo
que reinará como rey y obrará con prudencia,
y practicará el derecho y la justicia en el país.
6 *En sus días se salvará Judá,*
e Israel morará seguro.
Éste es el nombre con que lo llamarán:

Yahvéh, nuestra justicia.

7 Por eso, mirad que vienen días –oráculo de Yahvéh–,
en que no se dirá más: ¡Por vida de Yahvéh, que sacó a los
hijos de Israel del país de Egipto!, 8 sino: ¡Por vida de
Yahvéh, que sacó y trajo a la descendencia de la casa de
Israel del país del norte y de todos los países adonde yo los
había expulsado, para que habiten en su tierra.

Introducción

En numerosas ocasiones el libro de Jeremías denuncia como responsables de la catástrofe a los grupos dominantes de la sociedad, aunque tampoco faltan referencias a la culpa de todas y cada una de las personas concretas (cf. cap. 5). Los caps. 21-23 citan como responsables máximos a los reyes y a los (falsos) profetas. El cap. 21, anticipando textos posteriores (Jer 34; 37s), narra el encuentro de Jeremías con el rey Sedecías, que le suplica interceda ante Dios. A este pasaje sobre Sedecías, último rey de Judá, siguen oráculos generales sobre la casa real de Judá (21,11ss; 22,1ss) y sobre los predecesores de Sedecías: Shallum (= Yoacaz, 22,11s), Yoyakim (22,18ss; también se refieren a él, probablemente, los vs. 13ss, donde se menciona asimismo al padre = Josías) y a su hijo Conías (= Yoyakín, 22,24ss). El triple vocablo «tierra» (v. 29) introduce de manera dramática la palabra divina del v. 30, que anuncia el fin de la dinastía real.

Viene inmediatamente a continuación, y actúa como transición a los oráculos sobre los profetas (a partir de 23,9ss), la perícopa 23,1-8, que, a través de la imagen de los «pastores», habla de los responsables. Se trata de una composición de llamada (vs. 1s «dispersar»; 2s «expulsar»; 4s «suscitar») que abarca cuatro pequeñas unidades: una exclamación de ayes seguida de una ame-

naza contra los pastores que no han cumplido su deber (vs. 1s); la promesa de que el mismo Dios reunirá de nuevo a su pueblo (vs. 3s); un oráculo sobre un futuro jefe, que será justo (vs. 5s) y una fórmula de juramento que registra alguna modificación respecto de la habitual (vs. 7s). Las dos últimas partes se introducen con una misma fórmula: «mirad que vienen días –oráculo de Yavéh-» que es típica de Jeremías y anuncia un futuro indeterminado.

Comentario

La acusación vertida en el v. 1 contra los responsables indica claramente, con las palabras «de *mi* pastizal», que estos pastores no ejercen su cargo a partir de una decisión personal, sino que se lo han encargado, lo han *recibido de otro, a quien deben rendir cuentas. La* responsabilidad tiene dos dimensiones: se es responsable «por» alguien (el pueblo) y «ante» alguien (Dios). Su misión consistía en mantener unido al pueblo, en identificarse con él y en cuidar de él. Pero han hecho lo contrario (cf. los verbos del v. 2: «dispersar», «descarriar», «no cuidar»). Mediante un refinado juego de palabras se dice que por *haberse despreocupado* de las personas que les habían sido confiadas, Dios se preocupará de castigar a los pastores. También hoy quienes ocupan puestos directivos pueden verse tentados a no ejercer sus cargos como un servicio a las personas que tienen confiadas, sino a actuar con negligencia o sentirse incluso desligados de todo tipo de obligaciones respecto a ellas, dada su elevada posición.

Frente a tal perversión, Dios mismo acude en ayuda de su pueblo (v. 3). «El resto de mi pueblo» es una expresión única en la Biblia y evoca, al igual que «reunir» y «expulsar», el *exilio* ya convertido en realidad, que

Dios *cambiará* radicalmente (retorno, pastos y crecimiento, en analogía con el mandamiento divino del relato de la creación, Gén 1,28). «Reunir» no expresa sólo el retorno geográfico sino la formación de una comunidad enraizada en un espíritu de unidad. Sólo la afinidad interior puede mantener unido durante mucho tiempo a un grupo de personas. En el v. 4 Dios *transfiere la misión de guía* (con la iamgen del pastor) que se había reservado para sí (debido a la dificultad del retorno, que no podía llevarse a cabo con las solas fuerzas humanas) a *hombres* que realmente custodiarán al pueblo. «No se perderá ninguna» quiere decir que así como ya no hay motivo para temer por las ovejas, tampoco será necesario cuidarse de ellas (frente al v. 2, que se lamenta por la falta de atenciones). Saben ayudarse por sí solas.

Las experiencias que el pueblo tenía de sus jefes fueron con mucha frecuencia negativas: habían demostrado ser débiles, no siempre justos, dominados por potencias extranjeras que podían incluso cambiar el nombre del rey. Todos estos rasgos se daban cita en Sedecías. Frente a tales experiencias, los vs. 5s presentan una *imagen contrastante.* El futuro soberano, llamado «germen» por sus humildes comienzos y porque llega al trono tras la interrupción de la dinastía davídica, será, ante todo, justo (cuatro veces); su figura ofrece rasgos mesiánicos («derecho y justicia» en Is 9,6; por Dios en Is 33, 5 y Sal 99,4). Ejercerá su misión (el hebreo trae por dos veces *malak* = ser rey, reinar) y será prudente (también 3,15). Bajo su mano se reunirán Judá e Israel (v. 6) y ellos –no los reyes extranjeros– le darán el nombre de honor que cualifica su gobierno, un nombre que expresa su *proximidad a Dios y al derecho.* Los hombres inteligentes, justos e instruidos llamados a ocupar puestos directivos son siempre una bendición para sus subordinados.

Los dos últimos versículos, 7s, enlazan con 16,14s, donde se refieren al servicio en un país extranjero (16,13), y a la promesa de Dios de que se cambiará la fórmula del juramento («por vida de Yahvéh...») y de que llegará el día del retorno. Aquí, en el cap. 23, las promesas están ligeramente modificadas (v. 8, literalmente: «adonde *yo* los había dispersado») y ampliadas («trajo a la descendencia»; cf. también el final del v. 8). El cambio en la fórmula del juramento es parte de la técnica de transformación típica del libro de Jeremías, donde una nueva locución viene a sustituir a otra ya existente (cf. también 7,32 y 19,6 para el valle de Ben-Hinnom; 31,29s para una nueva comprensión de la culpabilidad; y de parecida manera también 3,16s; 31,34); aquí, el *nuevo éxodo* de los países del destierro *superará* el antiguo éxodo de Egipto. Dios superará incluso la pérdida del país y la catástrofe que el propio pueblo ha provocado. De esta situación desoladora hará surgir una felicidad nueva y mayor.

Actualización

Il pesce puzza dalla testa, «la corrupción (sea del pescado o de cualquier otra cosa) comienza por la cabeza», reza un viejo proverbio. Desde tiempos inmemoriales, todos los grupos sociales han vivido la experiencia de que gobernar es tarea difícil y comprometida y han buscado soluciones por diversos caminos: mediante la rivalidad entre varios candidatos, a través de la promulgación de reglas dinásticas, entregando el gobierno a las clases más elevadas, recurriendo a votaciones democráticas... Con mucha frecuencia, algunas personas tienen que asumir responsabilidades por otras. La tarea de proveer por otros –confiados así a sus cuidados– pide personas humildes, serviciales, entregadas a Dios y, al

mismo tiempo, prudentes y con dotes de organización. Pero no siempre se dan estas condiciones y, por consiguiente, todo el pueblo puede corromperse, empezando por la *cabeza.*

Pero tampoco aquí la situación es desesperada. Hay Uno que nunca se corrompe ni jamás abdica de sus responsabilidades. Dios permanece siempre como pastor de su pueblo y cumple con fidelidad las tareas que asume. Justamente en las difíciles y penosas circunstancias de la dispersión en tierra extranjera se perfilan con mayor firmeza sus rasgos de verdadero pastor.

Del mismo modo que 23,7 retoma 16,14s, también Jer 33,14-16 parece volver sobre 23,5s y modificarlo. Jer 33,14 pone de inmediato ante los ojos, ya desde la introducción, la «prometedora palabra» (literalmente: la «buena palabra»), válida para las dos partes del pueblo (Judá e Israel). En 33,15 se utiliza, mediante un hábil juego de palabras, la imagen del germen y el v.16 transfiere completamente las expresiones de la segunda mitad del versículo a la ciudad de Jerusalén. Los versículos siguientes (17ss) aplican por siempre estas promesas a la dinastía de David y a los sacerdotes levitas. Pero ya en Jer 23 se intensifica y se amplía la esperanza: ahora abarca a la comunidad entera (Israel, Judá, Jerusalén, la dinastía de David, los sacerdotes levitas) y para siempre. ¿Germina también así nuestra esperanza?

XIX

DIOS CONTRA LOS FALSOS PROFETAS
"¿No es como fuego mi palabra?"
(Jer 23,25-32)

25 *Oí lo que dijeron los profetas*
que profetizan en mi nombre mentira:
¡He tenido un sueño! ¡He tenido un sueño!
26 *¿Hasta cuándo? ¿Estoy yo en el corazón de los profetas*
que profetizan mentira,
que profetizan el engaño de su corazón,
27 *que piensan hacer olvidar mi nombre a mi pueblo,*
con los sueños que unos a otros se cuentan,
como olvidaron sus padres mi nombre por Baal?
28 *El profeta que tenga un sueño,*
que cuente su sueño;
pero el que tenga mi palabra,
que diga de verdad mi palabra.
¿Qué tiene que ver la paja con el grano?
–Oráculo de Yahvéh–.
29 *¿No es como fuego mi palabra*
–oráculo de Yahvéh–,
y como martillo que tritura la piedra?
30 *Por eso, aquí estoy contra los profetas –oráculo de*

Yahvéh–, que se roban unos a otros mis palabras. 31 *Aquí estoy contra los profetas –oráculo de Yahvéh–, que utilizan su lengua para proferir un oráculo.* 32 *Aquí estoy contra los que profetizan sueños mentirosos –oráculo de Yahvéh–, y los cuentan, engañando así a mi pueblo con sus mentiras y sus fanfarronadas, siendo así que no los he enviado ni les he dado orden alguna, y por eso no son de utilidad para este pueblo –oráculo de Yahvéh–.*

Introducción

Jer 21-22 sitúa en el centro de su reflexión el reino, es decir, la autoridad política; en 23,1-8 se trata de los responsables en general; en el resto de Jer 23 de los profetas como legítimos representantes de la autoridad religiosa (también se menciona a los sacerdotes, vs. 11 y 33s). Como antes los reyes, ahora están en el punto de mira y son acusados los profetas (vs. 15.22). Jer 23 utiliza la codelincuencia de los *profetas de salvación* en la destrucción de Jerusalén para hablar en general de la profecía. Y todo ello con una riqueza que no se da en ninguna otra parte del libro.

Los vs. 9-32 presentan la elaboración del tema. El punto de partida, en el v. 9, es doble: una reacción de espanto («se me rompe el corazón», cf. 4,19 y «temblor») y la sensación de haber sido engañado por Dios y por sus santas palabras. En frente se encuentran (vs. 10s.13s) hombres de conducta malvada y, más en concreto, los profetas, nombrados por tres veces. En cada una de las tres, sus acciones recaen sobre sus cabezas (al final de las dos primeras pequeñas unidades, constituidas por los vs. 12 y 15). Sigue un largo fragmento que describe con diversas expresiones las diferencias entre estos profetas y Dios (vs. 16-32).

La primera parte de este capítulo (hasta el v. 24) contiene amplias secciones poéticas. Dios marca sus distancias (v. 21) frente a estos profetas que anuncian «¡Paz!» incluso a personas que obran el mal (v. 17). Predican sus propias palabras (v. 16), no asisten al consejo del Señor (vs. 18 y 22; estos dos versículos forman la inclusión en la que están contenidos los vs. 19s que hablan de los verdaderos proyectos de Dios, repetidos en 30,23s). Una serie de preguntas (vs. 23s) dejan percibir, como conclusión, un Dios que, por encima de todas las oposiones (próximo, lejano) y de todas las limitaciones humanas (esconderse), llena todas las cosas.

La segunda parte, es decir, nuestro texto (vs. 25-32), insiste, en la disputa entre Dios y estos falsos profetas, sobre todo en dos aspectos: en el modo de la revelación (sueño o palabra) y en las consecuencias de la predicación («olvidar», v. 27, y «engañar», v. 32). El añadido final (vs. 33-40) juega con el doble sentido del vocablo *massa'*, que en hebreo significa «carga» y «oráculo». Lo que estos profetas y sacerdotes presentan al pueblo como oráculo de Dios es una carga (que impide la verdadera y sencilla acogida de la palabra divina; cf. también Mt 23,4), y ellos mismos se convierten en una carga para Dios.

Comentario

La percepción personal de Dios («oí») introduce, en el v. 25, la segunda parte, en la que Dios se distancia cada vez más, y cada vez más claramente, de estos sedicentes profetas. Apelan a «mi nombre», es decir, al origen divino de sus palabras y al sueño, como instrumento de revelación. Estos profetas entienden la repetición del «he tenido un sueño» como un reforzamiento de su

legitimación; pero Jeremías lo pone en duda, tanto a través del contexto general como en virtud de la precedente «mentira» (en hebreo *sheker*, cf. 5,2), y, así, casi lo ridiculiza.

La subsección de los vs. 26-29 muestra que esta falsa legitimación es una distorsión. Las repetidas preguntas presentes en cada uno de los versículos acentúan la diferencia entre el hablar humano y la palabra divina. El v. 26 desenmascara su tentativa de engaño y *califica* a estos hombres, de una manera absolutamente singular para la Biblia, de (literalmente) «profetas de la mentira» y «profetas del engaño de su corazón» (esta última expresión tomada probablemente de 14,14). Su actividad profética no está guiada por la relación con Dios sino por la falsedad y por sus personales cavilaciones.

La pregunta retórica del v. 27 («¿piensan...?») compara la actividad de estos falsos profetas con el servicio prestado en el pasado (los «padres») a los ídolos. Se trata, en todos los casos, de olvidar «mi nombre»: aquí se sustituye por otra cosa *el estar en presencia de Dios.* Del mismo modo que antes el culto de Baal había arrojado a Dios a la sombra, así también ahora los sueños (o un modo especial de hablar, por ejemplo *massa'*, vs. 33ss) suplantan la auténtica orientación a Dios. Es una perversión, porque aquí no ocupa el primer lugar Dios, sino experiencias particulares (como las del sueño).

Con inaudita dureza, el v. 28 contrapone entre sí *sueño y palabra* como elementos contradictorios en la revelación. En otros pasajes paleotestamentarios (cf., por ejemplo, Jl 3,1 y la historia de José en Gén 37ss), a los sueños se les concede una valoración positiva, en cuanto que son medios de comunicación divina. Aquí, en cambio, son paja que bajo ningún concepto se puede comparar (ofrece otro ejemplo de esta formulación 2Cor 6,14) con la Palabra que alimenta y da vida. Ésta debe comunicarse «fielmente» (cf. la exhortación del rey

Josafat a Miqueas, 1Re 22,16), incluso cuando no se la escucha de buen grado.

La palabra de Dios es más valiosa: es *poderosa* (v. 29) y con su poder –la imagen del fuego y del martillo– puede cambiar incluso lo más duro (la «roca»). Jeremías había experimentado en su propia persona el fuego transformador de la palabra de Dios (5,14; 20,9). Es un fuego que traspasa a la persona de los llamados y que todo lo alcanza. Oponerse (en la imagen de la roca) sólo conduce a la propia destrucción.

Los vs. 30-32 tienen la misma fórmula introductoria: «aquí estoy contra los profetas», y forman una conclusión rimada que subraya la *absoluta* (triple repetición) *oposición* entre Dios y estos falsos profetas. Sus peleas intestinas («robar» en el v. 30) y su atropellada producción de oráculos (literalmente: «oracular oráculos», v. 31; falta, significativamente, la expresión «de YHWH», que sigue, en casi todos los casos, al término «oráculo») son una nueva demostración de que con sus sueños («sueños mentirosos», v. 32) se encierran en sus propias *ilusiones* («fanfarronadas»). Peor aún: apartan del recto sendero a toda la comunidad («*mi* pueblo») que pertenece en exclusiva a Dios (así ya el v. 13). Una vez más, Dios marca con gran firmeza las distancias frente a estos "profetas" (cf. v. 21, donde falta la expresión «dar orden», que sí se encuentra, en cambio en 14,14, junto al «no los he enviado»; esta frase se encuentra solamente en Jeremías) y toda su actividad es absolutamente vana.

Actualización

La perícopa de Jer 23,9-40 intenta poner de relieve la insuperable *oposición* entre los *falsos profetas* y el *Dios verdadero.* Se ataca a los primeros a causa de su conduc-

ta (vs. 10s.14), del servicio que rinden a los ídolos (v. 13), del aliento que prestan a los malvados (vs. 14.17), de su distorsión de la revelación (hablar sin haber recibido la orden: vs. 21.26 y en muchos pasajes; robar las palabras y referir las palabras y los pensamientos propios, no los de Dios, vs. 30s). A ellos se opone el Dios verdadero, con su consejo (vs. 18.22) y, sobre todo, con su palabra eficaz. Es un Dios que no puede ser confinado en un lugar concreto (próximo o lejano, v. 23; en el cielo o en la tierra, v. 24), porque abarca todas las cosas. Jamás podrán todas las palabras, los sueños, las ideas humanas captarle en su totalidad.

Este Dios, nunca plenamente accesible al conocimiento humano, se revela ahora en su *palabra*. La palabra de Dios llena por completo al hombre (v. 9; la imagen de la embriaguez no debe entenderse aquí en sentido negativo, sino como expresión de una conmoción total y absoluta), nace de sus proyectos y de la íntima comunión con Él (vs. 18.22). Esta palabra divina tiene un poder nutriente («grano», v. 28), pero también destructor («fuego», «martillo», v. 29) y purificador («convertir», v. 22). Su eficacia no depende del modo en que se la recibe («sueño») ni de la abundancia de palabras (vs. 27.31), sino de la comunión con el «nombre» de Dios y con su mandato. Significa que todo hablar profético está vinculado a la presencia y al encargo de Dios.

También en otros textos se celebra la palabra divina: Is 40,8 y 55,10s forman, precisamente con este tema, la gran inclusión del Deuteroisaías. Heb 4,12 describe su poder de penetración y de división hasta lo más íntimo del hombre. Esta palabra divina ha producido ya frutos también en nosotros. Nos ha llevado a la fe. Nos invita a intentar siempre cosas nuevas, a amar más, a tratar al prójimo con mayor cordialidad. ¡Demos gracias a Dios que nos habla continuamente en la Palabra de la Biblia

y de la predicación y mantiene así viva nuestra comunión con él!

Jer 23 analiza por extenso el tema de los falsos profetas. Hay otros pasajes que se ocupan también de esta misma materia (por ejemplo, Jer 14,13-16; 27,9s.14s; 28; 29, 8s.31, etc.). Se refleja aquí la contienda –librada especialmente en la época postexílica– por distinguir entre quienes hablan verdaderamente en nombre de Dios y quienes no. Hubo algunos intentos por elaborar criterios de discernimiento (Dt 18,21s; 13,2-6), aunque de difícil aplicación en la vida cotidiana (cf. Jer 26).

También en nuestros días nos topamos con una gran cantidad de «profetas» que hablan de Dios de una manera nueva. Personas concretas y comunidades enteras, adivinos y sectas que pretenden estar inspirados. Describen visiones, apariciones y otros modos especiales de recibir la revelación y no siempre es tarea fácil distinguir lo que hay en ellos de auténtico y lo que es falso. Jer 23 nos imparte la lección de que lo que importa es la unión con Dios y la eficacia de su Palabra, no las apariencias espectaculares (aquí el «sueño» como revelación privilegiada). La predicación del nombre de Dios debe tomar, también en nuestros días, como medida aquella palabra de Dios ya anunciada (= la Biblia) y de modo especial la *palabra* que es Jesucristo. Y, de toda nueva proclamación, sigue siendo válido, como siempre, el dicho: «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,15s).

XX

¿ROMPE DIOS EL YUGO O LO PONE AL CUELLO? PROFETA CONTRA PROFETA

"Que cumpla Yahvéh las palabras que has profetizado"
(Jer 28,1-17)

1 *En este mismo año, al principio del reinado de*
Sedecías, el año cuarto, en el quinto mes, Jananyá, hijo de
Azzur, el profeta de Gabaón, me habló en el templo de
Yahvéh en presencia de los sacerdotes y de todo el pueblo
diciéndome: 2 Así dice Yahvéh Sebaot, Dios de Israel: voy a
romper el yugo del rey de Babilonia. 3 Dentro de dos años
devolveré a este lugar todos los objetos del templo de
Yahvéh que Nabucodonosor, rey de Babilonia, tomó de este
lugar para llevarlos a Babilonia. 4 Y también haré que
vuelva a este lugar Yoyakín, hijo de Yoyakim, rey de Judá,
y todos los deportados de Judá que fueron a Babilonia
–oráculo de Yahvéh–, pues voy a romper el yugo del rey de
Babilonia.

5 *El profeta Jeremías replicó entonces al profeta Jananyá*
en presencia de los sacerdotes y de todo el pueblo que estaba
en el templo de Yahvéh, 6 y el profeta Jeremías dijo: ¡Así
sea! ¡Que Yahvéh lo haga así! ¡Que cumpla Yahvéh las
palabras que has profetizado, haciendo que vuelvan de

Babilonia a este lugar los objetos del tempo de Yahvéh y
todos los deportados! 7 Sin embargo, te ruego que escuches
esta palabra que voy a pronunciar ante tus oídos y ante los
oídos de todo el pueblo: 8 Los profetas que hubo antes de
mí y de ti, desde siempre, han profetizado guerra, hambre
y peste contra países poderosos y contra grandes reinos.
9 Respecto al profeta que profetiza bienestar, cuando se
cumpla la palabra de este profeta, se conocerá que a ese
profeta lo ha enviado realmente Yahvéh.

10 El profeta Jananyá tomó entonces el yugo de encima
del cuello del profeta Jeremías, lo rompió 11 y Jananyá
habló en estos términos en presencia de todo el pueblo: Así
dice Yahvéh: Dentro de dos años romperé de la misma
manera el yugo de Nabucodonosor, rey de Babilonia, de
encima del cuello de todas las naciones. Entonces el profeta
Jeremías se fue por su camino.

12 Después de haber roto el profeta Jananyá el yugo de
encima del cuello del profeta Jeremías, le fue dirigida a
Jeremías la palabra de Yahvéh en estos términos: 13 Vete a
decir a Jananyá lo siguiente: Así dice Yahvéh: Has roto
yugos de madera, pero has hecho en su lugar yugos de hie-
rro; 14 porque Yahvéh Sebaot, Dios de Israel, dice así: voy
a poner un yugo de hierro sobre el cuello de todas estas
naciones, para que sirvan a Nabucodonosor, rey de
Babilonia. Y le servirán. Le entrego incluso los animales
salvajes.

15 Después el profeta Jeremías dijo al profeta Jananyá:
Escucha bien, Jananyá. Yahvéh no te ha enviado, y tú has
inducido a este pueblo a confiar en una mentira. 16 Por
eso, así dice Yahveh: Mirad: voy a enviarte fuera de la
superficie de la tierra: morirás en este año, porque has pre-
dicado rebelión contra Yahvéh.

17 El profeta Jananyá murió aquel mismo año, en el
séptimo mes.

El último texto analizado (Jer 23,25-32) estaba dedicado al tema de los falsos profetas. Los caps. 26-29 vuelven sobre esta misma materia. En el cap. 26 (paralelo al cap. 7), Jeremías podía confiar en salvar su vida a pesar de haber anunciado el desastre (vs. 4-6), gracias a la favorable posición adoptada por algunas personas investidas de autoridad (vs. 16ss), en contra de la opinión de los sacerdotes y los profetas (vs. 7-11): se había aceptado su mensaje porque tal vez procedía de Dios. Los caps. 27 y 28 están conectados entre sí por el yugo sobre el cuello como señal de la soberanía babilónica, por la presencia del rey Sedecías y de Nabucodonosor y por el saqueo de los objetos del Templo. Ambos capítulos se sitúan, al igual que el cap. 29 (cf. también cap. 24) en el período que discurre entre la primera y la segunda caída de Jerusalén (597 y 587 a.C.). Fue una época de tensiones: Jeremías y los otros profetas son los representantes de grupos enfrentados entre sí.

En Jer 27 se había aceptado sin discusión el anuncio de que el dominio de Babilonia se prolongaría durante mucho tiempo. En el cap. 28, que se distingue por una datación distinta (v. 1), Jeremías se enfrenta a la réplica del profeta Jananyá. El «diálogo» entre ambos finaliza con dos acciones simbólicas: Jananyá rompe el yugo (v. 10) y Jeremías se aleja (al final del v. 11). La palabra que Dios dirige a Jeremías (v. 12) anuncia, bajo la imagen del yugo de hierro, un endurecimiento de la dominación (vs. 13ss). Jeremías acusa además a Jananyá de corromper al pueblo y le predice la muerte (vs. 15s), que le alcanza, en efecto, poco después (v. 17). No hay ningún otro pasaje en todo el libro de Jeremías que describa con escenas tan directas el conflicto entre profetas. Jananyá es el vivo ejemplo de los falsos profetas; su figu-

ra contrasta con la de Jeremías, cuyos rasgos se perfilan, así, con mucha mayor nitidez.

Comentario

La introducción, en el v. 1, presenta dificultades derivadas de *dataciones divergentes.* Se fija generalmente el inicio del reinado de Sedecías en el año 597 a.C., y el año cuarto sería, por consiguiente, el 594. La tendencia antibabilónica de este relato parece favorecer más bien esta segunda fecha. El profeta Jananyá era originario de Gabaón, de la misma tribu que Jeremías (Benjamín): de ahí que a éste le resultara más difícil tolerar la predicación de Jananyá, opuesta a la suya.

Jananyá proclama su mensaje (vs. 2-4) como palabra de Dios (comienzo del v. 2), enmarcándolo entre las afirmaciones: «romperé el yugo del rey de Babilonia». Reprueba las acciones de Jeremías y su desalentadora declaración del cap. 27 (vs. 2.8.11s) sobre la inutilidad de ofrecer resistencia al dominio babilónico y contrapone a ello la promesa de Dios *de que llegará a su fin la opresora y humillante soberanía extranjera.* Para ilustrar su mensaje se sirve de la imagen de «romper el yugo»; la expresión hebrea aquí empleada figura sólo en Jeremías (cf. también 2,20; 5,5; 30,8).

Los vs. 3s insertan en este anuncio una fecha y la *promesa* –que responde a las expectativas de muchas personas– *de la devolución* de los objetos del Templo y del retorno de los desterrados. El plazo fijado, de dos años, satisface el ardiente deseo de que cese aquella dolorosa situación de opresión y expolio. Pero, como tantos otros plazos fijados y profetizados sobre el futuro (incluidos los del fin del mundo), también éste es irreal: no se cumple. El dolor, agudo como el tormento de una llaga, de haber tenido que dejar en manos enemigas los

preciosos y hermosos objetos del Templo necesarios para la liturgia (27,16-22; 2Re 24,8-17) se hace aún más profundo por la ausencia del ex rey Yoyakín y de cuantos habían sido deportados con él; el retorno de los objetos (v. 3) anticipa el de las personas (v. 4).

Jeremías replica a Jananyá abiertamente y ante el mismo público (v. 5). Introduce su discurso con la palabra «¡Amén!» (= Así sea, v. 6). El único paralelo de este pasaje es 1Re 1,36, donde, tras un «Amén» inicial, Benayá continúa: «Así lo diga también YHWH...». (En los demás casos, «Amén», a veces repetido, se utiliza en el AT sólo en el sentido de ratificación; a mitad de camino entre estos usos se encuentra la fórmula «Amén, YHWH...» de Jer 11,5). En ambos casos se quiere expresar una *correspondencia en el deseo*, un meterse en los pensamientos del otro. Jeremías aparece aquí formando contraste con su propio anuncio: también él desea el retorno de cuanto había sido arrebatado. Por lo que hace a la esperanza, Jananyá, el pueblo y Jeremías son una sola y misma cosa.

Pero, en contra de su propia esperanza de salvación, Jeremías recuerda la experiencia del pasado (vs. 7-9). La exhortación a escuchar expuesta de este modo («sin embargo, te ruego que escuches») es única en la Biblia. El paralelo más próximo (exceptuando el v. 15 y 34,4) es 1Sam 22,12 («escúchame, por favor», aunque muchas traducciones no traen las dos últimas palabras), donde Saúl se dirige en estos términos a Ajimélek, antes de ordenar su muerte y la de los restantes sacerdotes de Nob. Un verdadero diálogo requiere la *confrontación en la discusión* que, junto a las expectativas y las metas comunes (también Jeremías espera el retorno: v. 6 y 27,7.22), ponga también sobre el tapete las discrepancias, sin perder de vista los datos objetivos.

De entre las experiencias de este tipo vividas en el pasado Jeremías recuerda aquí dos. En el v. 8 expone el

contenido de su anuncio profético con la combinación «guerra, mal y peste» (una sola vez; Ausejo traduce «mal» por «hambre»: se trata de una adaptación a la típica fórmula jeremiana «espada, hambre, peste» de 14,12; 24,10; 27,8; 29,17, etc.). De todas formas, en el v. 9 se relativiza la *identificación* exclusiva de la profecía con el *anuncio de desastres*: quien profetiza bienestar (*shalom;* cf. 14,19) sólo puede ser reconocido como auténtico profeta si se cumplen sus palabras (la misma idea se expone, en sentido inverso, en Dt 18,22: si lo anunciado no se cumple, no le ha enviado Dios). Es el curso de la historia el que confirma la autenticidad de los profetas. «Realmente enviado» tiene como único paralelo la autodefensa de Jeremías en 26,15; tampoco él puede hacer otra cosa sino remitir a sus oyentes a la espera de la realización de sus palabras.

Pero a muchos no les complace tal espera. Quieren forzar los acontecimientos para que se produzcan ahora, en este instante. También Jananyá intenta (v. 10) realizar un *gesto simbólico* mediante una acción espectacular. Romper el yugo equivale a desembarazarse del dominio extranjero. El v. 11 da la interpretación: se trata del yugo babilonio, que será quebrantado al cabo de dos años (así ya en el v. 3). Frente a Jananyá, cada vez más osado y menos dispuesto a renunciar, Jeremías *no tiene nada que oponer*. La expresión «irse por su camino» (1Re 1,49, etc.), significa ruptura, levantamiento de una sesión. El diálogo ha llegado a su fin. Jeremías abandona el campo como un vencido.

En el v. 12 *acude Dios, con su palabra,* en ayuda de quien ha sido así derrotado. Jeremías recibe un nuevo mensaje que deberá transmitir a Jananyá (v. 13): en lugar del yugo de madera que ha roto, tendrá que hacer otro de hierro (también en Dt 28,48). La rebelión y la resistencia contra un dominio opresivo desembocan en una agudización de la opresión y de su peso. No tiene

sentido oponerse a una dominación querida por Dios. Quien, a pesar de todo, se oponga, saltará de la sartén a las brasas.

El v. describe el plan divino de *someterlo todo* al reino de hierro de Nabucodonosor, a quien ya antes Dios había llamado «siervo mío» (25,9; 27,6). Este dominio del rey de Babilonia se extiende incluso sobre el reino de los animales indomables, de ordinario inaccesibles al hombre. Nadie puede escapar a su poder.

La palabra divina ha declarado que Jeremías es verdadero profeta. De aquí se deriva, por consiguiente, la acusación de que Jananyá carece del mandato divino y *seduce* al pueblo: «inducir a confiar en la mentira» (único paralelo en 29,31, donde el reproche se dirige a Shemayá, en Babilonia). En el juego de palabras construido con el verbo «enviar», el v. 16 describe las *consecuencias de la falsa profecía:* Jananyá será enviado «fuera de la superficie de la tierra», y esto ocurrirá antes de que expire el plazo de dos años que él mismo había fijado. «Predicar la rebelión» se emplea en Dt 13,6 para referirse a los profetas que inducen a la idolatría (y, una vez más, en Jer 29,32, de nuevo para Shemayá); también en este caso el castigo es la muerte.

El v. 17, el último del capítulo, *confirma* a Jeremías y sus palabras. Al cabo de dos meses (el v. 1 hablaba del quinto mes; esta duración está relacionada con los dos años citados en los vs. 3.11), murió Jananyá. El cumplimiento de una palabra (vs. 15s; cf. también v. 9, pero en este caso en favor de un mensaje de salvación) legitima también la palabra anterior (v. 14).

Actualización

En todos estos capítulos que hablan de la verdadera y la falsa profecía (Jer 23; 26-29) aflora un problema

muy preciso: el tema del discernimiento de los espíritus. ¿Cómo enjuiciar, en el *momento actual*, los distintos pareceres? ¿Cómo reconocer los que corresponden a los proyectos divinos y expresan sus palabras? La pregunta es apremiante, porque los relatos bíblicos fueron escritos en una etapa posterior a los hechos narrados. Por consiguiente, el hecho de que las palabras no se cumplan (v. 9; Dt 18,22) no ofrece un criterio *válido para el presente*. El único criterio aplicable es la instigación pública al culto de otros dioses (Dt 13,3).

No obstante, una mirada más atenta a nuestro texto y a las figuras contrapuestas de Jananyá y Jeremías puede proporcionar, si no criterios inequívocos, sí al menos *algunos indicios* seguros. En Jeremías, confirmado por Dios y por la historia, se dan cita la conformidad y la continuidad con la tradición (v. 8), la humillación y el sufrimiento (final del v. 11), la actitud de espera frente a la palabra de Dios y su realización (vs. 12.17). Jananyá es la antítesis de todo esto. Sus palabras responden a las expectativas de los hombres (vs. 3s). Se ve empujado por el deseo de evitar el dolor de la derrota y de la pérdida y no ve la realidad, a saber, que han sido las faltas del pueblo las que han originado esta situación. Es ciego respecto de las verdaderas causas y cubre, sin advertirlo, esta distancia frente a la realidad con gestos impresionantes y agresivos (v. 10). Jananyá puede contar con la complacencia y la aprobación de cuantos, en el pueblo, nutren análogas e ilusorias expectativas nacionalistas. Pero este camino desemboca en un sufrimiento aún mayor (v. 13) y en la muerte (v. 17).

A través del ejemplo del profeta, Jer 28 ofrece indicaciones para poder reconocer, en el momento actual, la palabra de Dios y sus caminos. Paradójicamente, no existen notables diferencias de contenido respecto de la predicación de Jananyá: el mismo Jeremías habla, en 27,7, de tres generaciones para el reino babilónico y, en

el v. 22, del retorno de los objetos del Templo (cf. 28,3). Sólo el verdadero profeta deja abierto el futuro a la iniciativa divina: «hasta el día en que me ocupe de ellos» (27,22). El falso profeta querría, en cambio, acortar el sufrimiento forzando con impaciencia los plazos. Dios sale al encuentro de la esperanza humana, pero *cuando él quiere.*

En este capítulo, el profeta Jeremías aparece, ante todo, con los rasgos de un perdedor: frente a las cautivadoras afirmaciones de Jananyá, es un pesimista. Frente al gesto, pleno de fuerza, de romper el yugo, parece ridícula su anterior actitud de doblegarse ante el yugo. Puede, incluso, verse expuesto a la mofa. Frente al sentimiento de seguridad que ostenta su oponente, debe retirarse avergonzado, porque no dispone de la palabra de Dios y, por consiguiente, no sabe responder nada por el momento (compárese con 42,7: debe esperar diez días hasta que Dios le hable). El camino que Dios ha señalado a sus profetas avanza a través de la ignominia y del sufrimiento, aunque es precisamente así como reciben la ayuda y la confirmación divina. Éste es también el camino de Jesús.

XXI

¿FIJAR LA RESIDENCIA EN TIERRA EXTRANJERA?
"Buscad el bienestar de la ciudad adonde os he deportado"
(Jer 29,4-14)

4 *Así dice Yahvéh Sebaot, Dios de Israel, a todos los desterrados que deporté de Jerusalén a Babilonia:*
5 *Edificad casas y habitadlas,*
plantad huertos y comed su fruto.
6 *Tomad mujeres y engendrad hijos e hijas,*
tomad mujeres para vuestros hijos,
dad maridos a vuestras hijas,
multiplicaos allí y no disminuyáis.
7 *Buscad el bienestar de la ciudad*
adonde os he deportado
y rogad a Yahvéh por ella,
pues de su bienestar depende vuestro bienestar.
8 *Pues así dice Yahvéh Sebaot, Dios de Israel: Que no os engañen los profetas que están entre vosotros, ni vuestros adivinos, ni escuchéis los sueños que sueñan.* 9 *Porque con mentira os están profetizando en mi nombre. No los he enviado yo –oráculo de Yahvéh–.*
10 *Porque así dice Yahvéh Sebaot: Cuando se hayan*

cumplido para Babilonia setenta años, os visitaré y realizaré en vosotros mi buena promesa de volveros a este lugar.
11 *Porque yo sé los planes que tengo trazados acerca de vosotros –oráculo de Yahvéh–, planes de bienestar y no de desgracia, de daros un porvenir y una esperanza.*
12 *Entonces, cuando me invoquéis y vengáis a suplicarme, os escucharé;* 13 *cuando me busquéis, me encontraréis;*
14 *cuando me busquéis con todo vuestro corazón, me dejaré hallar por vosotros –oráculo de Yahvéh–, cambiaré vuestra suerte, os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde os he expulsado –oráculo de Yahvéh–, y os volveré al lugar de donde os he desterrado.*

Introducción

Jer 29 responde al interrogante: ¿Cómo se puede superar el destierro? Así planteado, este tema es la continuación lógica del precedente cap. 28. La suerte y el destino de los desterrados seguían suscitando, todavía muchos decenios después de la tragedia del 597, una pregunta urgente. En este contexto, no tiene nada de sorprendente la aparición de «falsos profetas». El consejo de Jeremías de buscar un acomodo y crear así las condiciones para que en los años venideros fuera posible un retorno guiado por Dios topó con fuertes resistencias, como la de Jananyá en Jer 28.

Como otros muchos textos del libro de Jeremías, también el cap. 29 es una colección. Una larga introducción (vs. 1-3) presenta el texto siguiente (que abarca probablemente los vs. 4-23) como una carta de Jeremías a los deportados a Babilonia cuando se produjo la primera caída de Jerusalén. Las fórmulas introductorias de los vs. 4.8.10.(15)16.21 riman la estructura de la carta. Los vs. 24-32 introducen la confrontación entre Shemayá y Jeremías.

Las pequeñas unidades de los vs. 4-7.10-14 describen la nueva esperanza; los vs. 16-20 exhortan a los deportados a prestar atención a este mensaje. La alternancia con pasajes que hablan de otros profetas (vs. 8s.15.21-23) expresa la lucha entre diversas posiciones en lo referente a la justa superación del destierro y constituye su adecuada representación literaria.

Comentario

Con una introducción solemne, Dios se dirige, en el v. 4, a aquellos a quienes él mismo ha deportado. *No abandona* a los culpables ni siquiera en el desastre. La exhortación del v. 5 a construir casas y plantar huertos significa *asentarse establemente en tierra extranjera* (cf. también v. 28). A la fatiga de estos trabajos se añade también el disfrute de la alegría serena: «habitar» (literalmente «sentarse») y «comer» describen una nueva existencia en la tranquila paz, aunque sea lejos de la patria.

De acuerdo con Gén 1,28, Dios, en el v. 6, da orden de *crecer y multiplicarse.* Se contemplan a continuación tres generaciones. En vez de sentirse abatidos y de resignarse ante la indigencia y la opresión en tierra extraña, los fieles deben procurar no reducir (así también 30,19) el tamaño de su comunidad. Mantener un cierto número es condición para la supervivencia. También hoy día, en muchos países, los extranjeros tienen, por término medio, más hijos que la población local.

Mientras que hasta este momento era fácil comprender el alcance de los mandatos divinos, ahora el v. 7 añade algo totalmente inesperado. En sus acciones deben proponerse como finalidad el *bienestar* (literalmente, *shalom*, «paz», «salvación», también en el v. 11) de la *ciudad* enemiga. La fórmula deuteronomística

«orar por» (Dt 9,20; 1Sam 7,5) supone una actitud benévola y un compromiso ante Dios. Nos encontramos aquí muy cerca del NT (Mt 5,44; 1Tim 2,1s), aunque no figure explícitamente la palabra «amar». La última frase da la explicación: están inseparablemente unidos el bienestar extranjero y el propio: ya no hay contraposición.

Esta extraña y provocativa idea *entra inmediatamente en conflicto* con algunos profetas y adivinos (vs. 8s), y ello tanto más cuanto que no respondía a las expectativas alimentadas por la mayor parte de las personas (literalmente: «no prestéis atención a los sueños que soñáis», opuesto a la escucha del v. 20; para los sueños cf. también 23,25). Dios se distancia de estos «profetas» con las mismas palabras ya referidas en los caps. 23 y 28. Mientras que los vs. 4-7 hablaban de establecerse en tierra extranjera, aparece ahora (v. 10) una nueva perspectiva en la posibilidad de un *retorno al cabo de 70 años.* Ésta fue, aproximadamente, la duración del imperio babilónico (del 612/605 al 539; cf. también 25,11s). Por tanto, en la tercera generación (de unos 30 años cada una) cumplirá Dios su *buena palabra* (también 33,14; en parecidos términos 1Re 8,56). Tienen todavía por delante una larga espera, pero ahora henchida de esperanza.

El v. 11 introduce algo único en su género. En ningún otro lugar paleotestamentario dice Dios que conoce sus propios planes. También los «planes de paz» y el «futuro» vinculado a la «esperanza» son elementos únicos (sólo en 31,17 se encuentra algún parecido). Aunque los hombres todavía no lo pueden prever, están ya trazados los planes de la nueva salvación. Dios *quiere paz y bienestar* (cf. v. 7 y Sal 85,9). El hecho de que es él quien lo afirma garantiza el cumplimiento.

Los tres últimos versículos describen la nueva y recíproca comunión entre el grupo, interpelado como

«vosotros», y Dios. El v. 12 vuelve sobre el tema de la oración del v. 7 y promete que será escuchada y favorablemente acogida. *También en tierra extranjera,* sujeta al influjo de otros dioses –según la mentalidad de aquella época–, *YHWH está presente* y actúa. También allí (y no sólo en Israel y en el Templo) se le pueden dirigir oraciones.

El v. 13 tiene como modelo Dt 4,29. Lo que en el Deuteronomio había prometido Moisés al pueblo, lo promete Dios aquí en primera persona. Se producirá el retorno a él de modo total y decidido (con todo el corazon). Esta certidumbre se expresa a través de un par de verbos «buscar - encontrar» (también Is 55,6 y Mt 7,7s), que indica, al principio del v. 14, la cooperación por parte de Dios. La certidumbre está unida al anuncio *de una época nueva*: «cambiar la suerte» significa, en la mayor parte de los casos, la revocación de una situación difícil y penosa y una renovación radical. Aquí se cumple la inversión: de la expulsión (no «disperso», sino «expulsado», como en 23,3) a la reunión, de la deportación (inclusión con el v. 4) al retorno.

Actualización

¿Cómo es que Jeremías cambia, tan de improviso, de perspectiva? Hasta ahora no habíamos hallado en su libro pasajes tan largos de promesas positivas. Con todo, aquí son tan sólo el preludio de la salvación de los caps. 30-31. La clave para comprender este cambio se halla en la experiencia del exilio: los sufrimientos de todo género transforman a los hombres. El sufrimiento provocado por la vergüenza puede curar del orgullo y ayudar a ser compasivos respecto de otras personas igualmente despreciadas. Ser extranjero puede suscitar la comprensión y la aceptación de la situación de otros

extranjeros. Experimentar en el propio cuerpo la privación de libertad o la opresión puede hacer surgir una más acusada sensibilidad por la justicia. «Israel», es decir, en primer lugar los deportados y sus descendientes, y cuantos se mantenían en contacto con ellos, fue transformado por el sufrimiento. Si nosotros crecemos en el bien, a menudo el punto de arranque de este crecimiento lo proporciona el sufrimiento, a condición de que lo aceptemos.

Fijar la residencia en tierra extranjera implica el riesgo de perder la propia identidad. También Israel cambió en el exilio. El ejemplo más patente es el v. 7 de nuestro texto. Ahora se acepta que YHWH no se preocupa sólo y exclusivamente del bienestar de su pueblo. Es el Dios universal (como en el Deuteroisaías), es también el Dios de la ciudad enemiga. Por esto se le puede suplicar en todos los lugares y por eso la misión de Jeremías alcanza a los otros pueblos (1,10). El tiempo pasado en tierra extranjera constituyó un desafío para Israel, le permitió ampliar su visión de las cosas y alcanzar mayor madurez en su contacto con otras personas y otras opiniones. ¿Hasta qué punto permitimos que nos afecten experiencias nuevas y «extranjeras»? ¿Estamos convencidos –también nosotros– de que Dios es el Dios de todos los hombres?

Si los hombres hubieran acogido seriamente, y ya desde el principio, esta exhortación a rezar *por los otros*, por la ciudad enemiga, el mundo se habría ahorrado inmensas desventuras. La auténtica plegaria no se queda en palabras, sino que pasa a la acción. Esta plegaria habría sido el punto de partida de una amistad y de una comunión capaces de unir a los pueblos, por encima de las diversidades y de las fronteras. A esto llama Dios, entonces y ahora. Colaboremos con él para convertir en realidad esta comunión universal.

XXII

DEL TERROR A LA PAZ, DE UNA ENFERMEDAD INCURABLE A LA CURACIÓN

"Voy a hacer cicatrizar tu herida"
(Jer 30,5-17)

5 *Así dice Yahvéh:*
Oigo gritos de terror,
de temor, y no de paz.
6 *Preguntad, pues, y ved*
si paren los hombres.
Entonces, ¿por qué veo a todo hombre
con las manos en las caderas, como parturienta,
y todos los rostros se alteran
7 *y en lividez se convierten?*
Sí, grande es aquel día,
no hay semejante a él;
tiempo de angustia es para Jacob,
pero será librado de él.
8 *Sucederá en aquel día*
–oráculo de Yahvéh Sebaot–
que romperé el yugo de su cuello
y quebraré sus coyundas.
No lo esclavizarán ya extranjeros;

9 *servirán a Yahvéh, su Dios,*
y a David, su rey, que les suscitaré.
10 *No temas, siervo mío, Jacob*
–oráculo de Yahvéh–,
no tengas miedo, Israel,
pues mira que voy a salvarte de un país lejano;
y a tu estirpe, del país de su cautiverio.
Volverá Jacob y reposará,
descansará sin que nadie le moleste.
11 *Pues contigo estoy yo*
–oráculo de Yahvéh– para salvarte,
porque voy a exterminar a todas las naciones
adonde te dispersé.
Sólo a ti no te exterminaré,
aunque te castigaré según lo merecido,
pues impune del todo no te dejaré.
12 *Porque así dice Yahvéh:*
Incurable era tu herida,
deshauciada tu llaga.
13 *Nadie defendió tu causa.*
Para una úlcera hay medicinas;
para ti no hubo cura alguna.
14 *Todos tus amantes te olvidaron,*
no se preocuparon de ti.
Como hiere un enemigo te herí,
con castigo riguroso,
por tu gran iniquidad,
porque fueron muchos tus pecados.
15 *¿Por qué gritas por tu herida,*
por tu dolor deshauciado?
Por tu gran iniquidad,
porque fueron muchos tus pecados,
te hice todo aquello.
16 *Por eso, cuantos te devoraron serán devorados*
y todos tus adversarios irán al cautiverio todos ellos.

Tus saqueadores serán saqueados,
y a cuantos te despojaron entregaré al despojo.
17 *Pero voy a hacer cicatrizar tu herida*
y voy a curarte de tus llagas
–oráculo de Yahvéh–,
porque te llamaron la expulsada, Sión,
la que no tiene quien la cuide.

Introducción

A los caps. 30-31 de Jeremías se les da, con evidente acierto, el título de «libro de la consolación». Al contrario que la mayoría de los textos de Jeremías, estos dos capítulos están llenos de esperanza. Ofrecen consuelo en medio de un mal repetidamente denunciado. El nombre que se les atribuye se justifica por la comparación con el «libro de la consolación de Israel», más extenso, de Is 40-55. Al parecer, estos dos capítulos fueron insertados más tarde en el libro de Jeremías y analizan, en particular, el tema de la desventura.

El núcleo de este escrito de la consolación está formado por seis poemas (30,5-31,22). Todos ellos comienzan con la «fórmula del mensajero» y anuncian el paso de una situación calamitosa y triste a otra de gozo y prosperidad. Hay una alternancia de personajes masculinos y femeninos. Un marco –predominantemente en prosa (30,1-4 y 31,23-40)– encierra los poemas y presta rasgos firmes y concretos a las imágenes de salvación. La fórmula de 30,1 (idéntica a la de 7,1; 11,1; 18,1) introduce la nueva colección; el v. 2 la presenta como completa («todas» las palabras) y como una unidad en sí («libro») y permite, junto con la nueva fórmula de introducción de 32,1, marcar los límites de la unidad 30,1-31,40.

El v. 30,3 actúa como título y describe su contenido mediante tres elementos. El primero, «cambiaré la suerte» (que reaparece en 30,18 y 31,23; en ningún otro lugar del AT se habla con tanta frecuencia del cambio), define a nuestro texto del mejor de los modos: es una «vuelta». Cuanto de culpa, de mal y de dolor había venido marcando la experiencia de los hombres y el libro de Jeremías, se vuelve ahora nuevo y bueno. Esta novedad abarca la vuelta de los deportados a la patria y su nueva toma de posesión de la tierra (segundo y tercer elemento). Todo ello se aplica al grupo que, caso único en la Biblia, es llamado «mi pueblo Israel y Judá». Se quiere restablecer así la antigua unidad entre el Norte y el Sur. El v. 4 es de transición y permite identificar los versos siguientes con la colección anunciada por los vs. 1-3.

Cada uno de los dos primeros poemas (30,5-11.12-17) *se inicia con la descripción de situaciones humanas* sin vías de salida. Los horrores de la guerra y la enfermedad incurable son a un mismo tiempo imagen y realidad de la comunidad a la que se dirige el profeta. Este pueblo ha sido golpeado por una gran catástrofe y se encuentra aún bajo sus efectos. Pero ahora Dios anuncia el fin de todo ello y la nueva salvación.

Comentario

El discurso de Dios (v. 5) comienza con una cita: (literalmente: «gritos de terror hemos oído», no «oigo gritos de terror»). Dios cita un *grupo* (nosotros) que percibe los gritos de otros individuos *intimidados por el horror.* Su hablar y su ser sin paz es oído por Dios, y ahora Él mismo comienza a hablar, retomando las palabras de estas personas. Se testifica así que Dios está atento a los hombres y que se compadece de ellos.

La pregunta irónica del v. 6 *desafía* a este grupo. Estos hombres «fuertes» tienen un comportamiento parecido al de la mujer en la hora del dolor más grande: el del parto. La posición de las manos y la lividez del rostro hacen pensar en un nacimiento. ¡Sólo que los hombres no pueden dar a luz! La pregunta divina pone de relieve el contraste entre una conducta que da muestras de debilidad y la presunta fortaleza varonil. Con esta provocación, Dios quiere suscitar una toma de conciencia y llevar a la comprensión de la situación real. También en nuestras propias vidas las provocaciones, los dolores y los desafíos abren la posibilidad de alcanzar una mayor madurez y una comprensión más profunda.

El grito de dolor «¡Ay!» del inicio del v. 7 (falta en Ausejo) remite al «día grande» de este mismo v., término con el que los profetas han anunciado el futuro *juicio divino* (Jl 2,11: «grande es el día de Yahvéh»; Am 5,18), un día que no tiene igual, como no lo tiene Dios (10,6s). Mientras que de ordinario este día significa un juicio sobre Israel, aquí indica la *salvación* realizada, mediante el paso a través de la desventura (parecido a Os 2,2), en favor de la comunidad que lleva un nombre que es sinónimo de su destino: «Jacob».

Los vs. siguientes (8-11) describen esta liberación. El v. 8 utiliza la típica expresión jeremiana de «romper el yugo» (2,20; 5,5; tres veces en el cap. 28). Aquí, por vez primera, el sujeto es Dios. Dirigiéndose directa y personalmente a la comunidad con la expresión «tu cuello... tus coyundas» (en el hebreo), Dios promete –retomando Is 10,27– *el fin del dominio extranjero.* En el futuro se tributará culto y adoración «a YHWH y a David» (v. 9; alusión a Os 3,5). Si se mencionan aquí, juntos, a Dios y a la autoridad política, es porque subyace en el fondo el ideal de un *orden político-religioso unitario.* Por tanto, Dios mismo suscitará un jefe que recibe desde

ahora, y de acuerdo con el modelo que se invoca, el título de honor: «David».

Los vs. 10s son una especie de resumen de Is 43,1-7 y reaparecen, en términos casi idénticos, en Jer 46,27s. Mientras que en el cap. 46, al final de los oráculos contra Egipto, estos dos versículos son una garantía de que, en medio de todas aquellas batallas, a Israel no le sucederá nada, aquí, en el cap. 30, prolongan el movimiento de liberación iniciado al final del v. 7. La doble exhortación del v. 10: «no temer», «no tener miedo» (igual al «no tengas miedo» de 1,17) es deuteronomística y se justifica en virtud del futuro regreso del destierro. Exhorta a *vivir pacíficamente* en el país, a una tranquilidad que contrasta con la devastación de que se hablaba en 7,33. El v. 11 aclara que no se producirá la temida destrucción y desaparición del pueblo, aunque sí habrá algún tipo de castigo. El único paralelo a la frase «te castigaré según lo merecido» es la petición «castígame, Señor... pero con medida», de Jer 10,24. *Se atiende aquí* la *petición* del cap. 10. Cuando Dios castiga, lo hace con mesura. La última frase, que depende de Éx 34,7, evoca la imagen de un Dios que incluso cuando condena es justo y misericordioso. Benditas sean las personas que, incluso en la corrección, consiguen creer en la justicia y la misericordia y no se endurecen en actitudes negativas.

La misma fórmula introductoria que abría el v. 5 anuncia, en el v. 12, el inicio de un nuevo poema. Una vez más, al principio el cuadro tiene tintes sombríos. La «herida incurable» ocupa el centro de las lamentaciones de 10,19 y 15,18. Dios confirma aquí aquella *situación sin esperanza* y en el v. 13 la subraya con más fuerza. La expresión «nadie defendió tu causa», exclusivamente jeremíaca, fue utilizada en 5,28 para acusar a los malvados y en 22,16, con sentido positivo, para la acción del rey; pero aquí Dios se dirige a una figura femenina (a

partir del v. 12 tenemos, en el hebreo, la forma femenina). Esta persona *no encuentra quien la defienda.* El único paralelo a los «remedios» y la curación que aparecen al final del versículo es 46,11: esta mujer corre la misma suerte que la «hija de Egipto», que en vano busca que la sanen los mejores médicos de la época.

A los dolores del cuerpo vienen a añadirse otros: *las heridas de una relación de amor rota* y luego el sufrimiento que brota del hecho de que Dios lo traiga a la memoria. De donde se deriva que *se experimenta a Dios como un enemigo* (v. 14). Por «amantes» (también 22,20.22; Os 2) pueden entenderse los pueblos amigos, que hicieron que Israel fuera infiel a su primer y verdadero amor, Dios. Ahora, en el momento de la desgracia, han desaparecido. Una mujer que sufre no es el sujeto adecuado para una historia de amor, y se desentienden de ella. También parece destruida la primera relación de esta mujer, la que tuvo con YHWH: es Dios mismo quien inflige la herida, y de manera dura, como sólo se golpea a los enemigos. La causa única de todo ello es la grave culpa de la mujer.

Ya el v. 14 era un reto lanzado a la ex-amada y ahora doliente. El v. 15 es una auténtica *provocación.* Cuando Dios pregunta a la mujer aquejada por una enfermedad incurable y acosada por los dolores: «¿Por qué gritas por tu herida?», agrava aún más sus relaciones con ella, ya tensas hasta el límite. Pero lo que Dios pretende por este medio es que *llegue a un discernimiento.* La enfermedad es incurable porque ha sido Dios mismo («yo») quien la ha herido. Y el motivo es la culpa (paralelo al v. 14) de la mujer.

El segundo poema tiene, al igual que el primero, una conclusión positiva. De una manera absolutamente inesperada, *el mal* que otros han causado a esta mujer *se abate ahora sobre sus enemigos* (v. 16). Cuatro afirmaciones describen, con juegos de palabras, el nexo existente

entre la conducta de la mujer y la nueva situación en que se encontrará (para «devorar» cf. también 10,25). Ahora la mujer herida puede respirar aliviada y alimentar nuevas esperanzas. De hecho, el v. 17 enuncia un cambio en la conducta divina: primero había herido (v. 14), pero *ahora es médico y cura* (Éx 15,26). Encuentra así respuesta y cumplimiento a la pregunta planteada en Jer 8,22. Y la razón de este cambio en Dios está en el lenguaje empleado por los enemigos: Dios no permite que a la mujer, identificada con Sión, se la llame «repudiada». Cuando a su mal comportamiento añaden la burla y el desconocimiento de Dios, los enemigos han sobrepasado sus límites.

Actualización

Los dos primeros poemas del libro de la consolación muestran por dos veces que Dios advierte el sufrimiento, lo recoge en sus palabras, que llegan incluso a ser provocadoras, y lo orienta, al fin, hacia una salvación inesperada. Este modo de actuar de Dios afecta, en los vs. 5-11, a un personaje masculino (Jacob) y luego, en los vs. 12-17, a una mujer, identificada con Sión. Ambos representan a la comunidad, de la que ya se había hablado antes (30,3) como de un pueblo unido y único, Norte y Sur juntos.

Uno de los elementos característicos del libro de la consolación es el hecho de que traza el boceto de la salvación sobre un fondo de desventura. Jer 30s no ofrecen un consuelo fácil, sino que hablan de una vida nueva que ha conocido el dolor y ha cruzado a través de penosas dificultades. Así lo refleja el lenguaje, que presenta muchas formulaciones típicas del libro de Jeremías; por ejemplo, y limitándonos al cap. 10, tenemos en nuestro texto tanto simples alusiones como ver-

daderas citas de los vs. 19s y 24s, en virtud de las cuales, pasajes que en un primer momento parecen negativos, se tornan después en bien. El libro de la consolación testifica así que las casi interminables lamentaciones y denuncias del libro de Jeremías no son la última palabra, sino el camino hacia una nueva y mayor felicidad. Y esto es válido también para nuestra vida actual: todo esto puede acercarnos a Dios. También el dolor puede ser un camino para amarlo más. Nuestro sufrimiento puede llevarnos a desear más profundamente a Dios y a la liberación que procede de él.

Ambos poemas subrayan dos rasgos aparentemente opuestos de Dios. Por un lado, es un Dios sensible y atento, que vuelve su mirada a los que sufren, comprende su dolor y les responde. Del otro, es un Dios desafiante. Cuando habla con Jacob y Sión, no les ahorra tener que enfrentarse con la verdad de su situación (v. 6), incluida su culpabilidad (v. 14s). No es un Dios que contemple con indolencia las situaciones creadas por la libertad de los hombres; al contrario, las pone bajo plena luz, descubre sus causas e indica, de este modo, el camino de la salvación. Justamente en virtud de esta conexión entre atención y desafío, presente en Dios, podemos fiarnos siempre de él, no sólo cuando advertimos su atención, sino también cuando lo experimentamos como ausente, duro, exigente y hasta enemigo. ¡Dejémonos guiar por él a lo largo de sus caminos!

XXIII

LA RECONSTRUCCIÓN MATERIAL Y ESPIRITUAL UNE EN EL GOZO ANTE DIOS

"Con amor eterno te amé"
(Jer 30,18-31,6)

18 *Así dice Yahvéh:*
Mirad: voy a cambiar la suerte de las tiendas de Jacob,
y de sus moradas voy a compadecerme.
Se reedificará la ciudad sobre su escombrera,
y el palacio en su justo lugar se asentará.
19 *De ellos saldrá la alabanza*
y el canto de gentes jubilosas.
Los multiplicaré y no disminuirán,
los honraré y no serán envilecidos.
20 *Sus hijos serán como antes,*
su comunidad se afianzará ante mí,
y castigaré a todos sus opresores.
21 *Su caudillo será uno de ellos,*
su soberano saldrá de su seno;
lo dejaré aproximarse, y a mí se acercará,
porque, ¿quién arriesgará su vida
para acercarse a mí?
–oráculo de Yahvéh–.

22 *Vosotros seréis mi pueblo*
y yo seré vuestro Dios.
23 *Mirad la tempestad de Yahvéh:*
se desencadena un furor,
se agita un huracán,
se lanza sobre la cabeza de los malvados.
24 *La ira furibunda de Yahvéh no cede*
hasta que realice y ejecute
los planes de su corazón.
Al fin de los días
lo comprenderéis.

1 *En aquel tiempo –oráculo de Yahvéh–*
seré el Dios de todas las tribus de Israel
y ellas serán mi pueblo.
2 *Así dice Yahvéh:*
Gracia encontró en el desierto
un pueblo de huidos de la espada.
Cuando iba Israel a su reposo,
3 *de lejos se le apareció Yahvéh.*
Con amor eterno te amé
por eso te prolongué mi favor.
4 *Volveré a edificarte y serás reedificada,*
virgen de Israel;
volverás a adornarte con tus tambores
y saldrás al corro de gentes jubilosas.
5 *Volverás a plantar viñas*
en los montes de Samaría;
plantan los plantadores y recogen.
6 *Porque llega el día en que gritan los centinelas*
en las montañas de Efraím:
¡Levantaos! ¡Subamos a Sión,
a Yahvéh, nuestro Dios!

Introducción

También los dos poemas centrales del libro de la consolación se caracterizan por el tema de la «vuelta». De todas formas, en ellos no se sitúa ya en el primer plano el sufrimiento (terror y enfermedad, como en 30,5-17), sino más bien el aspecto de la reconstrucción. Los edificios, la comunidad, las relaciones, todo cuanto había sido destruido volverá a su estado anterior. El tercer poema continúa en 30,18 con el personaje masculino (Jacob) del primer poema; el cuarto (31,2-6) vuelve sobre la figura femenina del segundo poema, aunque aquí recibe el nombre de «virgen de Israel».

Comentario

La misericordia divina no se extiende solamente a los hombres, sino que abarca también los edificios (v. 18). En una tierra que yace en un estado de completo abandono, Dios piensa incluso en la reconstrucción material, *revocando así el castigo por la apostasía de la ciudad de Jerusalén.* Dt 13,17 había amenazado con que esta ciudad se convertiría en «una ruina para siempre», que jamás sería reedificada. Jer 30,18 invierte totalmente esta afirmación. La ciudad (= Jerusalén), que ha perecido por su culpa, será reconstruida sobre su *tell* (= «ruinas») y serán asimismo reconstruidos sobre sus antiguos emplazamientos los edificios representativos («palacios»). Toda generación que sale de una guerra sabe bien que poder habitar en casas no derruidas y formar parte de una comunidad es una señal de misericordia y de gracia.

La lamentación de 15,17 había mostrado el dolor por no poder gozar de la compañía de gente alegre; pero en 30,19 la ciudad reedificada testifica que es

todavía capaz de sentimientos de gratitud, alabanza y gozo. Todos y cada uno pueden participar de esta *sobreabundante felicidad.* Se desvanece incluso la amenaza de frustrarse como comunidad («no disminuir», cf. 29,6) y de desaparecer bajo el peso del desprecio, porque Dios se preocupa por el número y el honor de la comunidad nueva. El v. 20 confirma esta garantía divina con tres afirmaciones. Además, a la comunidad, tan numerosa como en el pasado, Dios le promete la *supervivencia como asamblea religiosa* («ante mí»; de modo parecido en Sal 23,5).

Con el v. 21 volvemos a la ley sobre la caída de una ciudad de Dt 13. Allí se citaba como causa el hecho de que «han salido hombres, hijos de Belial, de tu misma raza» (Dt 13,14). La misma fórmula («de su seno», es decir, uno de entre ellos, de su misma raza) cualifica aquí, en el libro de la consolación, al jefe, que es admitido a una proximidad extraordinaria con Dios (comparable a la de Moisés, Éx 24,2) y representa a la comunidad ante Él. Aquello que antes había llevado a hombres pertenecientes a la comunidad al servicio de los ídolos y a la caída, aquí *une con Dios.* Al jefe de esta comunidad le concede Dios un privilegio que ningún hombre puede asumir por sus propios méritos.

Ahora la comunidad está estrechamente relacionada, a través de su jefe, con Dios. Por tanto, la fórmula de la alianza y tal vez también el cambio a la segunda persona del plural (como en 11,4) es la adecuada *expresión de esta renovada y recíproca relación* (v. 22).

En esta nueva comunidad, *no hay lugar para los malvados.* Los vs. 23s hablan, a través de las imágenes de la tempestad y de la ira ardiente, del juicio que caerá sobre ellos. Estos dos versículos se toman de 23,19s y remiten, además, al cap. 25. «Se lanza sobre la cabeza» es una expresión cuyo único paralelo es la maldición que David pronuncia contra Yoab por haber matado a

Abner (2Sam 3,29). «No cede la ira furibunda de Yahvéh» podría contener una alusión a 2Re 23,26, donde se expresa, con estos mismos términos, el juicio inevitable sobre Jerusalén. Ambas locuciones evocan una culpa que siempre ha desembocado en la ruina. Así, pues, de acuerdo con los planes divinos y su poderosa acción, los malvados no subsistirán. Pero la comunidad de cuantos están unidos a él (segunda persona plural, como en el v. 22) tardará en comprenderlo. La fórmula de la alianza, repetida de nuevo en 31,1, confirma el vínculo con Dios, ahora prometido a todos los clanes familiares («todas las tribus», no sólo a la comunidad).

La singular denominación de «pueblo de huidos de la espada» designa, en 31,2, a los supervivientes de la catástrofe del 587. Se refiere a aquellos que –a una distancia de decenios– se han convertido de nuevo en un «pueblo» que «en el desierto» de su propio país devastado o en el de la diáspora entre las naciones, han encontrado, de maravilloso modo, una *salvación* del todo inesperada. La expresión «gracia encontró» (sólo en este lugar sin la habitual continuación «a los ojos de») destaca que este acontecimiento es un don inesperado. Ahora el pueblo, tras haber experimentado en su propia vida que al negarse a escuchar provocó el desencadenamiento de las maldiciones anunciadas en Dt 28 (especialmente v. 65) puede conocer la revocación. Y encuentra, al fin, la tranquilidad.

El v. 3 comienza con la cita de las palabras del pueblo: «De lejos se me apareció Yahvéh» (no «se le»). «De lejos» puede significar varias cosas: distancia temporal (y cabría entonces pensar en el Sinaí, Éx 19ss), lejanía espacial (Dios ha estado cerca también de los deportados, Jer 30,10) o distancia en la relación (Israel se ha distanciado de su Dios). Lo más probable es que se trate de los dos últimos significados. Ya en 23,23 se había

afirmado, a través de una pregunta, que Dios abarca también lo lejano. Ahora, responde al reconocimiento de Israel con una singular *profesión de su incesante amor.* Por lo que hace a la intensidad, este modo de expresar el *amor* no tiene paralelos; se presenta como una combinación del pasaje del amor de Jonatán a David («amar con amor», 1Sam 20,17) y del elogio de la reina de Sabá («por el amor que Yahvéh tiene siempre», 1Re 10,9). La frase final –que debe leerse como cumplimiento de la petición del Sal 36,11– confirma esta relación permanente.

Ya la respuesta divina del v. 3 presentaba el verbo en la segunda persona femenina; en el v. 4, este personaje recibe el título de honor de «virgen de Israel» (de nuevo en el v. 21 y en 18,13). La gracia de Dios convierte al pueblo, a la mujer adúltera (3,1-11; 4,30s, etc.) *nuevamente en una virgen.* El término «edificar», aplicado a mujeres, significa el don de engendrar hijos (Gén 16,2 a propósito de Sara; 30,3 para Raquel); la restauración de los edificios de 30,18 encuentra así un complemento en la generación de los hijos. Sólo hay otros tres pasajes que traigan juntos los términos *salir, virgen, tambores y danza* (o «corro»): Éx 15,20, Jue 11,34 y 1Sam 18,6. El gozo de la vida que vuelve a florecer como antes («volverás», tres veces repetido en los vs. 4s) *irrumpe así exhuberante*, como por las grandes victorias del pasado.

En aquel país devastado se habían perdido los viñedos, que necesitan grandes cuidados. Pero ahora volverán a ser plantados (v. 5) y no acontecerá nunca más lo que Dt 28 había enunciado como una maldición: uno es quien planta la viña con trabajo y otro quien disfruta de sus frutos (v. 30, así también en la ley de la guerra de Dt 20,6). *Disfrutar personalmente de los frutos del propio trabajo* es un bien que se obtiene por escuchar a Dios, y será un don de este tiempo futuro.

Ya el v. 5 había hablado de «los montes de Samaría», en el territorio del reino del Norte, y el v. 6 continúa esta indicación topográfica con la designación, más amplia, de «montaña de Efraím» (que incluye toda la zona montañosa al Norte de Jerusalén, hasta la llanura de Izreel). El «levantaos» de Jer 6,4s (el otro único pasaje en que aparece esta expresión en hebreo) daba la señal para el ataque de los enemigos contra la ciudad de Jerusalén. Aquí, la misma exclamación incita a los hombres del Norte al *culto común de YHWH* en Sión (cf. también Miq 4,2.5). Los hombres retornan en agradecida peregrinación y se reencuentran con aquel de quien procede esta bendición: el Dios único.

Actualización

Estos dos poemas describen la reconstrucción de la comunidad. Cuando hay que empezar a partir de cero, por ejemplo, después de una guerra, a menudo se considera que lo más apremiante son los factores externos: los edificios destruidos, la necesidad de asegurar los abastecimientos, la falta de dinero, los problemas de la administración pública. Llama, por tanto, la atención el hecho de que el libro de la consolación se detenga en otros factores. Cada una de las dos partes del tercer poema concluye con la fórmula de la alianza, que expresa la relación existente entre Dios y el pueblo (30,22; 31,1). En la primera parte (30,18-22) resalta la proximidad del soberano con Dios (v. 21); allí donde los responsables están unidos a Dios, puede florecer la comunidad en un marco estable (también v. 20). El cuarto poema acentúa aún más la dimensión religiosa de la reconstrucción. Únicamente al amor ininterrumpido de Dios debe atribuirse la supervivencia (31,3), y la única respuesta a esta vida nueva que él da es subir juntos al

monte Sión para adorarle (v. 6). Los hombres de hoy día construimos mucho más de cuanto se había hecho en el pasado: edificios, proyectos, medios de comunicación, transportes... ¿Somos también conscientes de que todo esto se fundamenta en que Dios se vuelve amorosamente hacia nosotros y de que sólo en él tienen todas las cosas existencia?

Además del hecho de que esta comunidad está constituida por la relación con Dios, otra de sus características es el gozo sobreabundante. Los vs. 30,19-31,4 describen con fórmulas en parte únicas (por ejemplo, «adornarse con tambores», «corro de gentes jubilosas») que el crecimiento de la comunidad y la reconstrucción material se expresan también en las relaciones internas y externas de los hombres. Este gozo une entre sí a las personas comprometidas en la reconstrucción y es una de las más fuertes motivaciones para el trabajo en común.

No puede pasarse por alto que estos dos poemas toman una posición contraria a la de los testimonios deuteronómicos y deuteronomísticos. Según ellos, quedan abolidos los castigos anunciados (Dt 13; 28), porque la misericordia divina ha puesto fin al tiempo del sufrimiento y de la penitencia. Ahora se advierte con claridad que su amor eterno lo abarca todo: los tiempos de la aflicción y los de la reconstrucción. ¿Somos capaces de creer que también en el sufrimiento somos amados por Dios?

XXIV

LA MISERICORDIA DE DIOS HACE POSIBLE EL RETORNO A LA PATRIA

"Se conmueven por él mis entrañas"
(Jer 31,7-22)

7 *Porque así dice Yahvéh:*
Gritad de alegría por Jacob,
exultad por la primera de las naciones,
proclamad, cantad y decid:
Salvó Yahvéh a su pueblo,
al resto de Israel.
8 *Mirad que voy a traerlos del país del norte,*
voy a recogerlos de los confines de la tierra;
entre ellos están los ciegos y los cojos,
la que está encinta y también la que que ha dado a luz.
Una gran comunidad vuelve de aquí.
9 *Vienen con llanto*
y los guío con alivio;
los llevo a torrentes de agua,
por camino recto, donde no tropiecen,
porque soy para Israel un padre,
y Efraím es mi primogénito.
10 *Escuchad, naciones, la palabra de Yahvéh,*

anunciadla en las islas lejanas y decid:
Quien dispersó a Israel lo reúne
y lo guarda como pastor a su rebaño.
11 *Pues Yahvéh rescata a Jacob,*
lo libra de la mano de otro más fuerte.
12 *Vienen y exultan en el alto de Sión,*
afluyen a los bienes de Yahvéh,
al trigo, al vino y al aceite,
a los corderos y a las vacas.
Su alma será como jardín regado,
y no volverán a languidecer más.
13 *Se alegrará entonces la doncella en la danza,*
y los jóvenes y los viejos se regocijarán.
Cambiaré su tristeza en alegría;
los consolaré y alegraré después de su dolor.
14 *Saciaré el alma de los sacerdotes con grasa*
y mi pueblo se hartará de mis bienes
–oráculo de Yahvéh–.
15 *Así dice Yahvéh:*
¡Escuchad! En Ramá se oye un lamento,
un llanto muy amargo:
Raquel llora por sus hijos,
no quiere dejarse consolar
por sus hijos, porque ya no existen.
16 *Así dice Yahvéh:*
Reprime tu voz del llanto
y tus ojos de las lágrimas,
porque hay recompensas a tu pena
–oráculo de Yahvéh–:
volverán del país enemigo.
17 *Hay para tu futuro esperanza*
–oráculo de Yahvéh–:
volverán a su territorio tus hijos.
18 *Oigo muy bien a Efraím lamentarse:*
Me has castigado y aguanté el castigo
como novillo no domesticado.

Conviérteme, que quiero convertirme,
pues tú eres Yahvéh, mi Dios.
19 *Porque después de haberme convertido,*
siento arrepentimiento;
y después de haberme conocido,
me doy golpes de pecho;
estoy avergonzado y compungido,
y soporto por eso la infamia de juventud.
20 *¿Es Efraím para mí un hijo tan querido*
o un niño de tal predilección
que siempre que hablo de él
lo recuerdo aún más?
Por eso se conmueven por él mis entrañas
y tengo que compadecerme de él
–oráculo de Yahvéh–.
21 *Levántate señales,*
colócate hitos;
presta atención a la calzada,
al camino que anduviste;
vuelve, virgen de Israel,
vuelve a estas tus ciudades.
22 *¿Hasta cuándo andarás errando,*
hija rebelde?
Pues Yahvéh crea una novedad en la tierra:
la mujer circunda al varón.

Introducción

Los dos últimos poemas del libro de la consolación giran en torno al tema del retorno. El quinto poema describe el camino del regreso dividido en dos etapas (vs. 7-10.11-14), cada una de las cuales presenta tres elementos: alabanza, liberación, alegría. La primera etapa es el retorno al país; la segunda –retomando el movimiento de 31,6– la gozosa llegada ante Dios en

Sión (v. 12). Las imágenes usadas hacen recordar al Deutero y al Tritoisaías, de los que este quinto poema parece ser un compendio. Presenta, efectivamente, agrupadas, significativas expresiones de aquellos textos y concentra, por consiguiente, en un espacio reducido, una enorme abundancia de imágenes de salvación.

El sexto poema (31,15-22) vuelve –o así parece a primera vista– a un estadio anterior: como al principio del libro de la consolación (por ejemplo, 30,5s), nos hallamos ahora, una vez más, enfrentados a la desventura, bajo la forma del luto de una madre por la muerte de sus hijos (v. 15), de la culpa de Efraím (vs. 18s) y de la indecisión de la hija rebelde (v. 22). El retorno a la situación de felicidad, invocada en el quinto poema, no es todavía una realidad, espera el tiempo de su cumplimiento, aunque los hombres vacilen. Dios exhorta por tres veces, es decir, con insistencia, a esperar, a pesar y por encima de todo cuanto impide a estas personas creer en un retorno.

Comentario

La fórmula del mensajero del v. 7 indica, como en los casos precedentes, el inicio de un nuevo poema. Dios invita al *júbilo* (cinco veces) y a invocarlo: «¡Salva, Yahvéh...¡» (no: «salvó Yahvéh»). Esta alegría tiene como destinatario a Jacob, «la primera de las naciones», una expresión que transfiere a todo el pueblo que ha quedado tras la guerra y la deportación (el «resto de Israel») un título propio de David (2Sam 22,44: «cabeza de las gentes»). El júbilo manifiesta la alegría por todo cuanto Dios quiere hacer a este pueblo, y por aquello por lo que desearía ser rogado: su liberación, descrita en los vs. siguientes como un retorno feliz.

El v. 8 establece un paralelo entre «el país del norte» y «los confines de la tierra». De allí viene el enemigo en el otro único pasaje en que aparecen estas dos expresiones (Jer 6,22). Pero lo que antes había llevado a la destrucción, Dios lo cambia ahora en una gran salvación: de las tierras de los enemigos *regresan incluso aquellos que con sus solas fuerzas* habrían sido *incapaces* de conseguirlo. Hasta los inválidos y las mujeres encintas o que han dado a luz recientemente pueden recorrer este camino, porque *exige poco esfuerzo* (v. 9). Muy al contrario que los cuarenta años de travesía del desierto, en el tiempo del éxodo de Egipto, aquí ahora el agua es abundante («torrentes de agua», una expresión que, fuera de aquí, sólo se encuentra en Dt 8,7 y 10,7 para describir la tierra prometida, llena de frutos y bendecida por Dios). El camino es ahora recto, sin desviaciones ni peligros. La marcha del pasado había contemplado, en cambio, la muerte de una generación entera a causa de las murmuraciones y de las continuas rebeliones. No es extraño que el consuelo por el retorno inesperado provoque lágrimas de alegría («vienen con llanto»). El final del versículo une en una dos extraordinarias afirmaciones de Dios: la promesa a David de ser para él como un padre (2Sam 7,14), transferida aquí a todo el pueblo (de modo parecido en el v. 7; cf. *supra*) y la declaración hecha a Israel de que es su primogénito (Éx 4,22), se aplican ahora a Efraím, el descendiente predilecto de Jacob = Israel. La combinación de estas dos afirmaciones crea un vínculo mutuo de exclusiva proximidad y compromiso entre Dios y el pueblo.

La segunda parte del quinto poema se inicia con una *alabanza* (v. 10) y exige que *sea anunciada* hasta los últimos confines de la tierra («islas lejanas»). La alabanza consiste en la proclamación de un nuevo modo de actuar por parte de Dios. En vez de dispersar, como ha hecho hasta ahora (llevar al destierro), el movimiento se

invierte, cambia a mejor y con sobreabundancia: Dios anuncia, mediante la imagen del pastor (cf. Is 40,11), su preocupación por el pueblo. El v. 11 alude, con los términos «rescate» y «redención» (o «liberación») a *premisas legales* para el retorno y la reunificación de Israel descritos hasta ahora. Esta liberación de los débiles frente al poder de los «fuertes» (también Sal 35,10) es algo que provoca admiración y que sólo es posible con la ayuda divina. Puede comprenderse el estupor y el consuelo que debió experimentar el miserable grupito de los israelitas al verse liberados de la dominación padecida en Mesopotamia a manos de una de las mayores superpotencias de aquel tiempo.

En la patria, tras el regreso, abundarán de nuevo las mieses y los frutos de la tierra y se multiplicarán los rebaños y el ganado, hasta tal punto que la gente se presentará, llena de alegría, ante YHWH en Sión (v. 12). Los dones divinos superan en tal medida todas las expectativas humanas que las almas (*nefesh*, como en el v. 14) son *plenamente felices*. La comparación con el jardín regado (cf. Is 58,11) indica que los deseos han sido cumplidos. En respuesta, encontramos, en el v. 13, la alegría compartida de todos (hombres y mujeres, jóvenes y ancianos), una alegría que expulsa todo dolor y toda aflicción. *Situar en primer término a una virgen* en una lista es un hecho sin paralelos en la Biblia. Mencionar en primer lugar a una mujer, y además joven, subraya el papel especial atribuido a las mujeres en el libro de la consolación. Es también único, en el libro de Jeremías, el hecho de que sea Dios quien consuela. En 16,7 Dios había prohibido una acción semejante al profeta; pero aquí, lo hace él mismo. El v. 14 vincula el cumplimiento de todo cuanto había sido anunciado en el v. 12 a una promesa *in crescendo*: serán saciados no solamente todo el pueblo, sino *también los sacerdotes* (¿acaso eran más exigentes?), y ello «con

grasa», es decir, con todo cuanto había de *mejor* y de más precioso en aquellos tiempos. Si conseguimos encontrar a Dios también en una vida próspera y sobreabundante, entonces saciará con el máximo de los bienes no sólo el hambre, sino también los deseos de nuestras almas.

La nueva fórmula del mensajero (v. 15) nos transporta, en este punto, casi a otro mundo. El llanto amargo (fuera de aquí sólo aparece en 6,26) de una *madre desolada por la muerte de sus hijos* arroja dudas sobre las esperanzas alimentadas hasta ahora. Raquel, la esposa preferida de Jacob y madre del pueblo, figura simbólica, llora en Ramá, lugar de reunión de los deportados antes de partir al destierro (40,1). La madre conserva la memoria de quienes ya no existen. En su dolor inconsolable, quiere mantener vivo su recuerdo. Con estas mismas palabras expresará Mt 2,18 el dolor por la matanza de los inocentes de Belén.

En vez de mostrar comprensión y compasión, en el v. 16 Dios da una respuesta aparentemente dura a los sentimientos de esta mujer. La exhorta a no seguir llorando, más aún, *ordena que ponga fin a las lágrimas.* Hace ya demasiado tiempo que una aflicción paraliza al pueblo entre sus espirales y lo incapacita para ver el florecimiento de un nuevo bien y de la comunicación con los otros. Dios se pronuncia contra esta situación y dirige la mirada a lo que está por venir. La recompensa por las penas sufridas (texto parecido en Is 40,10) por la madre está en el *retorno de los hijos* (v. 17, sin el «tus»): si no sus hijos, sí sus descendientes volverán al país de sus antepasados.

Tras Raquel, toma la palabra su nieto, Efraím (v. 18; cf. las referencias al Génesis). Ahora es Dios mismo quien repite sus palabras: También Efraím llora, pero aquí a causa de sus propias culpas. El castigo sufrido ha dado buenos frutos. Ya domesticado, puede presentar

su súplica y su deseo de volver (*shub*, en la doble acepción de volver y de convertirse) y puede confesar su fe en Dios. A todo ello se añaden (v. 19) los remordimientos, la gratitud y la vergüenza por los pecados del pasado («juventud», cf. 3,24s). Efraím, el joven Israel, *se ha convertido tanto interna como externamente* (el mismo gesto de luto, de golpearse el pecho [literalmente: «el muslo»] en Ez 21,17).

Dios ha advertido todo esto (inicio del v. 18) hasta tal punto que cita largamente a Efraím y, en el v. 20, *manifiesta los profundos sentimientos que alimenta hacia él.* En la doble pregunta, al principio de este versículo, Dios muestra que ni él mismo sabe explicarse lo que siente por Efraím. Es como el hijo predilecto, el más amado, aquel por el que se pierde la cabeza. De otra manera, sería incomprensible cómo su sola mención suscita recuerdos inevitables y fuertes emociones («se estremecen mis entrañas») en su interior. No puede hacer otra cosa, tiene que compadecerse de él. Este versículo ofrece una singular descripción de Dios (parecida a Os 11), humano y lleno de sentimientos. Su afecto por este joven incauto, que comete errores, es tan grande que debe perdonarle una y otra vez. El Dios que, a pesar de todo, se inclina continuamente hacia nosotros y cuyos sentimientos y recuerdos nos acompañan incesantemente es, también para los hombres de hoy, la esperanza de futuro.

En el v. 21 Dios se dirige a una mujer, la vírgen (de) Israel, como en el v. 4. También ahora hay que señalizar el camino de salida, para un *retorno que ya ha sido decretado, pero aún no se ha puesto en marcha* (v. 22). Las dudas de la virgen (Israel) dan pie al apelativo «hija rebelde», que, fuera de este pasaje, sólo se usa, en (49,4), para referirse a los ammonitas. Estos titubeos son incomprensibles porque Dios ya *ha empezado a renovar* el país (en vez de «la tierra»).

Este cambio está relacionado con el distinto papel que aquí se atribuye a la mujer. La enigmática frase final (¿qué quiere decirse exactamente con el verbo «ceñir» o «circundar»?) contempla a la mujer como sujeto activo en sus relaciones con el varón. El núcleo poético del libro de la consolación se había iniciado, en 30,6, con hombres débiles como parturientas; y concluye, en 31,22, retomando aquella imagen, pero afirmando que ahora es la mujer la que acude en ayuda del hombre.

Actualización

El mensaje de este sexto poema es que Dios está interiormente conmovido por nuestro amor y que, por así decirlo, no le queda más remedio que perdonarnos. Alcanza aquí su punto culminante la historia de las relaciones interpersonales. Los personajes (simbólicos) de la parte poética del libro de la consolación nos presentan una familia, con sus afectos, sus sentimientos y sus predilecciones. Jacob había sido el hijo predilecto de Rebeca (Gén 25,28). Él mismo había preferido a Raquel sobre Lía (Gén 29,18.30) y, poco antes de morir, había puesto su mano derecha sobre la cabeza del joven Efraím, más querido que su hermano mayor, Manasés, otorgándole con este gesto la precedencia en la bendición (Gén 48,14ss.20). Estas páginas de Jer traen el recuerdo de aquella historia de antecesores privilegiados del pasado de Israel, junto con sus consecuencias negativas (como, por ejemplo, creerse mejores, engañar a los otros, tener que marchar a tierras lejanas, etc.). Basta, para comprender la peculiaridad de todo ello, advertir, por ejemplo, que fuera del Génesis, Raquel es mencionada sólo tres veces. El amor de Dios (31,3) y su incesante afecto (v. 20) envuelven también esta historia, con sus pecados y sus dolores, y sanan

para siempre lo que había en ella de aflicción y pesadumbre.

Ya hemos señalado que en el sexto poema los principales personajes masculinos y femeninos a quienes se dirige la palabra se alternan tres veces (frente a una sola vez en los otros poemas). El motivo es la transición de la «abuela» Raquel a sus descendientes, el nieto Efraím y la virgen Israel, a un mismo tiempo hija y rebelde. Con los descendientes entra en escena una generación nueva, joven (cf. también 31,4.13), que siente hacia las mujeres mayor estima que en el pasado. No existe ningún otro texto bíblico que sitúe, uno junto al otro, al hombre y a la mujer, en una alternancia tan regular como lo hace el libro de la consolación, subrayando de esta manera su equivalencia y su igualdad.

Las dos últimas perícopas del núcleo poético juegan con el doble significado del hebreo *shub*. Se pide no sólo la *vuelta* geográfica, sino también la *conversión* personal. Se trata de una exigencia válida también en nuestros días: la conversión es condición para la vuelta y, más aún, para, una vez vueltos, sentirse en casa.

XXV

LA VIDA NUEVA EN LA CIUDAD DE DIOS

"Todos ellos me conocerán, desde
el más pequeño al más grande"
(Jer 31,23-40)

23 *Así dice Yahvéh Sebaot, Dios de Israel:*
Se dirá todavía esta frase
en el país de Judá y en sus ciudades,
cuando cambie su suerte:
¡Que Yahvéh te bendiga,
morada de justicia,
montaña santa!
24 *Habitarán allí Judá y todas sus ciudades a la vez,*
los agricultores y los que guían el rebaño.
25 *Porque yo conforto al alma agotada*
y lleno a toda alma desmayada.
26 *En esto me desperté y miré,*
y mi sueño me resultó agradable.
27 *Mirad que vienen días –oráculo de Yahvéh–,*
en que sembraré la casa de Israel y la casa de Judá
con simiente de hombres y con simiente de animales.
28 *Y como velé por ellos,*
para arrancar y arrasar,
para derruir, destruir y afligir,

así velaré por ellos
para edificar y plantar
–oráculo de Yahvéh–.
29 *En aquellos días no se dirá más:*
Los padres comieron agraces,
y los dientes de los hijos sufren la dentera.
30 *Sino que cada cual morirá por su culpa;*
todo aquel que coma agraces
sufrirá en sus dientes la dentera.
31 *Mirad que vienen días*
–oráculo de Yahvéh–,
en que sellaré con la casa de Israel
y con la casa de Judá
una nueva alianza.
32 *No será como la alianza*
que sellé con sus padres
el día en que los tomé de la mano
para sacarlos del país de Egipto.
Ellos rompieron mi alianza,
y yo los traté como señor
–oráculo de Yahvéh–.
33 *Ésta será la alianza*
que sellaré con la casa de Israel,
después de aquellos días
–oráculo de Yahvéh–:
Pongo mi ley en su interior
y la escribo en su corazón;
yo seré su Dios
y ellos serán mi pueblo.
34 *No tendrá ya que enseñarse uno a otro*
ni una persona a otra, diciendo:
Conoced a Yahvéh,
porque todos ellos me conocerán,
desde el más pequeño al más grande
–oráculo de Yahvéh–,
cuando perdone su culpa

y no recuerde más su pecado.
35 *Así dice Yahvéh,*
que coloca el sol para lucir de día,
las leyes de la luna y las estrellas para lucir de noche,
que agita el mar y braman sus olas,
Yahvéh Sebaot es su nombre:
36 *Si cesaran estas leyes ante mí*
–oráculo de Yahvéh–,
también la estirpe de Israel dejaría
de ser una nación ante mí perpetuamente.
37 *Así dice Yahvéh:*
Si se midieran los cielos allá arriba
y se sondearan los cimientos de la tierra aquí abajo,
también yo rechazaría a toda la estirpe de Israel
por todo lo que han hecho
–oráculo de Yahvéh–.
38 *Mirad que vienen días –oráculo de Yahvéh–, en que se reedificará la ciudad para Yahvéh desde la torre de Jananel hasta la puerta del ángulo.* 39 *Y la cuerda de medir saldrá aún en línea recta por encima de la colina de Gareb y se volverá hacia Goá.* 40 *Y todo el valle, los cadáveres y la ceniza y todos los campos hasta el torrente Cedrón, hasta el ángulo de la puerta de los caballos, al este, serán cosa santa para Yahvéh. No se arrancará ni se destruirá nunca más.*

Introducción

Tras las seis composiciones en poesía, volvemos a la prosa que enmarca el libro de la consolación. Ya el inicio, 30,1-4, estaba en prosa y esta misma forma utiliza la conclusión (del 31,23 hasta el final) con la única excepción de los vs. 35-37. Mientras que la prosa sirve sobre todo para el discurso en tercera persona y para las situaciones concretas, se recurre a la poesía para las alo-

cuciones en segunda persona y para el lenguaje en imágenes. La perícopa 31,23-40 se compone de cinco pequeñas unidades, cada una de ellas de tres o cuatro versitos, que presentan bajo diversos aspectos la vida nueva a la que habían aludido los poemas anteriores.

La primera sección (vs. 23-26) habla de la convivencia en prosperidad, en la que nada falta, y termina con un comentario enigmático (v. 26). Las dos secciones siguientes (vs. 27-34) describen las nuevas premisas para la salvación. La segunda (vs. 27-30) se subdivide en dos partes. La multiplicación de los nacimientos de hombres y animales, unida a la limitación impuesta a la extensión de la culpa, hace surgir la esperanza de que la vida, hasta ahora vivida como una opresión (luchas continuas, incluso para la mera subsistencia) será menos dura. La tercera sección, intermedia (vs. 31-34), está considerada como el texto más célebre del libro de Jeremías y el más ampliamente citado en el NT (Heb 8,8-12). La nueva alianza fundamenta la relación Dios-hombre sobre una base segura y estable. El conocimiento interior de Dios y su perdón hacen que esta alianza –a diferencia de la anterior– no esté ya expuesta al riesgo de ser quebrantada. Las dos últimas secciones contemplan la continuidad de la existencia: tanto el pueblo (vs. 35-37) como la ciudad (vs. 38-40) seguirán viviendo eternamente en presencia de Dios.

Comentario

La fórmula del mensajero, ampliada con dos atributos divinos, anuncia (v. 23) algo singular. Tras el cambio del destino de desventura (una repetición de 30,3), muchas cosas volverán a ser como antes. Señal de ello es la bendición con que Dios alcanza y colma a los hombres, que *comunican después a otros su proximidad y su*

fecundidad. La bendición se refiere a un lugar, que viene determinado con dos expresiones: «morada de justicia», usada en 50,7 para YHWH y aquí probablemente referida a la ciudad (¿y también al país?) y «montaña santa» (literalmente: «monte del santuario», cf. también Is 27,13 y Zac 8,3), que indica el monte Sión con el Templo. Llega así a su término la injusticia que había desembocado en la caída de la ciudad y la profanación del Templo. En este lugar «ideal» *vivirán todos juntos* (v. 24), la población rural («Judá») y la gente de la ciudad, personas de diferentes ambientes sociales y de diversas profesiones. Será una comunidad que supera las diferencias derivadas del origen, del estado social y del tipo de trabajo. Retomando motivos ya mencionados en 31,12.14, el v. 25 concluye la sección con expresiones sapienciales (en hebreo hay correspondencia con Prov 25,25; 6,30). Dios promete que exaltará y colmará de bienes también a los *cansados y a los indigentes.* De manera parecida, Jesús llamará a sí a quienes están rendidos y agobiados (Mt 11,28).

Las palabras del v. 26 son, de por sí, sencillas y fácilmente comprensibles, pero consideradas en su contexto plantean muchas dificultades. ¿Quién habla? ¿Qué se entiende por «sueño» y por «despertar»? ¿Por qué el «mirar»? Tal vez lo prudente sea partir del paralelo más próximo, en el libro mismo de Jeremías. También los vs. 39.57 del cap. 51 mencionan el sueño, aunque se lo atribuyen a los habitantes de Babilonia, que se han emborrachado. De ellos se dice que «dormirán un sueño eterno y no despertarán jamás». Pero en el libro de la consolación parece, por el contrario, que Dios (que habla en primera persona en los vs. 25 y 27) se refiere a su propio sueño. Su «dormir» –que debe relacionarse o bien con el tiempo de la destrucción de Jerusalén y de la deportación o bien con la etapa de los orígenes de los anteriores poemas– toca a su fin («me

desperté»). El que aquí habla en primera persona («miré») afirma que el sueño fue agradable, reparador (cf. Prov 3,24) y, por tanto, manantial de *fuerza* para *afrontar* los propios deberes.

Sin pérdida de tiempo, la primera de estas incumbencias (v. 27) presenta a Dios como *un sembrador que esparce la vida.* Se habla del futuro («vienen días», aunque sin dar fechas exactas; así ya en 30,3 y luego en 31,31.38). Dios hará fecundo («sembrará con simiente») al pueblo entero, Norte y Sur («casas»), bajo todas las formas de vida (hombres y animales; en aquella época las plantas no entraban en la categoría de seres vivientes). El v. 28 vuelve a utilizar para esta tarea de reconstrucción expresiones exclusivamente jeremianas. La lista de verbos más larga es la que expresa *destrucción,* con cinco formas verbales diversas (1,10 tenía cuatro; el último verbo, «afligir [con males]», se deriva probablemente de 25,6.29), pero al añadir inmediatamente dos verbos referidos a actividades positivas (edificar y plantar) se indica un cambio decisivo. Todos los verbos dependen, además, del «velar» de Dios, es decir, de su *atención, cuidado y pensamientos siempre prevenientes,* que en el futuro sólo se orientarán al bien. Con un Dios tal el hombre puede vivir sin temor, con la confianza de que Él lo acompaña protegiéndole y sosteniéndole.

Hasta ahora la vida había sido penosa, las situaciones difíciles. El proverbio del v. 29, que aparece bajo esta misma forma en Ez 18,2, atribuye *la culpa a los antepasados* («padres»), cuyas malvadas acciones («comer agraces») deben ser purgadas por las generaciones futuras. En cuanto proverbio, expresa una opinión muy difundida, que ya no se puede defender: ahora *cada cual debe asumir las consecuencias de sus actos* (v. 30). No tener ya que pagar por las culpas cometidas por otros en el pasado sirve de acicate y facilita la reconstrucción.

El v. 31 aplica a todo el pueblo (cf. también v. 27) una grande y singular promesa. Se trata del único pasaje paleotestamentario que habla de «alianza nueva»; a ella se referirá Jesús en la última cena (1Cor 11,25; Lc 22,20) y ha sido elegida para designar al Nuevo Testamento (= nueva alianza). Dios escucha ahora la petición de 14,21 relativa a la alianza y hace una *nueva y generosa oferta*, a pesar de los repetidos desengaños (v. 32): había librado a Israel de la esclavitud, lo había guiado fuera de Egipto tomándole por la mano (el paralelo más cercano es Is 42,6, donde se aplica al siervo de YHWH esta misma expresión) y había iniciado con él una relación duradera («alianza»). Pero, frente a estos dones gratuitos de Dios, Israel *reaccionó con el rechazo.* La alianza fue violada, quedó rota (v. 32, también 11,10) y, como consecuencia de su desprecio por la autoridad divina (3,14 traducía una sentencia igual: «yo soy vuestro señor»), Israel se ha quedado solo y privado de ayuda.

En este callejón sin salida humana, Dios echa mano de un nuevo medio (v. 33). En el pasado, los hombres habían considerado las leyes divinas como una cosa externa. Pero ahora Dios mismo las pone de modo permanente en su interior (en términos parecidos Ez 11,19, «espíritu»). La ley escrita en el corazón cura su depravación (Jer 17,1); prolongando 24,7, se describe esta ley como una superación de la alianza del Sinaí, que había sido escrita en tablas de piedra (Éx 24,12). La nueva alianza no es, por el contrario, algo exterior al hombre, sino *que sintoniza con los sentimientos y los pensamientos humanos.* En virtud de esta consonancia entre la doctrina divina y la voluntad humana, queda excluida toda transgresión de la alianza.

Así lo confirma el v. 34. Por un lado, todos, sin distinción de edad o de condición social (cf. 5,4s; para la expresión «desde el más pequeño al más grande» el

paralelo más cercano es 6,3), tienen un *conocimiento directo y personal de Dios*, y no sólo de sus mandamientos. Aquí Dios mismo es el maestro de todos (cf. Is 54,13 y Jn 6,45; también Mt 23,8), hasta el punto de que la enseñanza religiosa es, en cierto sentido, superflua. Quien conoce a Dios en persona no puede quebrantar sus mandamientos. Por otro lado, Dios no tiene ya en cuenta los pecados, incluso los olvida (el único paralelo al «no recordar» es Is 43,25). Del mismo modo que, por parte del hombre, el conocimiento de Dios y la sintonización con la doctrina son una garantía de la observancia permanente de la alianza, también, por parte de Dios, lo es el perdón. Esta alianza nueva es inviolable y eterna para ambas partes contrayentes.

Con el v. 35 volvemos a la poesía, un género apto para el *himno al Dios del universo*. En el original hebreo se expresa su poderosa e incesante acción en el cosmos a través de participios. Del cosmos se indican, con la mención del cielo y el mar, regiones por aquel entonces inexploradas e inaccesibles al hombre. La parte siguiente (desde «agita», en 35d) es idéntica a Is 51,15 y ha sido probablemente tomada del texto de Isaías. En ambos casos, remitirse al poder divino sirve para confirmar cuanto se ha dicho en el contexto. En el v. 36 se le promete a Israel su *existencia como pueblo*; la comparación con las leyes de la naturaleza remite al precedente v. 35 y quiere dar a entender una duración eterna. El v. 37 avanza un paso más, destacando la *imposibilidad* de que el pueblo *sea rechazado* (dando así una respuesta favorable a la petición de 14,19). Del mismo modo que nadie puede investigar ni medir totalmente las alturas y las profundidades del cosmos, así tampoco será jamás rechazada completamente por Dios la descendencia de Israel. Se revoca así y queda abolida por siempre la condena de 2Re 17,20. San Pablo (Rom 11,2) recogerá esta afirmación.

La última sección vuelve de nuevo a la prosa, más adecuada para el tema de la construcción y la delimitación de terrenos. El v. 38 dice que la reconstrucción de la ciudad –se está hablando de Jerusalén, aunque sin mencionar su nombre– se lleva a cabo por *motivos religiosos.* «Edificar para YHWH» es una expresión utilizada de ordinario para referirse al Templo (2Cró 2,11, que Ausejo traduce: «construir un Templo para Yahvéh»). La descripción del perímetro de la ciudad comienza por el Norte y prosigue luego enumerando los lugares en el sentido contrario a las agujas del reloj. El v. 39 deja entrever que la zona descrita *se extiende* al Oeste, aunque se desconocen los dos puntos mencionados, Gareb y Goá. El v. 40 sigue el mismo procedimiento por el Sur, que, con el valle de los cadáveres (Hinnom), incluye unos terrenos sumamente impuros. Era allí donde se llevaban los muertos y se arrojaba la basura, y allí había hecho quemar Josías todos los objetos de los cultos idolátricos (2Re 23,4). Aquella zona tan *evitada y despreciada* es ahora incluida dentro de los muros de la ciudad y queda, por tanto, *santificada.* La descripción del perímetro concluye al Noroeste con la «puerta de los caballos». Ésta, al igual que el punto de partida (la «torre de Jananel», en v. 38) sólo aparece citada, fuera de este pasaje, en la literatura postexílica (por ejemplo, en Neh 3,1.28). Tal vez podría verse aquí una indicación cronológica del texto. Esta «Jerusalén ideal», la ciudad santa –al contrario que su imagen terrena, destinada a ser repetidas veces conquistada a lo largo de la historia (169 a.C ., 70 d.C y en otras fechas)– durará eternamente. No sólo el pueblo (vs. 36s) sino que también su ciudad y su territorio permanecerán por siempre.

No son los capítulos 32-33, henchidos de esperanza en el futuro, que se encuentran al final del libro de la consolación, los únicos añadidos al libro de Jeremías.

Ambos describen la nueva salvación y en parte la amplifican (especialmente en Jer 33). Ya hemos estudiado uno de estos textos (33,14-16; cf. *supra*, 23,5ss). Analizaremos ahora, brevemente, 33,20-22, un texto importante para la esperanza mesiánica, relacionado, en razón del contenido, con los versículos precedentes (17s), de los que es una variante.

Tras la solemne fórmula de introducción (v. 19), el v. 20 continúa con una fórmula de anuncio que contiene una *condición de imposible cumplimiento* (parecida a las premisas de la alianza nueva de 31,36s). La alianza de Dios con el día y con la noche es premisa para la supervivencia de la tierra. El siguiente v. 21 vincula a la permanencia de esta alianza cósmica *dos instituciones*, a saber, la soberanía política de la dinastía de David y el servicio cultual de los levitas. Quedán así unidas y doblemente reforzadas las promesas para el futuro de los vs. 17s: por un lado, a través de una premisa irreal y, por el otro, en virtud del hecho de que a esta relación se la denomina «alianza». La duración eterna de la monarquía davídica hunde sus raíces en la literatura deuteronomística (2Sam 23,5) y se vuelve sobre ella en épocas posteriores (Sal 89,37; 132, 12, etc.). El v. 22 amplía estas promesas mediante el elemento de la *multiplicación*; le sirven de modelo las promesas a Abraham y Jacob (Gén 15,5; 32,13).

Actualización

Una comparación con Jer 33 permite advertir claramente que el libro de la consolación describe con acentos más moderados la esperanza del futuro. Jer 33 habla de David, de su trono, de su realeza y de su descendencia, de la que afirma que se multiplicará hasta límites incalculables. También Jer 30, 9 se refiere a David, pero

como un soberano ideal del futuro; 30,21 parece no conocer sus orígenes; afirma sólo que sale «del seno» del pueblo, y la multiplicación de la descendencia no se refiere concretamente a la casa real, sino a toda la comunidad (30,20, «como antes»). Lo que en Jer 33 se dice de dos grupos de gran relevancia en el pasado, en el libro de la consolación está reducido a medidas más realistas y comunitarias. Es probable que se refleje aquí el proceso de purificación característico de los años largos y difíciles de la reconstrucción, en el que se registraron diversas tentativas, protagonizadas por varios grupos sociales, a menudo acompañadas de desengaños, retrocesos y hasta frustraciones (por ejemplo la de la dinastía davídica bajo Zorobabel).

Frente a esta visión, la esperanza del libro de la consolación es de otra especie. Junto a las novedades y los bienes, este libro no se olvida de mencionar el sufrimiento que, bajo diversas modalidades, caracteriza al pasado y al presente y se instala a lo largo del camino como impedimento de una posible vuelta. Pero, apoyado en su confianza en el Dios viviente, el libro perfila una vía espiritual marcada por el conocimiento personal de Dios (31,34), por una vida de comunión (30,3; 31,8.13.23), de conversión (31,18s), de alegría y alabanza (por ejemplo, 30,19; 31,4.6; etc.). Nuestra felicidad y nuestra salvación no descansan en expectativas irreales, sino que se alcanzan sobre todo a través del fatigoso trabajo común por superar los sufrimientos que hay en el mundo. Recorriendo este camino viviremos también nosotros la experiencia de que habla el libro de la consolación, a saber, que Dios nos acompaña en este esfuerzo, le corona con el éxito y, a través de él, nos conduce a la alegría.

Dentro del libro de la consolación destaca nítidamente –en virtud de su influencia sobre los siglos futuros– la promesa de una nueva alianza, aunque siempre

estrechamente ligada al contexto en que se encuentra (basta comparar el v. 31 con el 27; el perdón del v. 34 con el v. 20; la fórmula de la alianza del v. 33 con 30,22 y 31,1). Presupone, como ningún otro texto, que la alianza hasta ahora en vigor no puede ser restaurada (en contra de lo que suponen, por ejemplo, los textos de renovación de la alianza, de la alianza eterna o de la alianza de paz). El autor del libro de la consolación se atreve incluso a afirmar (caso único en el AT) que todo el viejo fundamento de Israel ha sido superado por la nueva acción de Dios, que crea en el hombre mismo las condiciones para la observancia de la alianza. Si los cristianos nos consideramos miembros de la Alianza Nueva, nos haría mucho bien medirnos con el concepto originario, con la disposición interior a aceptar el precepto divino y a observarlo, impulsados por un profundo conocimiento personal de Dios.

La lectura del libro de la consolación nos remite, con mucha mayor fuerza de lo habitual, a otros pasajes similares de Jeremías y de otros libros bíblicos. Ello es debido al peculiar carácter de estos dos capítulos. Hay en ellos una confrontación directa entre las concepciones de la desventura, la culpa y las lamentaciones del libro de Jeremías (aparecen, por ejemplo, formulaciones específicas de Jer 6 en 31,6.8.15) y los puntos de vista de la literatura deuteronómica y deuteronomística. Jer 30-31 retoma estos pasajes con formulaciones marcadas y, con la ayuda de textos isaianos y de otros profetas, describe la vuelta que, a partir de ellos, se orienta hacia la salvación. El libro de la consolación debe ser entendido como una toma de posición que complementa el pensamiento de otros lugares del libro de Jeremías y como su reescritura a cargo de una redacción final. Son verdaderamente admirables el valor, la habilidad y la grandeza espiritual que hay tras una tal empresa y que sirven, todavía hoy día, de inspiración para muchas personas

que, de parecida manera, siguen dando aliento a tantos otros con su profundidad espiritual, su amplitud de horizontes y su apertura a todos los hombres.

XXVI

UN EXTRANJERO SALVA LA VIDA A JEREMÍAS
"Que maten a este hombre... porque debilita
las manos de los combatientes"
(Jer 38,1-13)

1 *Pero Sefatyá, hijo de Mattán; Guedalyá, hijo de*
Pashjur; Yukal, hijo de Shelemyahú; y Pashjur, hijo de
Malkiyyá, oyeron las palabras que Jeremías decía a todo el
pueblo, a saber: 2 *Así dice Yahvéh: Quien permanezca en*
esta ciudad morirá a espada, de hambre o de peste. Quien
se pase a los caldeos, vivirá; tendrá su vida por botín, pues
seguirá viviendo. 3 *Así dice Yahvéh: Esta ciudad será entre-*
gada ciertamente en manos del ejército del rey de
Babilonia, que la tomará.

4 *Los jefes dijeron al rey: Que maten a este hombre, por-*
que de este modo debilita las manos de los combatientes
que quedan en esta ciudad y las manos de toda la pobla-
ción, diciéndoles semejantes cosas. Es claro que este hombre
no busca el bien de este pueblo, sino el mal.

5 *Ahí está en vuestras manos –respondió el rey*
Sedecías–, pues el rey nada puede en contra vuestra.
6 *Tomaron, pues, a Jeremías y lo arrojaron en la cisterna de*
Malkiyyá, hijo del rey, que había en el patio de la
guardia. Bajaron a Jeremías con cuerdas. En la cisterna

no había agua, sino fango, y Jeremías se hundió en el fango.

7 Cuando Ébed-Mélek, el kusita, eunuco residente en el palacio real, oyó que habían echado a Jeremías en la cisterna –el rey se encontraba entonces en la puerta de Benjamín–, 8 salió Ébed-Mélek del palacio real y habló al rey en estos términos: 9 Rey, mi señor, esos hombres han obrado mal en todo lo que han hecho al profeta Jeremías, arrojándole a la cisterna, donde morirá de hambre, pues ya no hay pan en la ciudad. 10 El rey dio entonces a Ébel-Mélek, el kusita, esta orden: Toma contigo de aquí tres hombres y saca al profeta Jeremías de la cisterna, antes de que muera. 11 Ébed-Mélek tomó consigo los hombres y entró en el palacio real, al vestuario del tesoro, tomó de allí trozos de ropas usadas y rotas, y se los tiró a Jeremías a la cisterna junto con unas cuerdas. 12 Y Ébed-Mélek, el kusita, dijo a Jeremías: Ponte esos trozos de ropas usadas y rotas en los sobacos, por debajo de las cuerdas. Jeremías lo hizo así. 13 Tiraron entonces de Jeremías con las cuerdas, y lo subieron de la cisterna. Jeremías quedó en el patio de la guardia.

Introducción

El cap. 36 marca un giro en el libro de Jeremías. El acto del rey Yoyakim de quemar el mensaje profético (v. 23) coincide con la negativa definitiva de la dinastía davídica a escuchar la palabra de Dios. Hay aquí un contraste total respecto de la imagen del rey delineada por las disposiciones promulgadas por el Deuteronomio (17,18-20). Tras esta «decisión», los caps. 37-45 relatan las consecuencias: los acontecimientos que precedieron y siguieron a la destrucción de Jerusalén, correspondientes al período que corre aproximadamente del 589 al 582 a.C. Además de la derrota y caída de la ciudad,

aquel tiempo fue testigo de diversos conflictos y estuvo marcado por la inseguridad; fue un período en el que los diversos grupos y personas concretas intentaban imponer sus propias ideas. Estos caps. 37-45 forman parte de los «relatos en tercera persona» sobre Jeremías. La circunstancia de que en el capítulo final de esta sección (Jer 45) se hable de Baruc ha inducido con frecuencia a atribuirle a él, en su calidad de «secretario» de Jeremías, esta parte del libro.

Nuestra perícopa se inserta en el contexto de los caps. 37-38, que exponen los hechos inmediatamente anteriores a la conquista de Jerusalén, narrada en el cap. 39, y describen, en seis unidades, la conducta y la suerte de Jeremías antes de la caída de la ciudad y las indecisiones del rey Sedecías. En 37,1-10 el profeta aún está libre y anuncia la reanudación del asedio por los babilonios. En los vs. 11-16, el viaje que emprende para trasladarse a su tierra natal (en el territorio de Benjamín) es interpretado como una tentativa de fuga y provoca su arresto. En la cárcel, el rey Sedecías le interroga en secreto (vs. 17-21). Gracias a la intervención del monarca, es trasladado de la cisterna en que se encontraba al patio de la cárcel (v. 21).

Nuestro texto (38,1-13) puede ser subdividido en dos partes. En la primera (vs. 1-6), los altos mandatarios consiguen autorización del rey para actuar contra el profeta según su arbitrio. Jeremías acaba así en una cisterna fangosa, de la que le saca (vs. 7-13), movido por la compasión, un funcionario de la corte, de origen extranjero. El capítulo 38 finaliza, al igual que el anterior, con un interrogatorio de Sedecías a Jeremías.

Comentario

Las dos últimas personas del v. 1 son ya conocidas por 37,3 y 21,1. Son personajes de la corte, que advierten cómo Jeremías se está aprovechando de la «libertad de palabra» de que disfruta gracias a su permanencia en el patio de la cárcel: les *invita a desertar* y da como explicación de su exhortación la inevitable caída de la ciudad (vs. 2s). A la célebre tríada de las causas del peligro («espada, hambre y peste», cf. por ejemplo 14,12), Jeremías opone por tres veces la «vida», asociada, además, a la idea del «botín»: quien se rinda y se entregue al enemigo, desertando, se verá premiado como si hubiera obtenido una victoria.

Semejante «debilitamiento de la capacidad militar» merece la muerte, en opinión de estos funcionarios (v. 4). A Jeremías no sólo se le acusa de sembrar el desánimo («debilitar las manos»; idéntica expresión en Esd 4,4), sino también de *buscar la ruina del pueblo y no su bien* (*shalom*). El rey es incapaz de reaccionar con energía (v. 5): se doblega a la exigencia de sus jefes. La última observación, de que no tenía poder para oponerse, puede entenderse de modo literal (como expresión de la opinión que tenía de sus posibilidades) o también en sentido irónico. Con esta autorización del rey, los funcionarios quitan de la circulación a Jeremías (v. 6). Como José (Gén 37,24), acaba en una cisterna abandonada, convertida, a consecuencia de los depósitos y sedimentos de muchos años, en un reducto de fango y suciedad.

Entra a continuación en escena, contrastando con la figura del rey, otro funcionario de la corte, extranjero (vs. 7s). Ébed-Mélek significa «siervo del rey», y como tal actúa aquí. Al igual que los otros funcionarios, al tener conocimiento de los hechos (cf. vs. 1.4.) informa al monarca, que ignora, al parecer, la suerte del profeta.

La puerta de Benjamín se encontraba en la zona norte de la ciudad, en un punto débil de la defensa, porque el terreno sobre el que se asentaba Jerusalén presentaba en aquel lugar una depresión. Ébed-Mélek desaprueba (v. 9) el comportamiento de los jefes y *señala al rey las consecuencias* de su permisividad: Jeremías, allá abajo, en la cisterna, privado de todo, está condenado a morir de hambre. Y esta suerte no era del agrado del rey. Ordena, pues, salvar a Jeremías de aquella situación mortal y envía algunos soldados de la guardia real para librarlo (en hebreo treinta hombres, no tres).

La conducta seguida por Ébed-Mélek, en los vs. 11-13, para salvar a Jeremías le retrata como un *hombre sagaz, capaz y sensible.* Para que las sogas no dañen al profeta, le entregan algunos trapos, que actúan como acolchado de apoyo. Comparado con el comportamiento de los connacionales de Jeremías (v. 6), este extranjero etíope destaca como un luminoso ejemplo de humanidad.

Actualización

En el relato se destacan nítidamente los diversos perfiles de los principales personajes envueltos en el conflicto. Los funcionarios son obtusos y eliminan de su camino todo cuanto no entra en sus planes previos (aquí se trata de la defensa de Jerusalén; para otros casos, cf. Jer 20; 26; etc.). El rey, abrumado por las exigencias de los diferentes grupos, concede todo cuanto se le pide. El extranjero, en cambio, reacciona con humanidad, actúa con valor y sensibilidad y se arriesga a interceder en favor de un hombre a punto de perder la vida. El profeta se encuentra –como consecuencia del anuncio de la palabra divina (vs. 2s)– en peligro de muerte y tiene que sufrir por su predicación.

Las personas aquí mencionadas encarnan modos de comportamiento típicos en situaciones conflictivas. También en nuestros días existen los obtusos y los despiadados, los cobardes y los indecisos, los que ayudan con coraje y los que sufren por la injusticia. ¿A qué grupo pertenecemos?

La acusación de los funcionarios (v. 4) plantea otra pregunta: ¿Quién busca de verdad el bien del pueblo? Al defender la ciudad, lo que los dignatarios están defendiendo en realidad es su poder y su posición. Por eso cierran los ojos a los padecimientos y a la muerte de sus conciudadanos. El rey –dominado por el miedo (v. 19)– no afronta sus responsabilidades e impide una capitulación que habría salvado la vida de muchos de los habitantes de la ciudad y a la ciudad misma. Y se convierte, así, en befa de todos (v. 22, con alusión al destino de Jeremías en el v. 6). El extranjero busca al menos el bien de una persona, de Jeremías, y es recompensado por ello cuando, una vez conquistada Jerusalén, se le perdona la vida (39,15-18). El profeta, como Dios, se interesaba por la vida (tres veces en el v. 2) de la población doliente. Pero se le acusa incluso de buscar la ruina del pueblo. El valor con que anuncia verdades incómodas y su disposición a arrastrar las consecuencias demuestran que no busca su propio bien: Jeremías, arrojado a la cisterna, es un representante de la larga lista de enviados de Dios a quienes el empeño por el bien del pueblo les supone peligros, dolor y muerte. Esta serie se inicia con Moisés (por ejemplo, Éx 5,21; 10,28; etc.), afecta a varios profetas (cf. Am 7,12) y culmina con la crucifixión de Jesús. Nuestra prontitud para hacer frente a situaciones difíciles o a misiones penosas es la medida del interés que sentimos por el bien de los demás.

XXVII

MORIR EN TIERRA EXTRANJERA
"No vayáis a Egipto para residir allí"
(Jer 43,1-7)

1 *Cuando Jeremías terminó de decir al pueblo entero*
todas las palabras de Yahvéh, su Dios, todas aquellas pala-
bras que Yahvéh, su Dios, le había mandado decirles,
2 *entonces Azaryá, hijo de Hosayá; Yojanán, hijo de*
Qaréaj; y todos los hombres insolentes y rebeldes dijeron a
Jeremías: Estás diciendo una mentira. Yahvéh, nuestro
Dios, no te ha enviado a decir: No vayáis a Egipto para
residir allí, 3 *sino que es Baruc, hijo de Neriyyá, quien te*
incita contra nosotros, para entregarnos en mano de los
caldeos, a fin de que nos maten o nos deporten a
Babilonia.
4 *Pero Yojanán, hijo de Qaréaj, todos los jefes de las tro-*
pas y todo el pueblo, no escucharon la voz de Yahvéh, que-
dándose en el país de Judá, 5 *sino que Yojanán, hijo de*
Qaréaj, y todos los jefes de las tropas, tomaron a todo el
resto de Judá, a los que de todas las naciones por las que
anduvieron dispersos habían venido a residir en el país de
Judá, 6 *a hombres, mujeres y niños, a las hijas del rey y a*
todas las personas que Nebuzaradán, jefe de la escolta,
había dejado con Godolías, hijo de Ajiqam, hijo de
Shafán, al profeta Jeremías y a Baruc, hijo de Neriyyá, 7 *y*

se fueron al país de Egipto, pues no escucharon la voz de Yahvéh. Y llegaron hasta Tafnis.

Introducción

Los caps. 39-41 de Jeremías narran la caída de Jerusalén, el año 587, el nombramiento de Godolías como gobernador babilonio de Judá, en Mispá, y su asesinato a manos de Ismael, descendiente de la casa real. Para evitar la venganza de los caldeos, el asesino huyó y buscó refugio entre los ammonitas. Pero todos aquellos acontecimientos hacían aún más desesperada la situación de los judíos que habían permanecido en el país. Temían nuevas represalias a causa de la rebelión. Éste era, probablemente, el trasfondo histórico del tercer exilio, del año 582 (Jer 52,30, tras los dos primeros, del 597 y el 587).

Los caps. 42-44 describen cómo, en esta tensa situación, un numeroso grupo de judíos se encaminó a Egipto. El cap. 42 se inicia con la petición a Jeremías (vs. 1-6) de que Dios les muestre el camino que deben seguir. A la petición se unía la promesa de que harían todo cuanto Dios les manifestara a través del profeta (vs. 5s). Al cabo de 10 días (v. 7), Jeremías recibió la respuesta divina (vs. 9-22): Dios habla en términos muy decididos, pidiéndoles que permanezcan en el país (vs. 10-12) y poniéndolos en guardia contra una fuga eventual (vs. 16-18). El fin del discurso (vs. 19-22) anticipa la subsiguiente reacción negativa (cap. 43) y anuncia la destrucción. Los vers. 43,1-7 muestran la doble reacción, de palabra (vs. 1-3), y con los hechos (vs. 4-7), de los jefes de los judíos a la respuesta de Jeremías. La acción simbólica llevada a cabo por el profeta en Tafnis (vs. 8-13) revela que había sido vano aquel deseo de escapar al poder de los caldeos refugiándose en Egipto.

Nabucodonosor extendió, en efecto, su poder hasta aquel territorio. Jer 44 añade algunas sentencias contra los judíos huidos a Egipto; merece la pena notar el rechazo abierto del pueblo a las palabras de advertencia del profeta (vs. 15-19) y la esperanza de que, al final, se salvarán unos pocos (vs. 28-30).

Comentario

El v. 1 remite a la tentativa (42,7-22) de convencer a los judíos para que se queden en el país. En el v. 2 algunos se oponen abiertamente. Desempeña entre ellos un papel destacado Yojanán, hijo de Qaréaj, nombrado junto a Azaryá (cf. también 40,8.13 y a partir del 41,11). «Insolentes y rebeldes» traduce una sola palabra hebrea (que aparece también en Sal 19,14) y define la catadura de estos hombres ya antes de que comiencen a hablar. Atacan a Jeremías y le acusan de ser un *falso profeta* (para «mentira» y «no enviado» hay paralelos en 23,14.32; 27,15; 28,15). Pero la acusación va más lejos (v. 3): en vez de transmitir las palabras de Dios, Jeremías habría repetido las consignas de su «secretario» Baruc (que aparece junto a Jeremías a partir de 32,12 y 36,4; cf. también las palabras dirigidas a él en el cap. 45). Una vez más, como en 38,4, se presupone una intención malévola: la finalidad de este discurso sería llevarlos a la ruina.

Los jefes descalifican la advertencia de Jeremías de no pasar a Egipto tachándola de palabra humana, no divina. Esto les permite desobedecerla sin tener por ello que considerarse traidores a la promesa hecha en 42,5s. No obstante, incluso en su propia acusación puede percibirse una proyección de sus temores. Habían tenido conocimiento de la rebelión de Ismael (40,13) y de su fracaso, y por eso temían a los caldeos (41,18). En el

fondo, pues, de la acusación contra Jeremías emergen el miedo y el interés propio. Son estas cosas, sobre todo cuando están vinculadas al poder (militar: «jefes de las tropas», v. 4) las que *incapacitan para oír y obedecer a Dios.* En el pueblo las opiniones están, obviamente, divididas. En el v. 4 apoya la conducta de sus jefes; en el v. 5 es sujeto pasivo de su actuación: «tomaron a todo el resto». Forman parte de este resto personas que ya habían vivido *la experiencia de ser prófugos* (40,11s) y que ahora se ven de nuevo arrastradas por otros a una existencia llena de dolor. Permanecer en la tierra de Judá equivalía a «quedar sometidos». Pero marchar a Egipto añadía a ello la circunstancia de convertirse en extranjeros, lo que hace aún mayor el sufrimiento. En la lista del v. 6 pueden distinguirse tres grupos. Las tres primeras palabras indican que se llevaron a todos, sin distinción de sexo ni edad. El segundo grupo («las hijas del rey y todas las personas») está compuesto por los que habían obtenido de la fuerza ocupante permiso para residir en el país. Al partir, se les arrebataba este privilegio. El tercer grupo lo forman Jeremías y su confidente, Baruc, que son deportados *contra su voluntad.* En el v. 7 los emigrantes llegan a su destino. Tafni (también 2,16; 46,14) era una plaza fuerte en la frontera de la zona oriental del Bajo Egipto. La repetición de la frase «no escucharon la voz de Yahvéh» subraya, en la conclusión, la *desobediencia* que, a continuación, provocará la caída.

Actualización

Jer 43 contempla la trágica desventura que hiere, como un sino, al profeta: es conducido a aquella misma ruina contra la que había puesto en guardia. Se ve incluso obligado a hacer algo que Dios había prohibido. Morirá en tierra extranjera, en Egipto, donde se pierden

sus huellas. El escrito apócrifo *El martirio de Jeremías* continuará sobre esta línea la narración de los últimos años del profeta doliente, aunque no existen documentos históricos que lo confirmen. Con todo, ya nuestro mismo texto ofrece un testimonio: quien se presenta como profeta de Dios, debe estar dispuesto a llegar hasta los límites extremos. Jeremías recorrió este camino de humillación y sufrimiento hasta la muerte, víctima de la desobediencia y del poder de otros.

Su destino ha sido y es compartido por millones de seres humanos. Ser prófugos y tener que vivir en tierra extranjera es una suerte que golpea a innumerables personas. Nadie es capaz de medir cuánto sufrimiento, cuánta incomprensión, cuántas esperanzas fallidas se dan cita en estas situaciones, cuántas y cuáles son las consecuencias también para los hijos. Sobre este trasfondo, tener una casa y una patria propias es un gran don que exige reconocimiento. Se mantiene, con todo, en pie, a la vez, el deber de prestar ayuda a los extranjeros y a cuantos se ven privados de una patria, porque tienen auténtica necesidad de personas que mitiguen sus sufrimientos y que les devuelvan, a través de gestos amables y de afecto, un poco de aquello que han perdido: las relaciones humanas, la tierra con sus bellezas naturales y, en algunos casos, incluso la relación con Dios.

Quien crea que la ruina de Jerusalén es el momento más bajo y, por tanto, el punto de retorno de la historia de Israel deberá –leyendo Jer 43– revisar sus opiniones. La catástrofe no aportó discernimiento; predominaron, al igual que antes, las rivalidades, la soberbia y la desobediencia. Las esperanzas se orientaban hacia el exterior, hacia lo extranjero (Egipto); la verdad se veía distorsionada por el miedo, los egoísmos personales y las aspiraciones al poder; y quien hablaba en nombre de Dios era acusado de falso profeta (vs. 2s). Todo ello indica que la

negativa a escuchar a Dios es una actitud arraigada en el ser humano. Existe ya antes de manifestarse a través de las palabras y, una vez manifestada, se extiende tanto a las amonestaciones de Dios como a las lecciones que cabría extraer de los acontecimientos. Aquí hunde sus raíces el fracaso de la profecía y las dificultades de la proclamación religiosa. ¡Dichosos quienes, a pesar de los obstáculos, saben escuchar a Dios que habla!

XXVIII

EL COLAPSO DE EGIPTO Y DE SUS DIOSES

"Novilla magnífica es Egipto, pero un tábano le llega"
(Jer 46,3-12.20-24)

3 *Preparad escudo y broquel,*
marchad a la guerra.
4 *Aparejad los caballos.*
¡A montar, caballeros!
¡A formar con los cascos!
Bruñid las lanzas,
ceñid las corazas.
5 *Pero ¿qué veo?*
Están consternados,
vuelven la espalda;
sus guerreros, batidos
emprenden la huida
sin mirar atrás.
¡Terror en derredor!
–Oráculo de Yahvéh–.
6 *El ágil no huye,*
el guerrero no escapa:
Al Norte, a orilla del Éufrates
tropezaron y cayeron.

7 *¿Quién es ese que crece como el Nilo,*
cuyas aguas rugen como ríos?
8 *Es Egipto quien crece como el Nilo*
y cuyas aguas se agitan como ríos,
y dice: Creceré, cubriré la tierra,
arrasaré ciudades con sus habitantes.
9 *¡Arriba, caballos!*
¡Al asalto, carros!
Avancen los guerreros,
los de Kus y los de Put,
que empuñan el escudo,
y los de Lud que empuñan, tensan el arco.
10 *Aquel día es para el Señor Yahvéh Sebaot,*
día de venganza para vengarse de sus enemigos.
La espada se cebará, se saciará,
se embriagará de su sangre,
pues celebra un sacrificio el Señor Yahvéh Sebaot
en tierra del norte, junto al río Éufrates.
11 *Sube a Galaad en busca de bálsamo,*
doncella de Egipto.
En vano multiplicas los remedios,
no hay curación para ti.
12 *Oyeron las naciones tu ignominia,*
tu clamor ha llenado la tierra;
porque guerrero con guerrero tropezó,
los dos cayeron a la vez.

20 *Novilla magnífica es Egipto;*
un tábano del norte le llega.
21 *También sus mercenarios*
son como novillos cebados;
pero también ellos se vuelven,
huyen a una,
no resisten,
pues les llega el día de su ruina,
el tiempo de su castigo.

22 *Su voz es como silbido de serpiente que camina,*
mientras ellos avanzan con fuerza,
vienen hacia ella con hachas,
como leñadores 23 *talan su bosque*
–oráculo de Yahvéh–;
pues son innumerables,
sí, más numerosos que langostas;
no tienen número.
24 *Está avergonzada la hija de Egipto,*
ha sido entregada en manos de un pueblo del norte.

Introducción

Antes del capítulo final (Jer 52), que narra de nuevo la ruina de Jerusalén y sus consecuencias, figuran los llamados «oráculos contra las naciones», última colección del libro de Jeremías. Se trata de sentencias que anuncian sobre todo desventuras a las naciones del entorno de Israel. Hay ejemplos de este tipo de oráculos en muchos libros proféticos –Ezequiel dedica a Egipto nada menos que cuatro capítulos (Ez 29-32)– que ofrecen un contrapeso a la tragedia de Israel y de Judá. El uso de expresiones tradicionales (por ejemplo, «la espada que se ceba», Jer 46,10), de recursos estilísticos (tales como la ironía en las exhortaciones, 46,3s.9.11), de un lenguaje henchido de imágenes (cf. los animales en 46,20ss), etc., ofrecen una clave de lectura para la comprensión de estos oráculos: cada una de las naciones simboliza, además de los respectivos pueblos, los comportamientos típicos, cuya vacuidad se manifiesta en su fracaso.

La colección de Jer 46-51 consta de dos partes. Los primeros capítulos (46-49) están dedicados a los «vecinos» de Israel: Egipto, los filisteos, Moab, etc. El último de estos oráculos (49,34-39) se refiere a Elam, un pue-

blo muy lejano, que sirve de transición a los dos últimos capítulos, que contienen sentencias sobre Babilonia, el «enemigo por excelencia» (Jer 50s). El comienzo del cap. 46, que se abre con Egipto, enlaza bien, por encima del cap.45, dedicado a Baruc, con la peregrinación de los judíos a este país, narrada en los caps. 42-44. De este modo, Egipto y Mesopotamia, las dos grandes potencias tradicionales del Antiguo Oriente, se sitúan, como dos polos, al principio y el fin de la colección.

Los oráculos sobre Egipto se dividen en dos partes. Tras la introducción general a toda la colección (46,1), sigue el marco espacio-temporal (v. 2) del primer oráculo, contenido en los vs. 3-12. Se describe en él la caída de los héroes de Egipto, hasta entonces habituados a la victoria. La derrota alcanza su punto culminante en la batalla de Karkemís (605 a.C.), donde el faraón Nekó intentó en vano defender los restos del Estado asirio contra la insurgente potencia babilónica. El segundo oráculo (vs. 12-24) está enmarcado por afirmaciones (vs. 13.25s) que presuponen un ataque de Babilonia contra Egipto. Es probable que se trate no del ataque, fallido, del 601, sino del otro, coronado por el éxito, que tuvo lugar después del 568. Ambos oráculos son piezas poéticas de enorme belleza. El capítulo se cierra con palabras de consuelo dirigidas a Jacob/Israel (vs. 27s). Hemos podido leerlas ya en en 30,10s., pero ahora, las expresiones «no temer», «país lejano», »haré exterminio de todas las naciones», en el contexto del juicio de Dios contra Egipto, adquieren un significado nuevo: los que creen en Dios no deben temer que se abata sobre ellos una catástrofe de esta naturaleza.

Comentario

En los vs. 3s siete imperativos describen *los detallados preparativos* para la batalla. Ante el hecho de que la suerte del combate está ya decidida (v. 5), estas exhortaciones tienen un evidente sesgo irónico. Egipto había depositado toda su esperanza (expresada en el número siete) en la fuerza de las armas, pero éstas de nada sirven. Al contrario, *caen* justamente *los guerreros más ágiles y valerosos* (vs. 5s); el terror les hace dar la espalda y huir. Le llega ahora a Egipto el turno de padecer aquel «terror en derredor» que tuvo que sufrir en sí misma, en otro tiempo, la «hija de Sión» (cf. también el destino de Pashjur en 20,3 y de otros pueblos en 49,29).

La pregunta del v. 7 pone de relieve una fuerza que parece *indomable.* Las aguas del Nilo crecían todos los años, en la época de las lluvias. En aquel tiempo, este fenómeno implicaba para muchas personas la experiencia de una fuerza divina. Aquellas inundaciones eran ruina y destrucción, pero también, y a la vez, bendición generadora de fertilidad. Semejante a esta fuerza incontenible era el *ímpetu expansionista de Egipto* (v. 8), espléndidamente expresado en hebreo con el juego de palabras «crecer» y «cubrir», ambas con la misma raíz. A una con Egipto, se agitan también sus *aliados* africanos, agrupados en unidades especiales (v. 9; «Put» es aquí Libia).

Como ya antes (vs. 3s), también los imperativos del v. 9 tienen un significado irónico: aquello que los hombres, en sus delirios de grandeza y de conquista, proyectan como «día de la victoria» o «la batalla», es lo que los lleva a la *catástrofe* (v.10). La venganza de que se habla en el v. 10 (Lc 21,22 aplica esta misma expresión a los acontecimientos del 70 d.C.) describe exactamente la dinámica divina, que hace recaer las acciones malvadas de los violentos sobre sus propias cabezas. La espada (cf.

también 47,6s y 50, 35-37) que se embriaga de sangre y el sacrificio (en términos parecidos Is 34,5s) son dos imágenes que indican que ahora Egipto tiene que lamentar graves pérdidas de vidas humanas, es decir, aquel mismo daño que él, en sus anteriores campañas, había infligido a otros pueblos. Estas heridas no pueden curarse *ni con los mejores medicamentos* (v. 11; también 8,22 y 30,13.17). Volviendo sobre los vs. 5s, el v. 12 pone fin a la sección con el oprobio y los gritos de dolor de Egipto.

En el segundo poema (vs. 14-24), Egipto, que en otras ocasiones era el agresor, es ahora atacado en el corazón de su propio territorio. Algunas correspondencias de la primera parte (vs. 14-19) con el primer oráculo (la exhortación a prepararse para el combate, la espada devoradora, los combatientes en fuga, etc.), indican que a Egipto y a sus grandes ciudades les está reservada la misma suerte que a Jerusalén. La segunda parte (vs. 20-24) describe aquellos sucesos con imágenes características de Egipto.

La «novilla magnífica» (v. 20), símbolo tradicional de la diosa Hathor, es signo de aquel Egipto que, debido a la extraordinaria fertilidad de sus tierras, había disfrutado, desde tiempos antiquísimos, de *bienestar, belleza, arte y vida religiosa.* Pero la tranquilidad de aquella vida cómoda se vería gravemente perturbada por un tábano procedente del Norte, imagen del enemigo que avanzaba desde Mesopotamia. Gracias a su gran riqueza, Egipto podía alistar tropas mercenarias (v. 21). Pero éstas, tras haber comido con exceso, no son capaces ni de afrontar el combate (cf. también v. 5) ni de proteger a sus señores.

El segundo animal es la *serpiente* (v. 22), emblema del faraón. El hebreo dice, literalmente, de ella, que «anda», mientras que el texto griego dice que «silba». El *juego de su poder,* que se manifiesta en el silbido y en el

erguirse sobre sí misma, *llega a su fin* ante este ataque cerrado y en masa. El bosque podría tal vez referirse a la densa población del delta del Nilo; su tala, en el v. 23, se superpone a la tercera imagen, la de las *langostas*. Estos animales voraces simbolizan también en otros textos a los enemigos (cf. Jl 1,4) y recuerdan, además, la octava plaga de Egipto (Éx 10,1-20); su incalculable número expresa su *invencible superioridad* (como ya respecto de los madianitas en Jue 6,5). La «hija de Egipto» a la que el profeta se dirige como a una mujer doliente (también en el v. 11), no puede hacerles frente (v. 24). Sólo le queda la vergüenza, expuesta como está, privada de poder, al capricho de otros.

Actualización

Estos dos poemas sobre Egipto revelan un cierto conocimiento del país. La crecida de las aguas del Nilo, la política expansionista, la conducta de los mercenarios, las divinidades zoomorfas, el arte de la medicina y otros elementos transmiten una imagen objetiva del mismo. Estas realidades se agrupan aquí en un *collage* que demuestra, de magnífica manera, el *derrocamiento* de las soberbias aspiraciones humanas: el atacante es atacado. El que pensaba vencer resulta vencido. Alzarse, como hace el Nilo, es ridículo ante las elevadas montañas (v. 18). Los jactanciosos discursos de los reyes humanos (v. 17) deben reducirse al silencio frente al verdadero rey, cuya palabra se cumple (v. 18). Un derrocamiento semejante aporta ventajas a los humildes: Lo único que a Egipto, ahora caído en manos de sus enemigos, le cabe esperar es poder volver a habitar pacíficamente el país, lo mismo que el Israel oprimido (vs. 26 y 27s).

Al fondo de este y de otros «oráculos contra las naciones» subyace una interpretación religiosa de la historia. No son ni la fuerza militar ni otros poderes humanos los que determinan el curso de los acontecimientos, sino el único Dios. Él es Señor también de los pueblos extranjeros y de sus dioses (v. 25). Aunque una cierta jactancia y seguridad en sí mismos les hace parecer invencibles, llegará el día en que todo se vendrá abajo y se convertirá en ruina (v. 10). Los oráculos contra las naciones testifican así que YHWH es justo y Señor de toda la tierra.

XXIX

EL MAL PIERDE SU PODER
"Ha sido tomada Babilonia"
(Jer 50,2-7)

2 *Anunciadlo en las naciones, pregonadlo,*
levantad una señal, publicadlo,
no lo ocultéis. Decid:
Ha sido tomada Babilonia,
Bel está avergonzado,
Marduk desmayó,
sus estatuas están avergonzadas,
sus ídolos aterrados.
3 *Porque sube del norte una nación contra ella*
que hará de su país un desierto,
y no quedará en ella un habitante.
Tanto los hombres como los animales
han huido, emigraron.
4 *En aquellos días, en aquel tiempo*
–oráculo de Yahvéh–,
vendrán los hijos de Israel
y con ellos los hijos de Judá:
caminando y llorando vendrán,
buscarán a Yahvéh, su Dios.
5 *Preguntarán por Sión*

con sus rostros dirigidos hacia aquí:
Venid, unámonos a Yahvéh
con una alianza eterna, inolvidable.
[6] *Ovejas perdidas, eso era mi pueblo.*
Sus pastores las habían descarriado
haciéndolas vagar por las montañas.
Del monte al collado caminaban
olvidando su majada.
[7] *Cuantos las hallaban las devoraban,*
y sus enemigos decían: No somos culpables,
porque pecaron contra Yahvéh,
Yahvéh, pastizal de justicia
y esperanza de sus padres.

Introducción

Los oráculos contra Babilonia (Jer 50s) son colecciones de sentencias. Cada una de ellas tiene su propia introducción (50,1; 51,1). Forman el punto culminante con el que llegan a su fin los oráculos contra las naciones. El desastre de las fuerzas extranjeras demuestra que todo cuanto es inhumano y contrario a Dios puede tener, durante un cierto tiempo, alguna influencia, pero no puede mantenerse por siempre. Esto es especialmente válido respecto *al* enemigo, Babilonia, a la que, en razón de su importancia, se le dedica una sección extraordinariamente larga (110 versículos, es decir, una extensión casi igual a la que se dedica a todos los restantes pueblos juntos).

También las expresiones utilizadas para designar a Babilonia indican que no se trata tanto de la ciudad histórica (cf. también Ap 17,5) cuanto más bien de las personas que se oponen a Dios. *Meratáyim* y *Peqod* (50,21) significan «doble rebelión» y «visita/castigo» (en las dos direcciones: por lo que Babilonia ha hecho y por lo que

se hará con ella); el v. 23 la llama «martillo», pero un martillo que será, a su vez, destruido; en los vs. 31s se le atribuye por dos veces el nombre de «Insolencia», lo que cuadra bien con el «Gloria» de 51,41 (idéntica conducta se registra respecto a Moab, en 48,29s , y a Edom, en 49,16). En este pasaje 51,41 aparece el nombre de Sesak, ya usado en 25,26. Las consonantes S-S-K corresponden en el alefato hebreo, leído en orden inverso, empezando por el final, a B-B-L, es decir, Babel (= Babilonia). Así, pues, Sesak es la inversión del nombre de Babilonia, lo que significa que esta ciudad ha perdido todo su poder. Así lo confirma, al final (51,59-64), una acción simbólica.

Los oráculos de Jer 50s vuelven a menudo sobre otros textos de Jeremías, hasta el punto de que se les podría entender como una relectura del libro en la fase final de la redacción. Contienen, además, varios temas mezclados entre sí y llenos de repeticiones. Esto genera tensiones internas: Jer 50,2 anuncia la toma de una ciudad, pero hasta el v. 14 no se menciona el primer ataque. Ya en Jer 46 habíamos advertido una parecida coexistencia de preparativos para la guerra y de una derrota ya acaecida, y lo habíamos interpretado en sentido simbólico (cf. cap. XXVIII). Del conjunto de todas estas pequeñas unidades elegimos solamente el «preludio» de la primera colección de oráculos que, con los tres temas de la destrucción de los enemigos (vs. 2s), del retorno de Israel (vs. 4s) y de la culpa y la responsabilidad (vs. 6s) presenta los motivos fundamentales de toda la sección.

Comentario

Seis imperativos, en el v. 2, incitan a transmitir con urgencia la *noticia, apenas creíble, de la caída de*

Babilonia. Aquel gran imperio, que tenía bajo su dominio la mitad de la tierra entonces conocida y que parecía invencible, llegará a su fin, y con él sus dioses (cf. también Is 46,1). El año 539, Babilonia abrió voluntariamente sus puertas a Ciro y éste favoreció incluso el culto a Marduk. De ahí que nuestro texto deba ser leído en la línea de cuanto se ha dicho más arriba: como derrocamiento de un reino y de una ideología que representan el mal. En el v. 3, el enemigo babilonio tiene que afrontar aquella *misma dura suerte* (el desierto, el abandono, la huida), que había impuesto a otros. Y ello, irónicamente, a manos de un «pueblo del septentrión».

La derrota de los poderes del mal tiene consecuencias inmediatas para los fieles: *ahora podrán emprender juntos el camino del regreso* (v. 4). Caminan, codo con codo, los deportados de Israel y de Judá (cf. también el v. 33; 51,5; 3,18), llorando de alegría (como en 31,9), por el camino hacia Dios, su verdadera meta. Al éxito total de la busca de YHWH, prometido en 29,13, se añade ahora, en el v. 5, el *vínculo total y perpetuo* de estos hombres con Dios en Sión. Concuerdan la orientación (buscar, preguntar, dirección del rostro), la conducta (venir, unirse) y la estructura del derecho («alianza eterna», como en 32,40). Estas personas viven como una comunidad decididamente fiel a Dios.

¿Cómo le ha podido acontecer a Israel todo cuanto ha experimentado a lo largo de su historia? A esta pregunta dan respuesta los vs. 6s, reafirmando la *culpa de los responsables.* La conocida imagen del rebaño y del pastor (también en 23,1s, espléndidamente desarrollada en Ez 34) traza claramente el destino del pueblo abandonado a sí mismo y entregado a los cultos idolátricos (en «montes» y «collados»; cf. 3,23 y 13,27). En Jer 50,7 son otros los que se aprovechan de la deplorable situación del pueblo. En una extraña mezcla de autojus-

tificación («no somos culpables») y de reconocimiento del Dios verdadero («Yahvéh, pastizal de justicia...»), descargan las culpas (incluidas las de sus propias acciones malvadas) exclusivamente sobre Israel (de modo parecido en la conquista de Jerusalén en 40,3). Resulta paradójico que sean precisamente *los enemigos quienes alaben las cualidades de YHWH.* «Pastizal de justicia» es una expresión idéntica a la utilizada en 31,23 para referirse a la morada de justicia. «Esperanza de sus padres» expresa una verdad fundamental de la fe de Israel (14,8; Sal 22,5, etc.): hasta los enemigos proclaman que Dios es pastor justo y digno de confianza.

Actualización

Los oráculos contra Babilonia son una adecuada conclusión al libro de Jeremías (para el último capítulo, Jer 52, cf. la introducción, pág. 12s). Al quedar superado el mal, llega también a su fin la confrontación con el propio pasado: la culpa ha desaparecido completamente, ha sido perdonada y olvidada (50,20). Las acusaciones casi interminables y las interminables reflexiones sobre la caída de Jerusalén encuentran aquí una solución liberadora, porque con Babilonia ha quedado vencida *toda* falsedad y todo mal. Es, de todas formas, importante destacar que Babilonia no cayó en realidad a causa de un contraataque de Israel, como si se tratase de una venganza humana (a diferencia, por ejemplo, de las concepciones que emergen en el libro de Ester). No son ni el poder humano ni la lucha de los judíos los que provocan la caída del enemigo; la tarea de los creyentes consiste más bien en alejarse, en huir de este reino de mal y destrucción (50,8; 51,6.45).

Llegamos así a la conclusión, extraordinariamente henchida de esperanza, de un libro que encierra en sí

un inmenso dolor y un gran sufrimiento. Donde hay culpa personal y donde se desencadenan los poderes del mal, allí actúa Dios y allí están también su reino de paz y de justicia y la comunión con él, que jamás amengua. Este reino puede abarcar y dar la salvación a un número cada vez más elevado de personas. El libro de Jeremías es, en su conjunto, un maravilloso testimonio tributado a este Dios que mira con amor también los lados oscuros de nuestra vida y lo encauza todo al bien.

ÍNDICE ESCRITURÍSTICO

ANTIGUO TESTAMENTO

Génesis

1,28: 101, 122, 138
2,7: 111
6,5: 107
15,5: 170
16,2: 153
18: 50
18,16-33: 49
18,19: 50
18,25: 118
25,28: 161
27,31: 70
29,18.30: 160
30,3: 153
32,13: 170
37: 127
37,34: 174
48,17: 161

Éxodo

3,8: 76
3,12: 32
4,10: 32
4,16: 98
4,22: 158
5,21: 176
6,12.30: 32
9,27s.: 94
10,1-20: 185
10,16ss.: 94
10,28: 176
15,20: 153
15,26: 147
19: 152
19,5: 65
19,6: 39
21,4: 40
21,17: 117
26,13: 39
24,2: 151
24,12: 167
27,2: 105
29,12; 105
32,11s.: 93
34,7: 146
34,28: 76

Levítico

26: 92
26,44; 93

Número

14,34: 13
19,15: 102

Deuteronomio

4,4: 82
4,20: 76
4,28: 102
4,29: 140
5,12-15; 9
5,33: 65
6,4: 65
6,4: 64
7,6: 39
8,3: 97
8,7: 39,158
9,20: 139
10,7: 158
10,20: 82
12: 9
13: 151, 154
13,2-6: 129
13,3: 135
13,6; 134
13,17: 150
15,12-18: 9
16,8: 69
17,18-20: 173
18,18; 32
18,21: 129
18,22: 133, 135
20,19: 55
24,4: 9,45
24,19s.: 61
26,19; 82
27-29: 79
27, 15-26: 76
27,26: 76
28: 152, 153, 154
28,2: 106

28, 13-44: 87
28,30: 55
28,48: 134
28,66; 92
28,69; 76
39,8: 75
29,22; 118
30,19: 41, 106
31,20: 93
31,15; 93

Josué

7,19: 86

Jueces

2,12: 102
2,22; 50
6,5: 185
6,16: 32
11,34: 153

1. Samuel

3,1: 32
7,5: 139
7,9: 93
8,6: 93
12,23: 93
15,22: 65
16,11: 32
18,6: 153
20,17: 152
22,12: 133

2. Samuel

3,29: 151
7,14: 158
22, 44: 157
23,5: 170

1. Re

1, 49: 134
2, 11: 13
3, 7: 32
8, 43: 62
8, 51: 76
8, 56: 139
10, 9: 152
22, 16: 127

2. Re

17: 79
17, 4: 77
17,14: 66
17, 20: 168
21, 1: 8
21, 22: 50
22, 1: 8
23, 9: 79
23, 3: 75
23, 4: 169
23, 26: 152
23, 26s.: 12
23, 29s.: 8
23, 34s.: 9
24: 87
24, 1s.: 9
24, 8-17: 87, 132
24, 17s.: 10
24s.: 17, 20
25, 17: 20

2. Cronache

2, 11: 168
32, 8: 106
23, 12.21: 15

Esdra

1, 6: 93
4, 4: 174

Nehemías

3, 1.28: 169

Ester

7,8: 102
Joel

3,3: 117
3, 11: 118
38, 3: 33
40, 7: 33

Salmos

1, 3: 106
6: 117
7, 10: 78
9, 5: 78
10, 5: 117
12, 21: 117
18, 14: 178
21, 5: 189
22, 5: 151
25, 2: 78
26, 2: 117
30, 14: 117
332, 5: 71
34, 10: 117, 158
34, 12: 113
34, 26: 113
24, 26; 117
35, 11: 152
51, 10: 78
54, 7s.: 69
59, 11: 34
61, 5: 70
64: 118
68, 8: 97
73, 1: 86
84,9: 139
88, 37: 170
98, 4: 122
98, 6: 93
99, 3: 86
105, 6: 93
105, 24: 47
107, 11: 34
113, 5s.: 51
130, 1: 86
131, 12: 170
134, 16s.: 51
138, 15s.: 31

Proverbios

3, 9: 39
3, 24: 166
6, 30: 165
10, 29: 50
25, 25: 165

Qoelet

7, 2: 102

Isais

2, 2: 46
6, 6s.: 32
8, 23: 86
9, 6: 122
10, 27: 145
27, 13: 165
33, 5: 122

34, 5: 184
34, 10: 92
40-55: 143
40, 3: 50
40, 3: 50
40, 8: 129
40, 10: 160
40, 11: 158
42, 6: 167
43, 1-7: 145
43, 25: 168
43, 27: 77
45, 5: 12
45, 9: 111
46, 1: 189
51, 15: 168
53, 7: 78
54, 13: 168
55, 6: 140
55, 10: 129
55, 11: 33
56, 11: 56
57, 17: 56
58: 159

Jeremías

1: 19, 22, 33, **35**
1, 1: 13
1, 1-3: 13
1, 2: 13, 19
1, 2s.: 13
1, 3: 13
1, 4-19: 29
1, 5: 14, 39
1, 5. 10: 19
1, 10: 18, 111, **166**
1, 12: 20
1, 13-16: 20
1, 16: 23, 30
1, 18: 20
1, 19: 119
2: 76
2-6: 20, 38
2-24: 20
2, 1-19: 36
2, 2: 16
2, 8: 23
2, 11: 40
2, 13: 23, 98
2, 20: 18, 132
2, 23s.: 16
2, 25: 112
2, 28: 77, 79
2, 30: 66
2, 32: 23, 88
2, 33: 60
3, 1: 9
3, 1-4, 4: 44
3, 1-11: 153
3, 1-5. 14-20: 43
3, 3: 56
3, 6: 13
3, 10: 23
3, 10.23: 23
3, 14: 167
3, 15: 122
3, 16: 123
3, 16s.: 79
3, 17: 93
3, 18: 189
3, 24: 160
3, 25: 93
4-6: 20
4, 1: 88
4, 5: 34, 54
4, 5-6, 26: 23
4, 10=23, 17: **92**
4, 19: 19
4, 23-26: 23
4, 30: 153
5: 71
5, 1-6: 48
5, 2: 23, 56, 69, **90**, 127
5, 4: 167
5, 5: 18, 23 132
5, 8: 88
5, 14: 128
5, 21: 17
5, 28: 146
6: 116, 171
6, 1-15: 52
6, 4: 154
6, 7: 16
6,10: 76
6, 11: 116
6, 12-15: 18
6, 13: 23
6, 14=8, 11; 92
6, 22: 158
6, 22-24: 57
6, 25: 184
6, 26: 86, 159
6, 28: 70
7: 9, 16, 20, 21, 75, 110
7-10: 23, 74
7, 1: 144
7, 2: 14
7, 3.5: 60
7, 8: 88
7, 9: 23
7, 10: 98
7, 13: 66
7, 13s.: 111
7, 15: 58
7, 16: 23, 77
7, 21-28: 64
7, 22: 79
7, 22s.: 76
7, 23: 18, 76
7, 24: 76, 102, 112
7, 28: 82
7, 29: 16, 86
7, 30: 39, 88
7, 32: 123
7, 33: 146
8, 2: 101
8, 10-12: 18
8, 10-13: 57
8, 14: 34
8, 15: 92
8, 16s.: 16
8, 18s.: 19
8, 19: 86
8, 21.23: 90
8, 22: 147
9: 71
9, 1: 88
9, 1-8: 68
9, 4: 88
9, 11-15: 18
9, 11-23: 17
9, 16: 86
10: 16, 20, 62, 71
10, 6s.: 19
10, 10-16: 93
10, 11: 16
10, 12-16=51, 15-19: 7, 18
10, 19: 16
10, 21: 17
10, 24: 146
10, 25: 147
11: 16, 20, 110
11-20: 20
11-24: 20
11, 1: 60, 144
11, 1-20: 73
11, 4: 151
11, 5: 133
11, 6: 14
11, 10: 167
11, 11: 115

11, 14: 23, 90
11, 20: 107, 117
11, 21s.: 13
12, 1-4: 97
12, 2: 70
12, 14-16: 24
12, 14-17: 33, 111
13: 12, 14, 16, 17, 20, 110
13, 1-11: 14, 80
13, 10: 102
13, 15-27: 84
13, 22: 102
13, 23: 112
13, 25: 23
13, 27: 189
14, 8: 189
14,9: 129
14, 11; 17, 77, 133, 174
14, 13: 92, 129
14, 14: 127, 128
14, 17-22: 90
14, 19: 24, 56, 92, 102, 133, 168
14, 19-22: 94
14, 21: 94
14, 21: 167
15, 1: 23
15, 10: 115, 117
16, 1-13: 100
16, 2: 14
16, 7: 159
16: 10-13: 18
16, 12: 66
16, 13: 123
16, 14s.: 18
16, 15: 46
16, 21: 17
17; 107
17, 1: 167
17, 1-10: 104
17, 10: 78, 117
17, 12: 93
17, 15: 115
17, 18: 34
17, 19: 14
17, 19-27: 9
17, 25; 61
18: 110
18, 1: 60, 144
18, 1-10.18-23: 109
18, 2: 14
18, 7-10: 33
18, 11: 60
18, 15: 23
18, 18: 23, 115
18, 20: 23, 97, 98, 117
18s.: 20, 80
19, 14, 113
19s.: 21
19, 2: 14
19, 6: 123
19, 11: 111
19, 14: 14
20: 57, 157
20, 1-6: 14
20, 2: 15
20, 3: 184
20, 7-18: 114
20, 8: 55
20, 9: 128
20, 12: 78, 107
21-38: 14
21, 1: 174
21, 1s.: 14
21, 1-7: 11
21, 7; 18
21, 9: 10
21, 11: 121
21s.: 23
22, 1: 121
22, 1-5: 61
22, 10-12: 9
22, 11: 121
22, 13s.; 9
22, 15: 13
22, 16: 146
22, 17: 56, 61
22, 18: 121
22, 20; 146
22, 17: 56, 61
22, 18: 121
22, 20; 146
22, 24s.; 121
22, 24-30: 10
22, 26: 87
22, 28: 102
22, 29: 60
22, 30: 11
23: 66, 124, 135
23, 1: 189
23, 1-8; 120
23, 3: 140
23, 5: 124
23, 7s.: 18
23, 8; 12, 18, 23, 46
23, 9s.: 23
23, 9-40: 21
23, 13: 39
23, 14: 178
23, 19: 151
23, 23: 139
23, 25-32: 125
23, 30s.: 17
23, 40: 117
24: 17, 21, 82
24, 1: 10, 21
24, 1-7: 12
24, 3: 33
24, 6: 18, 33, 111
24, 7: 23, 167
24, 8-10: 11
24, 10: 133
25: 9, 16, 20, 22, 151
25, 3: 13, 19
25, 3: 13, 19
25, 3s.: 62
25, 3s.:8.13: 20
25, 4: 66
25, 6: 81, 166
25, 9: 11, 134
25, 11s.: 17
25, 13: 15, 19
25, 15-29: 86
25, 15-38: 15, 20
25, 26: 20, 188
25, 33: 101
26: 14, 62, 63, 129, 175
26-29: 135
26-31: 15
26-35: 21
26-45: 15
26-51: 20, 21
26, 1: 9
26, 3: 21, 63, 112
26, 13: 60
26, 15: 133
26, 16s.: 15
26, 22s.: 9
26, 24: 15
27: 21, 31
27s.: 15, 21
27, 1: 10
27, 6: 11, 134
27, 7; 17, 136
27, 8; 133
27, 9: 23
27, 15: 178
27, 18: 23
28: 14, 129
28, 1-17: 130
28, 15: 178

29: 12, 31
29: 12, 31
29: 2: 10
29, 4-14: **137**
29, 5-7: 17
29, 6: 151
29, 8: 129
29, 10; 17
29, 11: 24, 27
29, 13: 189
29, 14; 18
29, 17: 133
29, 24-32: 21
29, 27: 13
29, 31: 134
29, 32: 134
30s.: 18, 21
30-31: 12, 16
30, 1: 60
30, 3: 18, 165, **166**
30, 5-31, 22: 16
30, 5-17: 142
30, 8: 50, 132
30, 9: 170
30, 10: 184
30, 18-31, 6: 149
30, 19; 24, 138
30, 22: 171
30, 23: 126
30, 24: 17
31, 1: 171
31, 3: 34
31, 7-22: 155
31, 9: 189
31, 13: 24
31, 17: 139
31, 21: 17
31, 23: 189
31, 23s.: 94
31, 23-40: 16, **163**
31, 28: 33, 111
31, 29: 123
31, 31-34: 18
31, 31.36: 94
31, 31.38: 166
31, 34: 23, 123
31, 35.38: 16
32: 15, 17, 18, 21
32s.: 21
32, 1: 144
32, 1-5: 11
32, 7: 13
32, 12: 178
32, 15: 18
32, 15.37s.: 21
32, 19: 107
32, 36: 15
32, 40: 18, 189
33: 17, 21, 169
33-51: 15
33, 6: 24
33, 6-13: 18
33, 9: 82
33, 14: 124, 139
34: 121
34, 1-7: 11
34, 4s.: 10, 21
34, 8-22: 9, 11
34, 8s.: 10
34, 17; 21
34, 22: 10
35: 9, 21
35, 1: 21
35, 6s.; 21
36: 21, 173
36, 1: 9
36, 4: 22, 178
36, 19: 15
36, 21: 21
36, 29-31: 22
36, 32: 22
37s.: 14
37s.: 11
37-39: 21
37-44: 21
37, 3: 174
37, 5.7: 10
37, 14: 10
37, 17-21; 11
38, 2: 10
38, 4: 178
38, 5: 11
38, 5.10; 11
38, 7s.: 15
38, 14-28: 11
38, 17: 10
38, 19: 11
39, 1-10: 17
39, 2: 10
39, 2: 10
39, 4: 11
39, 6s.: 11
39, 9: 11
39, 11-14: 17
39, 15-18: 176
40-44: 21
40, 1: 11, 15, 159
40, 3: 189
40, 8: 178
40, 11; 33
40, 13: 179
41: 12
41, 11: 178
41, 18; 179
42, 5: 179
42, 7: 136
42, 10: 33, 111, **112**
42, 13: 112
42, 19: 14
43s.; 13
43, 1-7: 11, **177**
43, 6s.: 14
43, 8: 14
43, 8s.: 14
43, 10: 11
44: 14, 60
44, 1: 14
45: 15, 21, 22, 62, 173, 178, 183
45, 1: 22
45, 4: 33, 111
46: 188
46-19: 22
46-51: 15, 16, 22, **31**
46, 3-12.20-24: 181
46, 11: 146
46, 27: 145
47, 6: 184
48, 29: 82, 188
49, 4: 161
49, 16: 188
49, 29: 184
49, 34: 183
50: 183
50, 2-6: 20
50, 2-7: 187
50, 7: 165
50, 8: 190
50, 20: 190
50, 35: 184
50, 41-43: 57
51: 166
51, 5: 189
51, 6,45: 190
51, 41: 188
51, 59: 188
51, 63: 83
51, 64: 19
52: 15, 17, 19, **20, 22**
52, 6s.: 10
52, 7: 11
52, 8-11: 11
52, 9: 33
52, 12-14: 10
52, 16.28-30: 87

52, 17-22; 34
52, 21-23: 20
52, 30: 178
52, 31-34: 8, 20, 22

Ezequiel

4s.: 12
10, 18s.; 11
11, 19; 167
11, 22s.: 11
18: 112

Daniel

9, 8: 93
9, 11: 112

Oseas

1-3: 103
2: 113, 146
2, 2: 145
2, 16: 116
3, 5: 145
4, 1: 49
6, 1-3; 94
11: 160
12, 4: 70

Amós

3, 9: 66
3, 10: 55
4, 4s.: 65
5, 18: 145
5, 24: 49
5, 25: 65
7, 12: 176
8, 9: 86

Jonás

3, 10: 112

Miqueas

5, 2.5: 153
6, 8: 49, 71

Zacarías

8: 3: 165

Malaquías

2, 2: 86

NUEVO TESTAMENTO

Mateo

2, 18; 159
5, 11: 97
5, 44: 139
7, 7: 140
7, 15: 129
11, 28: 166
11, 29: 56, 89
21, 34: 66
23, 4; 126
23, 8: 168
23, 34; 66

Marcos

7, 21: 107
8, 18: 51
11, 17: 61

Lucas

11, 2-4: 94
19: 44: 56
21, 22: 184
22, 20: 167

Juan

1, 29: 78
4, 14: 40
6: 45: 168
9, 4: 86
9, 24: 86
10, 10: 65
12, 24: 12
12, 35: 86

Romanos

1, 23: 40
9, 21: 113
11, 2: 168

1. Corintios

1, 31: 71
11, 20-22; 65
11, 25: 167

2. Corintios

4, 7: 35
6, 14: 127
10-12: 71
10, 17: 71

1. Tesalonicenses

2, 4: 78

1.Timoteo

2, 1: 139

Hebreos

4, 12: 129
8, 8-12; 165

1. Pedro

2, 23: 78

Apocalipsis

2, 23; 78
5, 6; 78
14, 7: 86
15, 3s.: 71
17, 5: 188
21, 6: 40